

HISTORIA Y VIDA

#627

4,95 €

4,95 € Andorra
5,10 € Canarias
5,50 € Portugal

EVA PERÓN

¿QUÉ PASÓ CON EL
CUERPO DEL MITO
ARGENTINO?



FRANCIA

1940

POR QUÉ CAYÓ
TAN RÁPIDO
ANTE LOS NAZIS

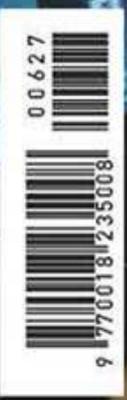
GOSSIP

GIRLS

LAS REINAS
DEL COTILLEO
EN HOLLYWOOD

CRISIS ECONÓMICAS

Cómo las hemos afrontado hasta hoy



VANGUARDIA

DOSSIER

NÚMERO 76 ABRIL / JUNIO 2020

AMAZONIA

La batalla por la última frontera

João Meirelles, Rubens Valente, Heriberto Araújo,
Girolamo Domenico Treccani, Alceu Luís Castilho, Felipe Milanez,
Leonencio Nossa, Luis A. Hallazt, Marlene Quintanilla,
Alejandro Álvarez, Laurie Servières, Adriano Marcos Rodrigues



- Amazonia, ¿quién decide su futuro?
- Violencia y apropiación de tierras
- Los cultivos y la ganadería agudizan la deforestación
- Incendios provocados por el hombre estremecen el mundo
- Indígenas contra la nueva guerra de conquista

ANÁLISIS PARA TENER OPINIÓN
VANGUARDIA DOSSIER

Ya a la venta en quioscos y librerías



También en su tableta y teléfono

Descárguese gratuitamente la aplicación "Vanguardia Dossier" disponible para iPad y iPhone en la App Store de iTunes y en Play store de Google play para Android. En estas aplicaciones encontrará la colección de VANGUARDIA DOSSIER por 5,49 € cada número.

HISTORIA Y VIDA

DIRECTORA Isabel Margarit
 REDACTORA JEFE Empar Revert
 REDACCIÓN Francisco Martínez Hoyos
 MAQUETACIÓN Mercedes Barragán
 COLABORADORA Amelia Pérez (corrección)

Publicidad

GODÓ STRATEGIES, S.L.U.
 DIRECTOR GENERAL Pere G. Guardiola
 DTOR. GENERAL ADJUNTO Pablo de Porcioles
 DIRECTOR COMERCIAL Yago Sosa Harguindey
 DIRECTORA PUBLICIDAD BARCELONA Sonia Semprún
 PUBLICIDAD MADRID Lucía Biagosch
 Av. Diagonal, 477, 1.ª pl. 08036 Barcelona
 Tel.: 93 344 30 00
 María de Molina, 54, 4.ª pl. 28006 Madrid
 Tel.: 91 515 91 00

Edita: GODÓ VERTICAL MEDIA, S. L.
 Av. Diagonal, 477, 9.ª pl. 08036 Barcelona
 www.historyayvida.com
 E-mail: redaccionhyv@historyayvida.com

grupoGodó

PRESIDENTE
 Javier Godó, conde de Godó
 CONSEJERO DELEGADO Carlos Godó Valls
 ADJUNTO A LA PRESIDENCIA Ramon Rovira
 EDITORA DE VANGUARDIA DOSSIER
 Y LIBROS DE VANGUARDIA Ana Godó
 DIRECTOR GRAL. CORPORATIVO Jaume Gurt
 DIRECTOR GRAL. COMERCIAL Pere G. Guardiola
 DIRECTOR GRAL. DE NEGOCIO
 AUDIOVISUAL Jaume Peral
 DIRECTOR GRAL. DE NUEVOS NEGOCIOS
 Y CDO David Cerqueda

Consejo de redacción

Màrius Carol, Josep Tomàs Cabot, M. Ángeles
 Pérez Samper, Juan Eslava Galán, Álex Rodríguez,
 Enric Sierra, Fèlix Badia

Depósito legal

B.8784-1968. ISSN: 0018-2354
 Fotomecánica: La Vanguardia
 Ediciones, S. L.
 Imprime: Jiménez-Godoy, S. A.
 Distribuye: MARINA BCN
 DISTRIBUCIONS, S. L.
 Calle E, 1 (esq. c/6). Pol. Industrial Zona Franca
 08040 Barcelona. Tel.: 93 361 36 00



Revista controlada por



PORTADA La bolsa de Nueva York el 25 de febrero de 2020,
 cuyos índices cayeron por efecto de la Covid-19.

El precio de las crisis

Invisibles, pero feroces, los tentáculos de la Covid-19 no solo han provocado la mayor crisis sanitaria del último siglo. Sus efectos colaterales están afectando a los mecanismos más sensibles de la economía y amenazan con una debacle directamente proporcional al control de la pandemia. En medio de tanta incertidumbre, parece que nuestro tiempo es único. Y lo es en cuanto a contexto y escala se refiere. Pero la historia nos ofrece ejemplos de otros estallidos críticos que pueden ayudar a entender mejor el presente. Guerras, epidemias, bancarrotas, desplomes de precios del crudo, colapsos financieros o hundimientos del mercado de valores han desencadenado a lo largo de los siglos grandes desfases económicos. En época contemporánea, algunos tan determinantes como el crac de 1929 o la Gran Recesión. La paralización de las actividades productivas, el desempleo masivo, la crisis de deuda nacional y los cambios de poder geoestratégicos han sido elementos asociados a este tipo de hecatombes. Pero no los únicos. A modo de vasos comunicantes, el fin de la prosperidad, la justicia social y la libertad política se ponen en juego ante estos ataques bajo la línea de flotación de la economía. “A lo único que hay que temer es al miedo”, afirmaba Franklin D. Roosevelt en plena Gran Depresión. La confianza como valor social, un buen legado histórico para tiempos de cambios. En la actual situación solo hay una certeza: el futuro se ha acelerado. Y ante ello, la realidad tras el coronavirus dependerá, en buen modo, de que los gestores públicos apliquen políticas tan efectivas como solidarias, éticas y sostenibles. Es una oportunidad, la oportunidad. ●



**ISABEL
MARGARIT**
DIRECTORA

HISTORIA Y VIDA no se hace responsable de las opiniones expresadas por los autores de los artículos.

**Atención al cliente
y suscripciones**

935 210 430

suscripciones@historyayvida.com

DISPONIBLE EN



SÍGUENOS EN

Twitter: **@historyayvida**

Facebook: **facebook.com/HistoryayVida**

PARA OPINAR SOBRE LA REVISTA, PUEDES ESCRIBIR A
redaccionhyv@historyayvida.com

sumarioartículos

JUNIO 2020



23

Dossier **Desplomes económicos**

La Covid-19 nos ha abierto las puertas de una nueva crisis mundial. ¿Cómo se han enfrentado a estas debacles los ciudadanos y los gobiernos y cómo han contribuido a cambiar el orden mundial? / **GONZALO TOCA REY**, periodista

40

El trauma de Dickens

Tanto la obra como la vida privada del escritor británico Charles Dickens parecen profundamente dominadas por el episodio que vivió a los doce años. / **E. MILLET**, periodista

48

Las tres muertes de los indios osage

El colonialismo, la codicia y el olvido enterraron tres veces a este pueblo americano. / **D. MARCHENA**, periodista

54

Leopoldo III de Bélgica

Su papel durante la ocupación nazi acabó enfrentando a sus propios súbditos. / **F. MARTÍNEZ HOYOS**, doctor en Historia

58

Una tumba para Evita

La pugna política más feroz determinó el sino de los restos de Eva Perón.

A. GONZÁLEZ QUESADA, profesor de la UAB

66

El joven Lenin

Contra lo que se suele creer, Lenin no estuvo inicialmente interesado en hacer la revolución. / **F. MARTÍNEZ HOYOS**, doctor en Historia

70

Gossip Girls

Louella Parsons y Hedda Hopper tiranizaron Hollywood con sus artículos de cotilleo. / **E. ROS**, periodista

78

Francia, 1940

¿Por qué cayó tan rápidamente ante las tropas alemanas el que hasta entonces se había considerado uno



de los mejores ejércitos del mundo?

S. VICH SÁEZ, historiador

82

Ciencia

Tras la pista de Plutón

La búsqueda de este cuerpo celeste, hoy clasificado como planeta enano, se debió, sobre todo, a la voluntad de un hombre y a la perseverancia de

OTRO. / R. CLEMENTE, ingeniero industrial y M. Sc.

88

Arte

Paul Klee

Así influyó su formación musical en su idea de la pintura. / A. ECHEVERRÍA

ARISTEGUI, periodista

06

En femenino

María Casares

Tras su exilio en Francia durante la Guerra Civil, se convertiría en una gran estrella del teatro francés.

E. MESA LEIVA, periodista

10

Primera plana

La soledad antes del coronavirus

¿Cómo hemos contemplado la soledad a lo largo de los siglos?

F. MARTÍNEZ HOYOS, doctor en Historia

14

Lugares

16

Anécdotas

18

Arqueología

Templo de Saturno

Fue el más importante de la antigua Roma, solo por detrás del templo de Júpiter Capitolino. / J. ELLIOT, periodista

92

Entre libros

Este mes hablamos de las crónicas literarias del austríaco Joseph Roth en la Europa de entreguerras, los secretos de los más importantes manuscritos medievales, una nueva investigación sobre la matanza de oficiales polacos en Katyn en 1940 a manos de los soviéticos y la reedición de los artículos de Francisco Madrid sobre el barrio chino barcelonés.



Primera plana. La soledad. / PÁG. 10

Abajo, Hollywood (Netflix). / PÁG. 96

96

De cine

Estrenos en plataformas digitales: *Hollywood*, *The Last Narc*, *Perry Mason...* / C. JORIC, historiador y periodista

98

Foto con historia

Marilyn Monroe y el dramaturgo Arthur Miller, una improbable pareja.

F. MARTÍNEZ HOYOS, doctor en Historia



Créditos fotográficos: Age Fotostock: p. 85. Álbum Archivo Fotográfico: pp. 6, 7, 20-21, 24, 28-29, 30-31, 33, 34, 36-37, 38-39, 69. Edu García: p. 3. Getty Images: portada y pp. 5, 6, 8, 10-11, 13, 17, 26, 27, 35, 39, 40, 42-43, 43, 44, 45, 47, 52-53, 54-55, 56-57, 57, 58-59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 70-71, 72, 74-75, 78-79, 87, 92, 94, 98. Getty Images / iStock: pp. 4-5, 14-15. PhotoALSA: pp. 12, 93. Prisma Archivo: p. 95. Scala Archives, Florence: pp. 88-89, 90, 91. Shutterstock.com: pp. 18-19. Cortesía de Netflix: pp. 5, 96-97. Cortesía de Crítica: pp. 8. Cortesía de The Library of Congress, Washington: pp. 8, 48-49, 50, 53. Cortesía de Universal Pictures España: p. 76. Cortesía de Entertainment One Films Spain: p. 76. Cortesía de Acantilado, Ático de los Libros, La Esfera de los Libros, Libros de Vanguardia: pp. 92-95. Cortesía de Historia: p. 95. Cortesía de HBO España, Filmin, Amazon Prime Video: pp. 96-97. CC: pp. 16, 17, 31, 46, 51, 56, 73, 81, 82-83, 84, 86, 89. Pixabay / OpenClipart-Vectors: p. 16. Archivo HISTORIA Y VIDA. Infografía y cartografía: Enric Sorribas / Geotec: pp. 51, 80.

A black and white portrait of the actress María Casares. She is shown from the chest up, looking slightly to the right of the camera with a serious expression. Her hair is pulled back, and she is wearing a dark, high-collared garment. Her right hand is visible in the lower right corner, adorned with a thick, dark, textured bracelet and a large, round, light-colored ring. The background is dark and out of focus.

RESIDENTE PRIVILEGIADA

La actriz gallega María Casares marcó la historia del teatro francés del siglo xx. Ser exiliada no le impidió llegar a lo más alto.

EDUARDO MESA LEIVA

PERIODISTA

María Casares no le tenía miedo a nada y apostaba siempre por la vida. Fue una “residente privilegiada” en Francia y “nació” en un teatro parisino cuando contaba veinte años. Estaba hecha de espuma atlántica y tierra gallega. Su mirada felina atravesó guerras y exilios hasta colarse en el imaginario colectivo de millones de franceses, ocupando portadas de revistas y carteleras en teatros y cines. Vivió su “gran encuentro”, pasional y clandestino, con el existencialista Albert Camus, una relación mecida entre la paciencia y el deseo. Una mujer libre, símbolo de los exiliados republicanos, que solo volvió a España tras la muerte de Franco, para brillar con una obra de Rafael Alberti.

“Mi patria es el teatro”

María Casares nació en La Coruña el 21 de noviembre de 1922. Era hija de Santiago Casares Quiroga, político y abogado que llegaría a ser presidente del Consejo de Ministros durante la Segunda República hasta su dimisión en julio de 1936, tras la sublevación militar. La carrera política de Casares Quiroga provoca el traslado de toda la familia a Madrid en 1931. Es una experiencia traumática. “Sentí más el exilio de Galicia a Madrid que el de España a Francia”, contará en *Residente privilegiada*, su libro de memorias. En la capital, la joven recibe una formación de vanguardia, en contacto con las élites de la República. Son años en los que comienza a forjarse su pasión por el teatro.

El inicio de la Guerra Civil convierte a María Casares en una exiliada. “Mi patria es el teatro y mi país de origen, la España refugiada”. Junto a su madre, abandona Madrid con catorce años para instalarse en la capital francesa en noviembre de 1936. Con la caída de Cataluña en 1939, Santiago Casares Quiroga abandona también España y se reúne con la familia. Su piso en la calle Vaugirard se convertirá en el refugio de la Galicia exiliada. María pone sus energías en tratar de domar la lengua francesa, mientras entra en contacto con la escena teatral parisina. Con un esfuerzo ímprobo consigue entrar en el Real Conservatorio.

A la izqda., foto sin datar de María Casares.

A la dcha., Casares y Albert Camus en el estreno de *Estado de sitio*. París, 1948.



“Nací en noviembre de 1942 en el teatro Les Mathurins”. María Casares debuta en la escena parisina con el montaje *Deirdre des douleurs*. La actuación de la joven actriz no pasa inadvertida para la crítica. El flechazo con los escenarios es inmediato. María no dejará nunca de vivir entre candelillas. “Encuentro que el teatro es vivir por diez o por cien, pero no se puede separar la vida del teatro”, confiesa. A partir de ahora puede dedicarse a lo que más desea, pero tendrá que hacerlo sin el apoyo familiar. Pierde a su madre en 1945 y a su padre cinco años más tarde, en 1950. Exiliada y sola en la veintena, habrá de inventarse una nueva vida hasta convertirse en la actriz con mayúsculas del teatro francés.

Albert Camus

“Hay dos personas en la vida que me educaron profundamente: mi padre y Albert Camus”, aseguraba María Casares. Se

conocen en marzo de 1944 en casa del escritor Michel Leiris y, tres meses después, el 6 de junio de 1944, se convierten en amantes. Es la noche del desembarco aliado en Normandía. Él tiene 30 años; ella, 21. Camus ya es un nombre reconocido de las letras francesas. Ha publicado *El extranjero* y está destinado a convertirse en una de las figuras esenciales de la literatura europea del siglo xx. Casares es una prometedora actriz con todo el futuro por delante.

EL FLECHAZO “ENCUENTRO QUE EL TEATRO ES VIVIR POR DIEZ O POR CIEN”

La relación nacerá y continuará siendo clandestina durante más de quince años. Camus está casado. Su mujer, Francine Faure, reside de manera provisional en Argelia. Cuando regresa a París en septiembre, María rompe con el escritor. Nada sabrán el uno del otro hasta cuatro años después, cuando se cruzan por azar en una calle de París. No volverán a separarse hasta la muerte de Camus en 1960. Durante esos años, María Casares



La actriz durante una entrevista en el programa de televisión *Apostrophes*, febrero de 1980.

protagoniza varias obras del futuro premio nobel, como *Los justos*, *El malentendido* o *Estado de sitio*.

“Siento por ti la infinita paciencia del amor, la furiosa impaciencia del deseo”, escribe el autor de *La peste*. En 2017 salían a la luz las 865 cartas completas que ambos se intercambiaron durante años, recogidas por la hija del escritor, Catherine Camus. “Gracias a los dos, sus cartas hacen que la tierra sea más vasta, el espacio más luminoso, el aire más ligero simplemente porque han existido”, escribe en el prólogo.

En las misivas hay amor, pasión, complicidad y erotismo. “Con él supe que no se podía estar sola, además nunca volví a estar sola”, expresa la actriz.

En la década de los cincuenta, Casares se consagra como estrella del cine francés. Es un rostro habitual de las carteleras y las revistas de la época. Entre sus grandes papeles destaca el de la princesa en *Orfeo*, de Jean Cocteau (1950). Memorables son también sus trabajos junto a Gérard Philipe, Jean Vilar o Jean-Louis Barrault. Paralelamente, su carrera se

CASARES Y CAMUS EN SUS MISIVAS HAY AMOR, COMPLICIDAD, PASIÓN Y EROTISMO

consolida en el teatro. En 1949 entra en la Comédie Française y cinco años más tarde, en el Teatro Nacional Popular, un proyecto teatral concebido como servicio público. Además, es una de las impulsoras del Festival de Aviñón.

La muerte de Camus en enero de 1960 supone un mazazo para Casares. Se abre una década en la que asumirá el desafío de hacer teatro en su lengua materna en Argentina. Para la España exiliada, la actriz es mucho más que un símbolo. Bajo la dirección de Margarita Xirgu (íntima amiga de García Lorca), representa *Yerma* en Buenos Aires.

El regreso amargo

En 1976 regresa a España con la obra *El adefesio*, de Rafael Alberti. María deslumbra en Madrid y Murcia, pero el montaje no acaba de ganarse el favor del público. Por si fuera poco, en Barcelona, la actriz enferma y se suspende la gira. El esperado regreso ha tenido un final amargo. Volverá a España, pero siempre con obras francesas, y no pisará Madrid ni Galicia.

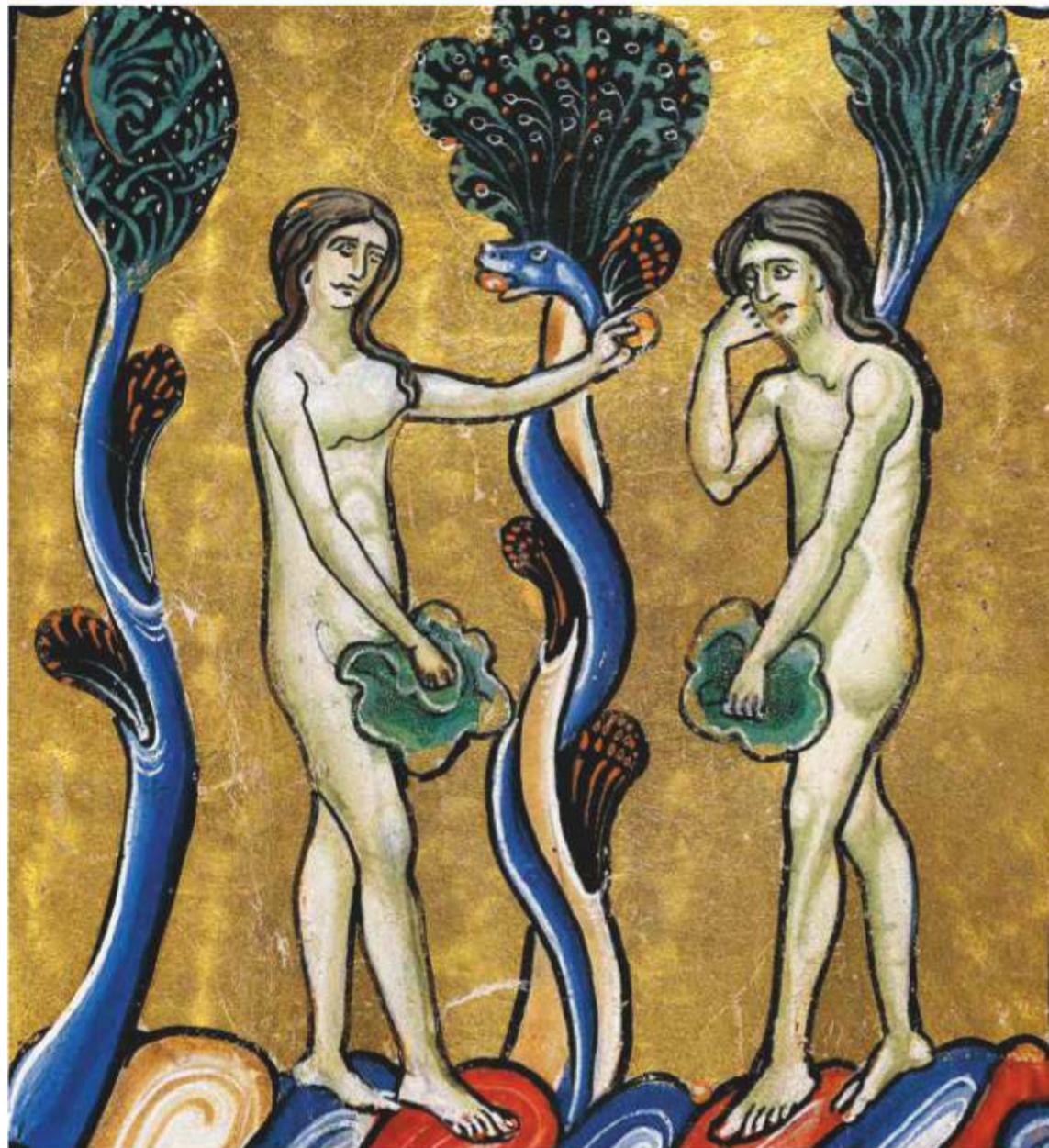
Un año antes, Casares había adquirido la nacionalidad francesa. En 1978 se casa con el actor alsaciano André Schlesser. Recluida en su finca La Vergne, María repasa su vida y escribe las citadas memorias, *Residente privilegiada* (título que alude a su estatus en la tarjeta de residencia original emitida por Francia), publicadas en 1980. En ellas rememora la relación que mantuvo con personajes como Camus, Jean-Paul Sartre, Jean Cocteau o Pablo Picasso.

Se suceden los homenajes y condecoraciones. Premio Molière, Nacional de Teatro o la Legión de Honor, en Francia. En España, aunque tardío, el reconocimiento llega con la Medalla al Mérito de Bellas Artes y la Medalla Castelao de Galicia en 1988. En 1996, la actriz aceptó que los premios de teatro en Galicia llevaran su nombre, pero no podrá asistir a la primera edición. El 22 de noviembre de ese mismo año fallece en su finca de Alloue, donada a la República Francesa para instaurar en ella una escuela de teatro. La “residente privilegiada” cerraba así su última etapa. “Vivir es sentir, sin amarguras, todas las edades, hasta que llega la muerte”. ●

Las conversaciones privadas de
HITLER

¡Escríbenos... y gana este clásico!

Premiaremos la próxima carta del mes con *Las conversaciones privadas de Hitler*, de Trevor-Roper (Crítica). En la carta, de hasta diez líneas, deben constar nombre, dirección y teléfono.



CARTA DEL MES

El control de las aulas

➤ En *Dominio*, su reciente libro, Tom Holland (HYV 626) muestra cómo los nazis quisieron controlar la educación para despojarla de la influencia cristiana. Para ellos, la idea de que todos los hombres, independientemente de su raza, descendieran de un origen común, resultaba una aberración. Por eso, se negaban a permitir que en las escuelas se impartiera esa enseñanza. No deseaban que sus hijos estudiaran que los judíos y los negros procedían, igual que los alemanes, de Adán y Eva, solo porque así lo afirmaba la Biblia. No obstante, como señala Holland, esta incompatibilidad radical no impidió que muchos creyentes, seducidos por la propaganda del Tercer Reich, se adentraran “en el reino de las sombras”. ● JAVIER OCAÑA

PUEDES ESCRIBIRNOS al correo electrónico redaccionhyv@historiayvida.com o a la dirección postal HISTORIA Y VIDA. Av. Diagonal, 477, 16.ª pl. 08036 Barcelona (España). La redacción de la revista se reserva el derecho a editar las cartas recibidas.

Consultas

¿Quién ha sido el o la más joven en ganar un Óscar?

TERESA QUILES

Según como se mire. Shirley Temple obtuvo un Óscar con apenas seis años en 1935, pero se trataba de una distinción honorífica en reconocimiento a varias películas. Tatum O’Neal, con diez años, sí ganó el premio a la mejor actriz. Lo consiguió por *Luna de papel* (1973), una comedia de Peter Bogdanovich ambientada en Estados Unidos durante la Gran Depresión. Compartió protagonismo con Ryan O’Neal, su padre tanto en la vida real como en la cinta. ● NOAH FERNÁNDEZ



¿Cuál fue el origen de los amish?

BELÉN CASTAÑOS

Los amish, el grupo religioso célebre por aparecer en la película *Único testigo* (1985), son famosos por su estilo de vida alternativo. No aceptan las comodidades de la vida moderna y permanecen apartados de las ciudades. Proceden del movimiento anabaptista (nombre derivado del rechazo al bautismo infantil), surgido en 1525 en zonas como Suiza y Alemania. Jakob Ammann, un líder de esta fe, protagonizó a finales del siglo XVII una escisión: reclamaba un cumplimiento más estricto de los preceptos de su doctrina. Sus seguidores, conocidos como amish, se establecieron más tarde en América. ● JACINTO ARMAS



LA SOLEDAD HASTA EL CORONAVIRUS

Son muchos los que se han sentido solos en el confinamiento vivido a raíz de la pandemia de la Covid-19. Pero llevamos siglos reflexionando sobre la soledad.

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

PERIODISTA

Las medidas para responder a la Covid-19 han recluso en sus domicilios a millones de personas en todo el mundo, muchas de ellas en soledad (en España, casi cinco millones). Esta experiencia ha despertado reacciones encontradas. No es lo mismo el aislamiento no deseado que el retiro voluntario de quienes buscan descansar o cultivar el espíritu. Los angloparlantes distinguen claramente entre ambos: tanto el primero, *loneliness*, como el segundo, *solitariness*, se traducen en español como soledad. La soledad no implica necesariamente una separación física; también puede experimentarse estando uno acompañado. Pero, en cualquier caso, su existencia no se entiende sin el progreso económico y social, como si fuera el reverso inquietante de los avances humanos. Como señala el historiador Georges Minois, la soledad es “un lujo”. No aparece en la historia hasta un

momento muy tardío, cuando hay gente que se la puede permitir.

Una idea absurda

En la prehistoria y la Antigüedad, la idea de que una persona pudiera vivir separada de sus congéneres resultaba sencillamente absurda. La supervivencia del individuo, en el día a día, dependía de su colaboración con otras personas. De ahí que el ser humano, al imaginar mundos sobrenaturales, pensara en una pluralidad de dioses. En las antiguas mitologías, una multiplicidad de divinidades interactúan entre sí de todas las formas concebibles.

La soledad tenía mala prensa. ¿Quién no ha escuchado alguna vez aquello de que “no es bueno que el hombre esté solo”? Según el Génesis, Dios crea a Eva porque advierte que Adán no será feliz en solitario. En la antigua Grecia, la soledad se contemplaba desde un prisma igualmente hostil. Filósofos como Aristóteles y Platón ven en



el ser humano un animal social. La soledad puede ser atributo de dioses o monstruos, pero no distingue a los mortales.

En la mitología griega, los personajes solitarios acostumbran a poseer una connotación negativa. Narciso, por ejemplo, despierta pasiones por su belleza, pero se niega a entregarse a nadie y rechaza a la ninfa Eco. En castigo a un comportamiento arrogante, Némesis, la diosa de la venganza, hace que se enamore de su propio reflejo en una fuente, y el semidios muere finalmente ahogado. Si todavía hoy denominamos “narcisistas” a los ego-céntricos no es por casualidad.

El solitario aparece como un personaje extravagante, insólito en su obsesión de apartarse de la comunidad. Es lo que sucede con Diógenes el Cínico (c. 412 a. C.-323 a. C.), seguro de bastarse a sí mismo y famoso por vivir en un tonel (dará nombre a un síndrome, pero esa es otra historia). Diógenes no necesitaba a los demás, porque su estilo de vida se basaba en hacer justo lo contrario que el resto del mundo. Este afán de originalidad ha-

cía que viviera aislado, incomprendido por el resto de sus congéneres.

En cambio, en la tradición cristiana, la soledad va a adquirir un valor sublime. En el siglo IV, un movimiento de hombres y mujeres abandona las ciudades para vivir su fe en los desiertos de Siria y Egipto, donde llevan una existencia ascética. “Monje”, en su acepción griega original (*monachos*), significa “solitario”. Por eso se empleó para designar a unos cristianos que se retiraban del mundo para buscar en solitario la –eso sí– unión con Dios.

Un estigma social

Contaba el gran especialista Georges Duby que en la Edad Media no existía “la espantosa soledad del miserable que vemos en nuestros días”. El individuo estaba protegido por instituciones como la familia o la parroquia. Sin embargo, la documentación muestra que no fue así en el cien por cien de los casos. Si las personas de su entorno morían o emigraban, los hombres y las mujeres de la época quedaban expuestos a la indefensión. Sin pa-

rientes y amigos, los pobres se enfrentaban a la miseria económica y al estigma social. *El Libro de miseria de omne*, una obra de finales del siglo XIII o tal vez del XIV, refleja en términos crudos el drama de los más desfavorecidos: “Aun vos quiero decir del pobre e del menguado: por su mala ventura de todos es olvidado”.

Para paliar estas situaciones de desamparo surgieron iniciativas diversas. Las casas de acogida se pensaron para evitar que mujeres en situación de riesgo, como las viudas, cayeran en la prostitución. Los huérfanos constituían otro sector que exigía una protección social. En *Las siete partidas*, su código legislativo, Alfonso X estableció normas sobre las personas que debían tutelarlos. A falta de parientes cercanos, un juez debía encomendar su cuidado a “algún hombre bueno y leal”.

Con la llegada del Renacimiento, el “yo” empezará a ganarle terreno al “nosotros”. En 1346, el poeta italiano Francesco Petrarca concluye *De la vida solitaria*, el tratado en el que glorifica el contacto con la naturaleza, lejos de las obligaciones im-

A la izqda., el pintor flamenco Joachim Patinir refleja a un eremita en su *Paisaje con san Jerónimo*, c. 1519.

A la dcha., mujer sola en un bar fotografiada en Washington D. C., EE. UU., 1943.



puestas por la vida urbana. El melancólico Petrarca está cansado de las ciudades, aglomeraciones que le parecen, con toda la razón, sucias y ruidosas. Por eso adquiere una pequeña casa en Vaucluse (Francia), que convierte en un refugio lleno de libros donde se entrega a la literatura y a los paseos en la montaña. Esta idea, la del sabio que busca la paz en el retiro, se halla muy presente en la literatura europea. Hunde sus raíces en la herencia latina, donde encontramos el tópico del *beatus ille* (“dichoso aquel”). La expresión procede de un poema del romano Horacio (65 a. C.-8 a. C.) que empieza así: “Dichoso aquel que lejos de los negocios, como la antigua raza de los hombres, dedica su tiempo a trabajar los campos paternos con sus propios bueyes, libre de toda deuda”. La influencia del *beatus ille* en el Renacimiento resulta muy difícil de exagerar. En el siglo xvi, por ejemplo, fray Luis de León –un perfecto conocedor de Horacio, al que había traducido– recreará este tema con una composición de cé-

lebre inicio: “Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido”.

La Ilustración, por el contrario, potencia instrumentos de sociabilidad, como los salones literarios, que cobran un auge inusitado. Los intelectuales, en lugar de retirarse a sus torres de marfil, hacen causa común en empresas colectivas, como la *Enciclopedia*.

La soledad, en lugar de ser objeto de admiración, recibe críticas encarnizadas. Voltaire, uno de los autores más representativos del momento, ve en el solitario a un ser inútil, porque solo a él benefician sus virtudes privadas. Otra gran figura de las Luces, Denis Diderot, se expresa en similares términos: “El hombre de bien vive en sociedad, solo el canalla vive en soledad”. Y el filósofo Jean-Jacques Rousseau manifiesta que la soledad constituye el mayor de sus miedos: “Temo el aburrimiento de estar a solas conmigo”.

De trabajos y trabajadores

Con el triunfo del capitalismo, en cambio, asistiremos a la apoteosis del indi-

vidualismo. La ideología liberal convertirá en un modelo a seguir al *self-made man*, al hombre hecho a sí mismo, al emprendedor que asciende por méritos propios hasta las más altas cumbres de la riqueza. El magnate, desde esta perspectiva, viene a ser una versión del héroe que acomete en solitario, como Hércules, ímprobos trabajos.

Mientras tanto, el movimiento obrero reacciona con una propuesta colectiva: en lugar de vivir solo para sus intereses particulares, los trabajadores deben asociarse y luchar por un cambio revolucionario de la sociedad.

En general, en el siglo xxi, la soledad se contempla como algo amenazador, y mientras unos la combaten con las redes sociales, otros culpan a estas de fomentarla, de alejarnos del contacto real. Esta *loneliness* de la que se desea escapar convive con la *solitariness* defendida por algunos. Para el filósofo Francesc Torralba (*El arte de saber estar solo*, Milenio, 2010), la soledad puede ser un antídoto contra la banalidad del mundo moderno. ●

lugares

PEÑAFIEL, VALLADOLID

Un buque de piedra

Estamos en la España del siglo XI. Los reinos cristianos luchan contra los musulmanes o los llaman en su ayuda contra un enemigo común. El conde Sancho García reconquista en 1013 un castillo ubicado en la actual provincia de Valladolid. Según la tradición, pronunció una frase ya famosa: “Desde hoy en adelante, esta será la peña más fiel de Castilla”. El lector lo habrá adivinado enseguida: este es el origen del nombre de Peñafiel, la localidad donde se alza un imponente castillo con forma de buque. La actual fortificación, sin embargo, tiene su origen en 1456. Ese año, Pedro Téllez Girón, maestro de Calatrava, inició la reconstrucción de la fortaleza por indicación de Juan II. Poco antes, el monarca había ordenado su demolición para castigar una revuelta. La nueva edificación siguió la moda de la época, con rasgos como la planta cuadrada o la gran torre del homenaje. Los castillos tradicionales, sin embargo, quedaron pronto obsoletos con la aparición de la artillería. Perdieron su utilidad defensiva y pasaron a tener una función residencial y de ostentación. Monumento Nacional desde 1917, el de Peñafiel alberga en la actualidad el Museo Provincial del Vino, cita ineludible para los amantes de la enología. No lejos de allí se levanta otro icono de la arquitectura de la localidad, la sede de las bodegas Protos, con sus conocidos techos abovedados (a la derecha de la imagen). ● FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS



CASTILLO DE PEÑAFIEL





¡Cuidado con el alcohol!

➤ La ley seca vetó la producción y venta de bebidas alcohólicas en Estados Unidos entre 1920 y 1933. Queriendo evitar potenciales multas, los fabricantes de un zumo de frutas popular señalaron en la etiqueta de

sus botellas: “El contenido de este envase no debe ponerse en una vasija de barro, mezclado con levadura y ocho litros de agua, porque entonces se obtendría una bebida alcohólica cuya fabricación está prohibida”.

Aplastante

El crítico británico Samuel Johnson (1709-1784) tuvo que opinar sobre el original de un autor novel. Johnson no se cortó mucho: “Su manuscrito es a la vez bueno y original; pero lo que es bueno no es original, y la parte original no es buena”.



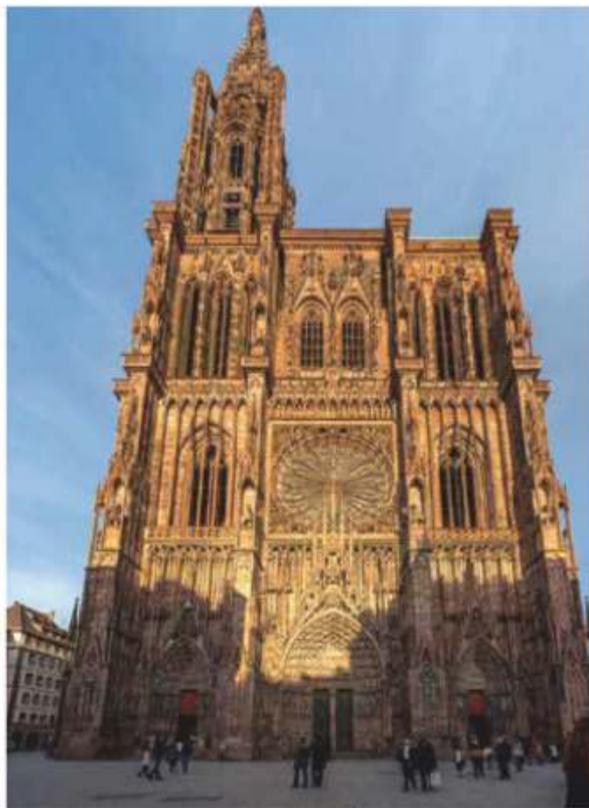
“ Las matemáticas son el alfabeto con que Dios escribió el mundo ”.

Galileo Galilei, astrónomo italiano (1564-1642)



Una frase para olvidar

Cuando se rumoreaba en Hollywood la posibilidad de que el cine fuera sonoro, Harry Warner (1881-1958), cofundador de la productora Warner Brothers, aseguró: “¿Cine hablado? Pero ¿quién diablos querría escuchar a los actores hablar?”.



¿Sabías que...?

La responsable de buena parte de la bellísima catedral gótica de Estrasburgo fue una mujer, la escultora Sabina von Steinbach. Hija y discípula del maestro de obras alemán Erwin von Steinbach, que inició la construcción de la misma en el siglo XIII, heredó su cargo a la muerte de este. Suyas son también dos esculturas, la *Iglesia* y la *Sinagoga*, ubicadas en el pórtico de la catedral, y una imagen de san Juan Evangelista en cuyo interior se encontró un pergamino que rezaba: “Gracias a la devoción de una mujer valiente, Sabina, he cobrado forma a partir de una piedra dura”.

POBRE ANFITRIÓN DE DIONISO

En sus viajes por el mundo, Dioniso (abajo, sentado), el dios griego del vino, conoció en Asiria al rey Estáfilo y la reina Methe. Después de un banquete para agasajar a su invitado, el monarca murió a raíz de la resaca. Dioniso dio en su honor a los racimos de uva el nombre de *staphylos*, y al alcohol y la borrachera el de *methe*. La ciencia del siglo XIX tiró de mitología clásica y llamó esta-filococo a una bacteria cuya cola presentaba algo parecido a unos grumos, y el alcohol metílico y el metano iban a deber sus nombres a la reina Methe.



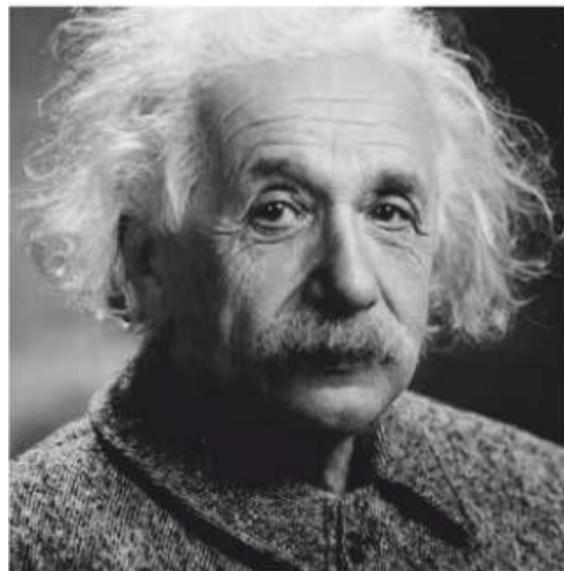
¿Sabías que...?

Isabel la Católica (1451-1504) diseñó una coreografía que interpretó ella misma en el decimocuarto cumpleaños de su hermano, el malogrado Alfonso de Castilla. El príncipe no llegó a cumplir los quince.



Dumas y sus “negros”

Alejandro Dumas padre coordinaba un equipo de “negros” que le ayudaban a escribir sus novelas. Parece ser que Dumas marcaba la trama, sus ayudantes escribían y luego él corregía los textos. Fue por eso que, cuando preguntó a su hijo si había leído su última novela, este le respondió: “Yo no. ¿Y tú?”.



Relatividad para ‘dummies’

➤ Un periodista preguntó a Albert Einstein (1879-1955) si podía explicarle la teoría de la relatividad en pocas palabras. El científico respondió: “Por supuesto. Ponga la mano sobre una estufa caliente durante un minuto y le parecerá una hora. Converse con un buen amigo durante una hora y le parecerá un minuto. Eso es la relatividad”.

LA CIFRA

14 años,

como mínimo, invirtió el geógrafo Pausanias (siglo II) en viajar y escribir su *Descripción de Grecia*. Los clasicistas la consideran la guía geográfica más antigua de cuantas se conservan.

LA CAJA FUERTE

El templo de Saturno, del que pocos restos conservamos, fue un importante centro de culto y lugar donde guardar el tesoro de la República.

JULIÁN ELLIOT

PERIODISTA



Si el Palatino representaba en Roma el poder material y personal, el otro monte central de la ciudad, la colina Capitolina, encarnaba lo sagrado y colectivo. Por ella ascendía la prolongación de la vía Sacra que subía desde el Foro romano, el gran espacio público que ocupaba el valle situado entre ambas elevaciones.

Este ramal que trepaba hacia lo alto, el *clivus Capitolinus*, era, de hecho, el tramo más solemne de la avenida ceremonial. Allí, por ejemplo, culminaban los triunfos. De este modo tenían, como la escarpada calzada, un final espectacular ante el altar de Júpiter Óptimo Máximo. Este era el templo más importante de Roma, dedicado no solo al dios por antonomasia,

sino también a su esposa Juno y su hija Minerva, las otras dos deidades tutelares de la capital. Siempre empeñado en seducir al pueblo, Julio César llegó a ascender devotamente de rodillas por ese empedrado especial que conducía al hogar simbólico de la sagrada familia romana. Esto impactaba en una sociedad que poseía sus pilares, precisamente, en la *gens*,

DE ROMA



los clanes que agrupaban a varias familias a través de lazos jurídicos y políticos. Así pues, las raíces telúricas y tribales se transparentaban por todas partes en la ciudad del Tíber. Lo hacían, como vemos, en el santuario triple de la cúspide capitolina. Pero en pocos lugares de Roma lo comunitario, lo compartido, la patria o madre que unía a todos, se manifestaba

de un modo tan rotundo como en otro altar, también muy venerado: el templo de Saturno. Este se localizaba, no por casualidad, justo en el rincón del Foro donde arrancaba el ascenso procesional.

Un dios arcaico

Se contaba entre los centros de culto más antiguos de la capital. Como todo lo exis-

tente desde la noche de los tiempos, los habitantes de las siete colinas decían que lo había inaugurado el mismísimo Rómulo. Otras leyendas retrotraían el santuario a otro mito fundacional, el de Hércules. Tal vez en ese solar, en efecto, ya se adorara a un dios arcaico, preolímpico. Sin embargo, los testimonios históricos y arqueológicos remiten el origen del templo de Saturno a un período más realista, aunque no por ello menos fascinante. Algunas fuentes clásicas cuentan que lo ordenó construir Tarquinio el Soberbio, el séptimo y último rey de la ciudad-estado. Este monarca, depuesto en 509 a. C, habría comenzado a levantar el santuario en los años finales de su mandato donde ya había un altar de una divinidad primitiva.

Podría ser. Mucho antes de identificarse con el Cronos griego, el Saturno autóctono había surgido como una deidad agrícola. Como tal, incorporaba entre sus atributos la prosperidad resultante de domesticar la naturaleza. Quizá esta facultad de regular las cosechas y la consecuente riqueza pesara en otra cualidad del dios: su carácter liberador, algo tal vez conectado con poder producir aquello que se necesite e incluso con la buena ventura de tener de más.

El caso es que, una vez asimilado a Cronos, Saturno, al que se representaba en Roma cubierto por un velo y con un cuchillo de poda o una hoz, heredó de la mitología griega la mala relación con sus hijos. Igual que el Zeus heleno, el Júpiter itálico terminaba derrocando a su padre como soberano cósmico. Saturno entroncó de esta manera, entre el perfil rural y la expulsión del trono, con dos características sustanciales de la mentalidad romana: el apego al terruño y la idealización del pasado.

Ecos de una edad dorada

Autodefinidos con orgullo como un pueblo de campesinos soldados, los romanos también expresaron una intensa nostalgia por cualquier época previa a la suya. Los del Bajo Imperio añoraban los buenos tiempos del Principado. Los de este anhelaban aquellos austeros y viriles de la República temprana. Y los de la misma y todos los anteriores soñaban con la edad de oro ancestral.



Un santuario multifuncional en pleno Foro

Templo, sede del tesoro público y archivo, el de Saturno era un punto neurálgico de Roma

➤ **El templo de Saturno (1)** no solo presidía el ascenso al Capitolio (2) desde el Foro. También integraba el núcleo monumental que dividía este último en dos amplios espacios abiertos: el sector ajardinado y la plaza dura rectangular (3) que enmarcaban las largas basílicas Julia (4) y Emilia (5).

➤ **A solo unos pasos del santuario** se situaban, entre otras edificaciones principales, el

Miliario de Oro, el kilómetro cero de todo el Imperio, y la Rostra, su tribuna mayor. Esto en medio de la máxima concentración de sedes institucionales de la capital del mundo antiguo.

➤ **No han sobrevivido la nave,** ni la cámara inferior, ni la escalinata de acceso ni la techumbre. Tampoco los valiosos contenidos del recinto: la antigua estatua de marfil del dios, las insignias legionarias, los senadoconsultos, las leyes labradas en bronce, la

recaudación impositiva y las cuentas, deudas y contratos públicos.

➤ **Sí se han perpetuado** las seis columnas frontales, grises, y dos laterales, rosadas. También el arquitrabe, con una inscripción sobre la restauración del templo tras su incendio, y el podio de sillería del conjunto. Sus materiales (granito egipcio, mármol dolomita) y estilo (jónico tardoantiguo, estilizaciones sirias) recuerdan la extensión global que alcanzó el Imperio.

Roma habría sido en esa etapa idílica, más imaginaria que histórica, una sencilla aldea de pastores y labriegos que convivían sin ambiciones ni complicaciones entre campos fértiles, ganado y caza abundantes y hasta dioses que se codeaban con los mortales. ¿Y quién regía este mundo tan feliz? No otro que Saturno, por ser la divinidad anterior a Júpiter en la jefatura del orden universal.

Esta fantasía agropecuaria, aunque puramente mitológica, se tomaba con la

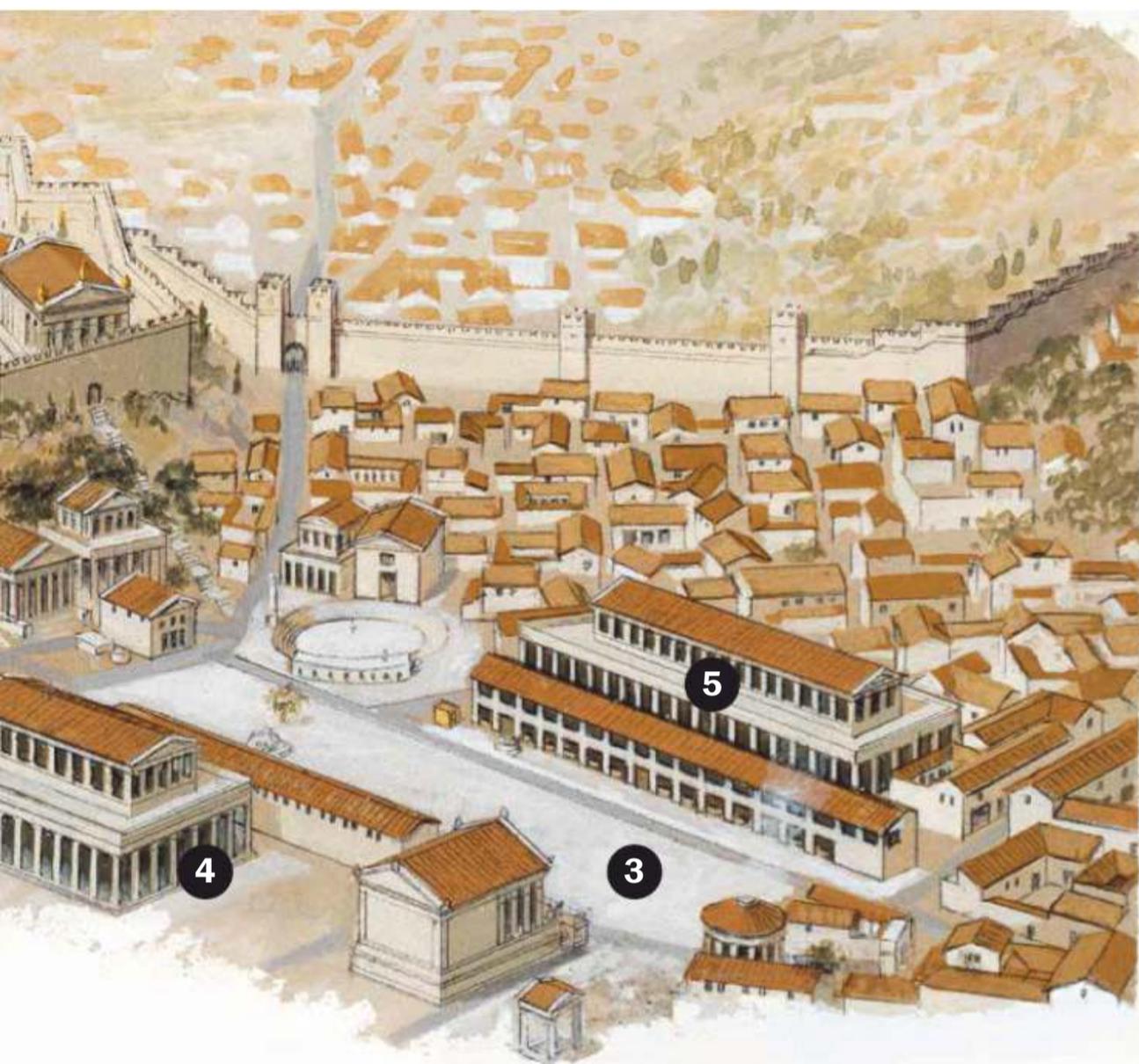
mayor seriedad. El épico padre de la poesía romana, Ennio, llamaba al Lacio “tierra de Saturno”. Aludía con ello a su capital, Roma, simbolizada a su vez por su lugar más sagrado. Porque el Capitolio, antes de que Júpiter se enseñoreara de la colina, la ciudad y la región, se denominaba monte Saturno.

El máximo poeta latino también se hizo eco de aquel régimen ideal. Virgilio se refirió a él en las *Bucólicas* y las *Geórgicas*. La segunda obra recuerda que en aquella

era remota “estaba prohibido adueñarse de la tierra y dividir los campos con lindes; todos se esforzaban por el bien común”. Pero la influencia del arcaico Saturno no se limitaba a ser un espejo literario en que la sociedad se miraba para mejorar. Roma entera remedaba cada año, el 17 de diciembre, aquella edad dorada.

Altar, tesoro y archivo

Las Saturnales trastocaban durante unos días el orden establecido. Como no po-



día ser de otro modo, el epicentro de estas fiestas, las más populares y alegres del calendario romano, “el mejor de los tiempos” para Catulo, era el templo de Saturno. Allí se ritualizaba el inicio de esta combinación de Carnaval y Navidad, dos festividades de las cuales se considera un precedente.

Las Saturnales se inauguraban desatando los cordones de lana que el resto del año ceñían los pies en la inmemorial estatua del dios. Esta, hecha de marfil, estaba rellena de aceite de oliva para conservarla en buen estado. Desde ese instante, proliferaban los banquetes, se intercambiaban regalos, se cambiaba la toga por prendas más informales, los amos servían la comida a los esclavos y, en definitiva, se alteraban las rígidas normas sociales romanas. Todo con un espíritu relajado, jovial e igualitario. Esto último explica otra función principal del santuario, además de la natural como sitio de culto. El templo de Saturno era el tesoro estatal de Roma. Se debió a que, en la plácida edad de oro bajo el dios agrí-

cola, todo era de todos, como comentaba Virgilio. No había propiedad privada ni, entonces, tampoco robos. Por eso, nada más abolida la monarquía, los nuevos dirigentes de los asuntos públicos, de la *res publica* o República, trasladaron el oro y la plata de la Corona, ahora comunes, cerca de su lugar de reunión en el Foro. En concreto, a la nave del templo, o a la también robusta cámara bajo la escalinata de acceso. Allí también se instituyó un archivo documental.

Tres templos sucesivos

El edificio, según dice Tito Livio, fue consagrado por la pareja de cónsules del año 497 a. C., cuando asimismo se instauraron las Saturnales. Hace poco, al excavar los cimientos de las ruinas actuales, se encontraron sillares, de piedra caliza del Palatino, pertenecientes a este primer templo. Aunque no luzca mucho, se trata de una de las escasas estructuras supervivientes de la transición del ciclo monárquico al republicano. Saturno después tuvo más casas. El san-

tuario se reconstruyó entre 42 y 30 a. C. con un estilo más moderno, helenístico. Tras su destrucción por un incendio, los restos originales y los de la época de Augusto se aprovecharon para una última versión hacia 360 d. C. En ella se reutilizó, por ejemplo, el elevado pedestal del siglo I a. C., que compensaba con cemento y mármol travertino el desnivel de seis metros del solar.

Las ocho columnas jónicas y el fragmento del entablamento que hoy subsisten en pie corresponden a esta restauración de la Antigüedad tardía, lo que incluye material reciclado de los templos previos. Puede parecer poco para la importancia que tuvo este edificio romano, sobre todo en la República (en el Imperio, la mayoría de las recaudaciones se derivaron al *fiscus*, la caja privada del emperador, en detrimento del *aerarium*, o erario, saturnal).

Declive y recuperación

Sin embargo, el altar del viejo dios campestre no lo tuvo tan mal si se compara con otras construcciones del Foro. El santuario se vio muy afectado hacia el año 410 d. C., como todo el Imperio, y terminó derruido y convertido durante la Edad Media en parte del tragicómico Campo Vacuno en que pacía el ganado en plena Roma histórica. Pero al menos aún pueden verse las columnas del templo dignamente erguidas en un óleo del Lorenés del siglo XVII y un grabado de Piranesi del XVIII. Carlo Fea, a principios del XIX, y Giacomo Boni, a finales de ese siglo, emprendieron el rescate de toda el área, junto con otros arqueólogos, en una tarea de recuperación, conservación e interpretación que no se ha detenido hasta el presente. ●

Para saber más...

ENSAYO

FORTINI, PATRIZIA Y TAVIANI, MIRIAM. *In Sacra Via. Giacomo Boni al Foro Romano*. Gli Scavi. Milán: Mondadori Electa, 2014. En italiano.

LAURENCE, RAY. *Roman Archaeology for Historians*. Londres y Nueva York: Routledge, 2012. En inglés.

PENSABENE, PATRIZIO. *Tempio di Saturno: architettura e decorazione*. Roma: De Luca, 1984. En italiano.

Tu Supermercado Gourmet en Casa



CHARCUTERÍA



PRODUCTO FRESCO



PASTA, ARROZ, ACEITE...



CONSERVAS



DULCES



BODEGA

Y MUCHAS COSAS MÁS...

HAZ TU COMPRA DE LA SEMANA EN gourmetlavanguardia.com

935 500 105



ENVÍO RÁPIDO Y SEGURO



CAVIAROLI



Alemany 1879



Avi Jaume



Cudé

tupimamba

*Gastos de manipulación y envío para toda la Península: 5,9 €. By Mendofino.

dossier

LOS **DESPLOMIES** **DE LA** **ECONOMÍA**

El parón de la actividad al que nos empujó la Covid-19 prefigura una crisis mundial potencialmente salvaje. ¿Qué nos dice la historia sobre las caídas económicas?

GONZALO TOCA REY

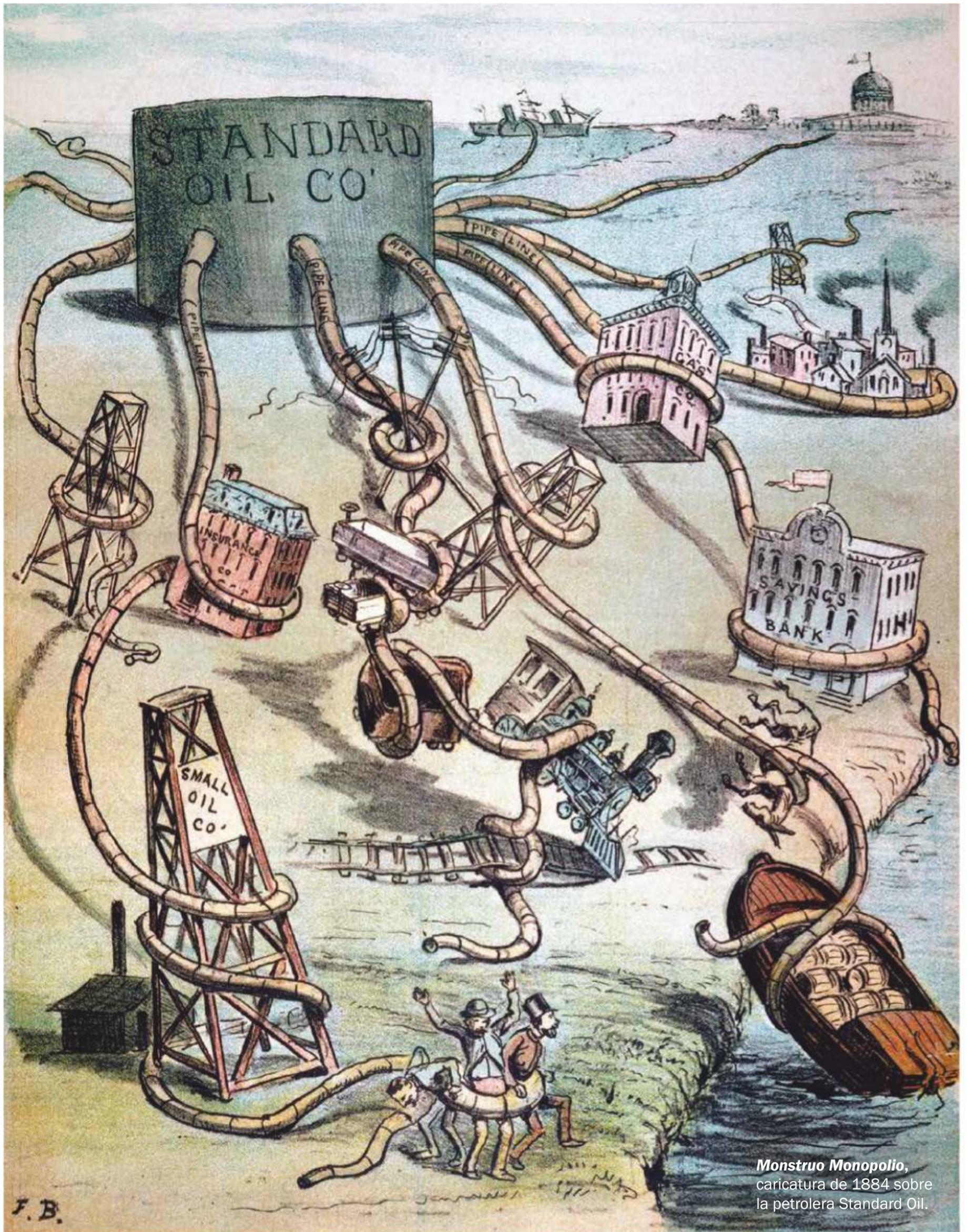
P. 24 - EL PETRÓLEO SE HUNDE

P. 28 - ¡SE RÍEN DE NOSOTROS!

P. 32 - SAQUEN LA ARTILLERÍA

P. 36 - ADIÓS AL PODIO

dossier



Monstruo Monopolio,
caricatura de 1884 sobre
la petrolera Standard Oil.

EL PETRÓLEO SE HUNDE

Desde finales del mes de abril nos encontramos con noticias sobre caídas del precio del crudo. No es, ni mucho menos, la primera vez que sucede.

GONZALO TOCA REY PERIODISTA

Cuando los economistas confirmaron que el barril de crudo de referencia en Europa se había hundido más de un 70% solo entre el 2 y el 31 de marzo, sabían perfectamente lo que eso anticipaba. Muchos de los españoles, que se habían marchado entre risas a sus casas quince días antes, estaban a punto de perder provisional o definitivamente sus empleos. ¿Pero quién había visto antes semejante desplome del petróleo? ¿Había precedentes de algo así? En 1860, el derrumbamiento del barril en Estados Unidos había sido incluso mayor que el de aquel fatídico marzo. Los precios se despeñaron casi un 80% en 12 meses, y siguieron haciéndolo hasta rebasar ampliamente el 98%, si sumamos el trompazo del año siguiente. Apenas exageraban al afirmar que la madera de los barriles valía más que el deslucidísimo “oro negro”, porque nadie volvería a ver un precio tan bajo hasta 1931. La explicación principal del desplome fue el diseño, por parte de Edwin Drake, de una rompedora técnica de extracción del crudo, replicada sin demora por sus competidores. La caída del precio del petróleo

que desató no la impidió ni la elevada inflación del comienzo de la guerra civil americana, que estalló en abril de 1861. Parece increíble, con los ojos de hoy, que Drake no patentara su invento. Sorprende menos que muriera arruinado. La reestructuración del entonces diminuto sector petrolífero fue tan enorme que, en 1863, y a pesar del aumento de la demanda y de una tasa especial que privilegiaba el petróleo frente al alcohol para producir el codiciadísimo queroseno, la producción empezó a descender. Muchas empresas habían quebrado, y otras no sabían ni cómo evitar la inundación de los pozos. Verdaderamente, no es que fueran rudimentarias, es que las de la película *Pozos de ambición* (2007), ambientada a principios del siglo xx en California, parecían naves espaciales a su lado. Hasta el siglo xx, se precipitaron otras dos caídas rotundas y puntuales del precio del crudo, aunque no de la misma entidad que la de los años 1860 y 1861. La primera ocurrió en 1866, como consecuencia de la multiplicación de los hallazgos de yacimientos en Pensilvania y de un despegue de la producción mucho más rápido que el de la demanda. Tam-

bién influyó el enfriamiento de la inflación, que había comenzado en 1864 y se consolidó a partir de 1865, el último año de la guerra civil americana.

James Hamilton, economista de la Universidad de San Diego, afirma que el barril de crudo escaló tanto durante aquella contienda como durante todas las crisis del petróleo de la década de 1970. Eso se debió, sobre todo, a una política monetaria suicida por parte del bando confederado, que esperaba financiar la guerra imprimiendo billetes. Cuando por fin se rindió, el coste de la vida de sus estados se había multiplicado por más de noventa. Eso es lo que el viento se llevó. La segunda caída rotunda del petróleo que mencionábamos, bien documentada por Robert McNally en su libro *Crude Volatility*, ocurrió entre 1890 y 1892. John D. Rockefeller, que controlaba buena parte del refino y los oleoductos importantes americanos mediante la Standard Oil, había intentado evitarla coordinándose con los productores de crudo de Pensilvania, entonces la principal región petrolera del mundo. Aunque consiguió que estos redujesen su producción más de un 25%, no fue suficiente. La alianza solo

Descalabros del siglo XXI

Aquí tenemos los dos últimos grandes trompazos del petróleo de este siglo ya antes de 2020

> Gran Recesión. De junio a diciembre de 2008, el precio del crudo se precipitó casi un 70%. La globalización de la crisis financiera frenó una escalada que había multiplicado por más de dos su valor solo en los tres años anteriores. En ese período, el aumento del consumo se había disparado gracias a países como China, y la producción se estancó gracias, en parte, a Arabia Saudí, muy cómoda con el barril convertido en complemento de lujo. (Abajo, una refinería).

> Gran Caída (2014-2016). La oferta aumentó más rápido que la demanda: el consumo chino ya no crecía tanto y se habían incorporado nuevos productores al mercado, sobre todo en EE. UU. Arabia Saudí tenía dos opciones: cerrar el grifo para que subiera el precio y perder cuota de mercado frente a sus rivales o dejar que cayera hasta casi el fondo y esperar que eso los asfixiase. Optó por lo segundo, y en los dos años que van de 2014 a 2016, el barril se hundió un 70%.



duró un año, hasta 1888, y los precios se desplomaron salvajemente poco después.

Fracasar como un Rockefeller

Como probablemente sospechaba el millonario neoyorquino, que poseía campos petrolíferos en Ohio, ni todo dependía ya de Pensilvania o Nueva York (casi el 40% de la producción nacional provenía de otros estados), ni era posible manipular los precios a su antojo sin neutralizar antes a sus competidores de Bakú, respaldados por el dinero de los Nobel o los Rothschild.

Según escribe el eminente historiador John P. McKay en su capítulo del libro colectivo *Economy and Society in Russia and the Soviet Union, 1860-1930*, Azerbaiyán, entonces parte del Imperio ruso,

producía el 25% del crudo y el 30% del queroseno del mundo, y sus magnates estaban dispuestos a vender más barato para expulsar a Rockefeller del mercado. Por eso, él intentó firmar un “armisticio” con ellos, pero fue imposible.

Entre 1890 y 1892, el barril se hundió gracias a las guerras de precios entre Estados Unidos y Rusia y al recorte de las importaciones que impuso la dura recesión de las potencias europeas, empezando por Francia en 1889. Era un aperitivo de la crisis que azotaría a Estados Unidos en 1893, cuando la bolsa hizo crac, cientos de bancos suspendieron pagos (los ahorradores perdieron en algunos casos todos sus depósitos) y se inició una depresión con millones de parados que no terminaría hasta 1897. En los años trein-

ta del siglo pasado, algunos miraron este precedente con la misma ansiedad –de malos alumnos– con que nosotros miramos en 2008 la experiencia del crac del 29 y la Gran Depresión.

Precisamente, la primera caída abrumadora del barril en el siglo xx la encontramos en la década que va de 1921 a 1931. Hablamos de un batacazo de esos que dejan la silueta del suicida en el asfalto. Los precios del crudo habían escalado desde el final de la Primera Guerra Mundial. Después llegarían el aumento de la producción en Texas, California y Oklahoma, el crac de 1929, la entrada en funcionamiento de un nuevo e inmenso campo petrolífero en Texas en 1930 y las perspectivas de una gran depresión a largo plazo que ya nadie podía discutir en 1931. El barril valía entonces un 80% menos que tan solo diez años antes.

Había mucho más petróleo del que la gente y las empresas estaban dispuestas a comprar. Para proteger el sector, que representaba una de las principales fuentes de empleo, autonomía geoestratégica y prosperidad nacionales, Franklin D. Roosevelt manipuló los precios restringiendo la producción, limitando la competencia entre operadores y plantas petrolíferas de distintos estados y fomentando con regulaciones la eficiencia de las técnicas de extracción, que mejorarían la rentabilidad de los pozos a largo plazo.

Más dura será la caída

La siguiente parada en este recorrido de los desplomes superlativos del crudo es el brutal descalabro que cristalizó entre 1981 y 1986. Fue el lustro de los barriles rotos. En este caso, la escalada previa se debió a las crisis del petróleo de los setenta y al inicio, en 1980, de la guerra entre Irak e Irán, dos grandes productores y exportadores de oro negro.

La fortísima precipitación del barril comenzó en abril de 1981, apenas tres meses antes del inicio de la recesión en Estados Unidos, que catapultaría el paro a niveles no vistos desde la Gran Depresión. En 1986, un año después de que Arabia Saudí aumentase absurdamente la producción para ampliar su cuota de mercado, el barril se había precipitado casi un 75%. Esta fue una de las principales causas de la implosión de la URSS.

Campos petrolíferos arden en Kuwait durante la guerra del Golfo, 1990-91.



En los noventa, década que nos parece tan estable y feliz, el barril volvió a estamparse

A partir, sobre todo, de 1992 y hasta 1997, en esa década que hoy nos parece tan estable, pacífica y feliz, el barril de petróleo volvió a estamparse contra el suelo por culpa de tres factores, principalmente. El primero fue la forma en la que se infló el precio durante la primera guerra del Golfo: tanto Irak como Kuwait eran grandes productores y exportadores, y de la noche a la mañana dejaron de serlo. El segundo fue el efecto combinado de la derrota de Irak en 1991 y del regreso a

los niveles prebélicos de las exportaciones kuwaitíes en 1994. Por fin, el tercero fue la breve pero demoledora crisis del sudeste asiático en 1997 y 1998.

La crisis del sudeste asiático y el desplome del crudo desde 1992 volvieron casi inevitable el rescate de Rusia por parte del Fondo Monetario Internacional en 1998. Vladímir Putin, que sustituyó en la presidencia del país a Borís Yeltsin un año después, supo aprovechar la humillación nacional y el caos.

Otro rescate importante y traumático en 1998 fue el de Corea del Sur, que vio cómo se hundía su PIB un terrible 5,5% y cómo el paro se triplicaba, aunque su economía recuperase con creces, en 1999, la riqueza perdida. Para ponerlo en contexto: el Banco de España prevé que nuestro PIB se hunda este año más que el de Corea del Sur, y que la potente recuperación del año próximo ni siquiera nos devuelva adonde estábamos el pasado mes de febrero. ●

Para saber más...

ENSAYO

HAMILTON, J. **"History of Oil Shocks"**. En Parker, R. y Whaples, R. (eds.), *Routledge Handbook of Major Events in Economic History*. Londres: Routledge, 2009. En inglés.

— **"Causes and Consequences of the Oil Shock of 2007-08"**. Washington D. C.: The Brookings Institution, 2009. En inglés. Accesible en <https://bit.ly/2W1UHVO>

MCKAY, J. P. **"Restructuring the Russian Petroleum Industry in the 1890s"**. En Edmondson, L. y Waldron, P. (eds.), *Economy and Society in Russia and the Soviet Union, 1860-1930: Essays for Olga Crisp*. Londres: Palgrave History Collection, 1992. En inglés.

MCNALLY, R. ***Crude Volatility: The History and the Future of Boom-Bust Oil Prices***. Nueva York: Columbia University Press, 2017. En inglés.

YERGIN, D. ***The Prize: The Epic Quest for Oil, Money & Power***. Nueva York: Simon & Schuster, 2008. En inglés.

¿SE RÍEN DE NOSOTROS!

El ciudadano se ha vuelto impaciente ante la respuesta que gobiernos e instituciones dan a las crisis.

GONZALO TOCA REY

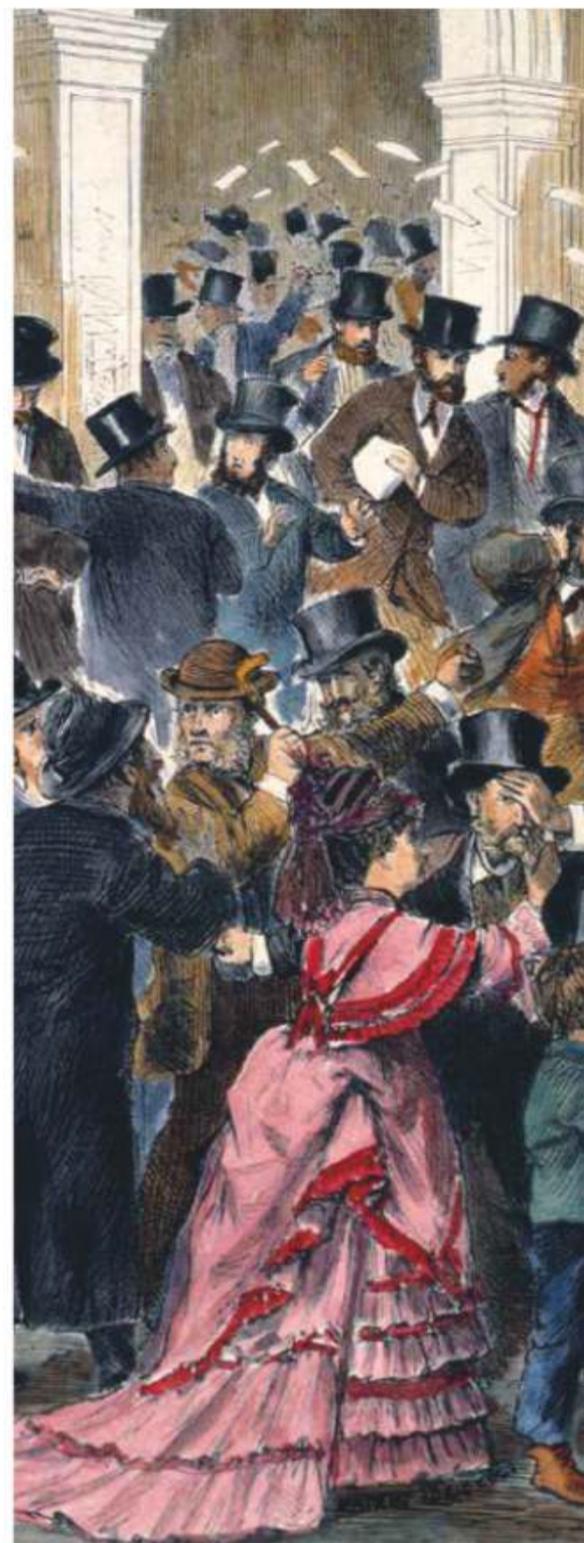
PERIODISTA

Dicen que la primera víctima en una guerra es la verdad. En las recesiones y depresiones más graves, la primera víctima suele ser la confianza. Muchos ciudadanos, muy tocados por el horror del paro o la miseria, levantan el puño exigiendo explicaciones y acusando a sus líderes de vivir en un mundo de mentira. Luego será esa misma población la que ayudará a multiplicar los bulos que justificarán distintos tipos de disturbios y revueltas. A veces, rodarán cabezas. Hay que tener cuidado con las metáforas. Bien lo sabía Luis XVI antes de pasar por la guillotina de los revolucionarios franceses. En los años ochenta del siglo XVIII,

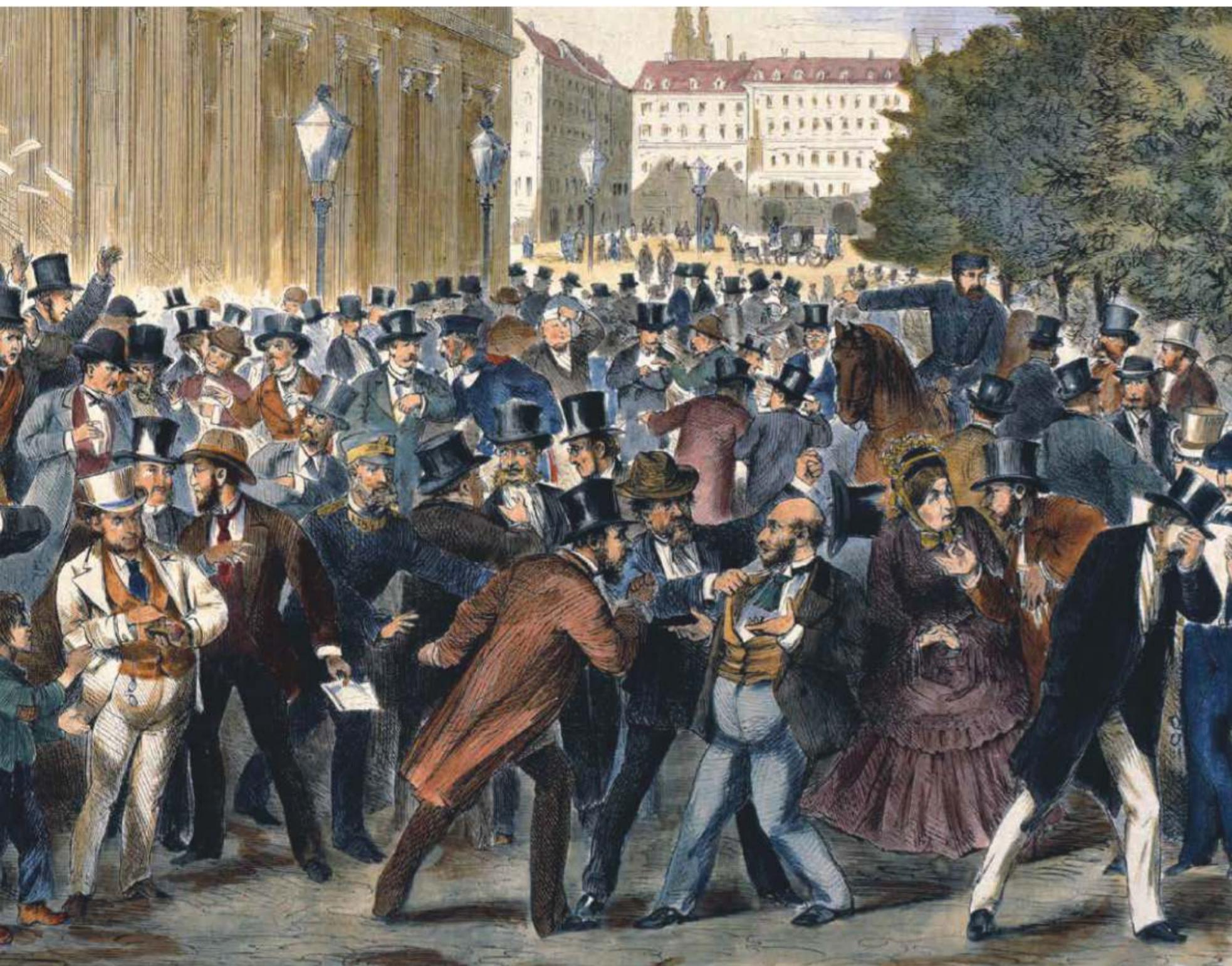
este monarca fue incapaz de responder a la depresión económica que asoló su país. El campo, la principal fuente de riqueza nacional, había sufrido malas cosechas en seis de los ocho años que van de 1781 a 1789. La Corona no disponía de recursos para afrontar el desafío. Era inmensa la factura que le había dejado la guerra de Independencia de los futuros Estados Unidos contra los británicos, sobre todo desde 1778 hasta 1783. No sabía el rey que exportar la revolución acabaría obligándole a importarla.

Como recuerdan los economistas François Velde y David Weir en un análisis reciente, Luis XVI se negaba a seguir la vieja costumbre de sus predecesores (dejar de pagar una parte a los acreedores inter-

nacionales) y temía aumentar la presión fiscal sobre la población en general y, muy especialmente, sobre los que no estaban obligados a tributar, es decir, el clero y los nobles. Por eso, las cuentas del Imperio británico, que sí subió impuestos, acabaron la guerra de Independencia americana más saneadas que las francesas, aunque la chequera de Londres hubiera tenido que competir con las de Francia, España y las trece colonias a la vez. Luis XVI conjuró con medidas económicas la hambruna en 1788 y 1789, pero el deterioro en el nivel de vida, que se sumaba al de los años anteriores, fue brutal de todos modos. Por ejemplo, el precio del alimento más básico –el pan– se disparó un 40% solo en febrero de



Catástrofe bursátil del 9 de mayo de 1873 en Viena. *Illustrirte Zeitung*, Berlín.



1789. La propaganda revolucionaria incendió a la población al atribuir a María Antonieta la recomendación de que, si no podían comer pan, se alimentasen con pastelitos. Fue, por su enorme capacidad movilizadora, uno de los bulos más exitosos de la historia. Nada confirma que eso saliera de sus labios.

París era una fiesta, y se convirtió en el epicentro de un terremoto que destruiría gobiernos durante décadas en toda Europa. Otro momento histórico de gravísima inestabilidad política con efectos casi globales fue el que se conoce como Larga Depresión. Este espantoso período se extendió desde 1873 hasta 1896, y muchos lo consideran la primera crisis internacional de la historia.

La debacle en cadena se originó al calor de la masiva transición al patrón oro de los principales países y del *boom* de crecimiento económico, euforia e inversiones en infraestructuras ferroviarias que siguió a dos conflictos bélicos de enorme repercusión. Los Estados Unidos más o menos como los conocemos hoy y el Imperio alemán fueron, respectivamente, el resultado de la guerra civil americana en 1865 y de la guerra francoprusiana en 1871. El mundo nunca se habría incendiado con la Larga Depresión si no hubiera estado impregnado de la gasolina de la inmadurez institucional, el adanismo nacionalista y la especulación financiera y ferroviaria. La cerilla que lo prendió todo: las reparaciones en oro que París pagó a Ber-

lín tras su derrota acabaron alimentando una burbuja de activos que estalló en la Bolsa de Viena en mayo de 1873. Charles Kindleberger y Robery Z. Aliber nos recuerdan en *Manías, pánicos y cracs* que, en los meses siguientes, la crisis se contagió a la recién nacida Italia, Holanda, Bélgica y Estados Unidos. En otoño sería el turno de Rusia, Francia y el Reino Unido.

Impacto y drama

Incluso donde la crisis no rompió como un tsunami, pueden observarse impactos políticos a los que contribuyó el descalabro. En 1873, se produjeron explosiones antisemitas en Alemania y Austria-Hungría, que echaban la culpa a los judíos de la recesión, y, en 1874, el primer mi-

dossier

nistro británico William Gladstone perdió las elecciones frente a los conservadores de Benjamin Disraeli.

De forma mucho más dramática, la inestabilidad política impidió que Ulysses S. Grant disfrutara de un tercer mandato presidencial en Estados Unidos, destrozó provisionalmente su popularidad y lo forzó a negociar con un Parlamento polarizado (la oposición recuperó la Cámara de Representantes en 1874). Además, volvió a ascender el Ku Klux Klan, muy debilitado desde 1868, y los disturbios se multiplicaron en la administración de Grant y en la siguiente, con huelgas masivas de ferroviarios reprimidas ferozmente en 1877.

El mariscal Patrice de Mac Mahon, que asumió la presidencia francesa en 1873, podría haber dado a Grant y su sucesor, Rutherford Hayes, un curso acelerado. Fue él quien arrasó con el Ejército la Comuna de París en 1871, provocando a su paso miles de muertos y heridos. El mariscal representaba algo parecido a lo que hoy entendemos como el ascenso de la extrema derecha. Y esto es muy interesante, porque un grupo de académicos ha investigado el impacto de las crisis financieras sobre ese ascenso y la estabilidad política de 1870 a 2014 en veinte democracias “avanzadas”, Francia incluida.

Según el estudio de Manuel Funke, Moritz Schularick y Christoph Trebesch, desde 1919 hasta 2014, los cinco años posteriores a una crisis financiera supusieron, de media, un despegue de unos cinco puntos en el porcentaje de voto de la extrema derecha, marcada por el ultranacionalismo y la xenofobia. Además, antes de la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos no siempre perdían apoyo parlamentario por la embestida de la recesión. Después de 1945, sin embargo, la tendencia es clara: los ejecutivos se debilitaron más de cuatro puntos de media, la oposición se fortaleció en más de 3,5 puntos y la gobernabilidad se complicó por esto y por la aparición, en ocasiones, de nuevos partidos y protestas.

Concretamente, desde 1919 hasta 2012, después de una crisis se triplicaron, como media, las manifestaciones contra los gobiernos, se duplicaron los disturbios violentos y las huelgas generales aumentaron un 33%. Los investigadores admiten que



el promedio de disturbios violentos está muy determinado por la represión y los paramilitares en Italia o Alemania durante el período de entreguerras, muy condicionado a su vez por la Gran Depresión.

Mucho más que Hitler

La Gran Depresión refleja de un modo terrible el punto al que pueden llegar la inestabilidad política y el descrédito de las instituciones. No solo hablamos del caos hiperinflacionista que catapultó a los nazis al poder, sino también de una recesión económica que multiplicó la influencia de los ultranacionalistas y los militares en Japón.

Entre 1929 y 1932, se sucedieron cuatro primeros ministros diferentes en Tokio: uno fue destituido, a otro le dispararon dejándolo gravemente herido y a otro lo asesinaron. El siguiente ya era militar, como todos los que vinieron después, y desde ese momento la disolución de la democracia, con una población que echaba la culpa a los gobiernos anteriores a la crisis, fue imparable.

La Gran Depresión, no lo olvidemos, también es el período en el que, en febrero de 1934, los espantosos disturbios y manifestaciones de la extrema derecha en París hicieron que Francia bordease el golpe de Estado. Según Hannah Arendt, el país era ya, para millones de refugiados judíos y rusos, un estado policial.

Se han comparado muchas veces aquella Gran Depresión y nuestra Gran Recesión, un fenómeno devastador para el empleo y la economía que estalló globalmente en 2008 y que supuso tanto el desplome de la confianza en las instituciones como el aumento de las protestas o el relevo de gobiernos en países tan diversos como España, Francia, Estados Unidos, el Reino Unido o Italia.

Aún es pronto para comparar los dos colapsos, porque no podemos valorar el verdadero alcance de la Gran Recesión. Al fin y al cabo, la irrupción de Donald Trump y sus decisiones sobre la pandemia no se pueden desligar de ella, ni el divorcio británico de la UE ni el deterioro de la democracia y las libertades en socios



A la izqda., manifestaciones en París en febrero de 1934.

A la dcha., Alice Weidel y Alexander Gauland, del partido de extrema derecha alemán AfD, en 2017.



Tendemos a incendiarnos con ira y confortarnos con soflamas populistas

comunitarios como Hungría o Polonia. El fenómeno ha influido, igualmente, en la guerra comercial entre Estados Unidos y China, en los 90 escaños que obtuvo la extrema derecha alemana en 2017 en el Bundestag o en la victoria de los populistas en las últimas elecciones europeas de Francia, Italia y el Reino Unido. Sin las viejas heridas de la anterior crisis, tampoco se entiende la exigencia de Italia de que no se utilice el fondo de rescate europeo (MEDE) para ayudarla contra la pandemia. Si España necesita ahora el apoyo de Europa mucho más

que en 2008 para salir de la crisis es porque hoy contamos con menos recursos: entonces nuestra deuda pública ascendía al 40% del PIB, y en mayo de 2020 ya había alcanzado el 100%.

De hecho, lo poco que podemos afirmar concluyentemente sobre la Gran Recesión es que la población castigó y sigue castigando con ferocidad a gobiernos e instituciones, y que esto era algo previsible. Los economistas Jeffrey Chwieroth y Andrew Walter han estudiado las crisis bancarias en cien democracias desarrolladas desde 1831 hasta 2010. Sus datos demuestran que hicieron caer al gobierno muchas más veces después de los años treinta y cuarenta que antes.

Al parecer, desde entonces, la población exige mucha más eficacia en las crisis bancarias y es mucho más dura con sus gobiernos e instituciones, porque asume que pueden y deben tomar medidas que prevengan, eviten y mitiguen lo peor del colapso. Si entendemos que actuaron con torpeza o demasiado tarde, nos incendiarnos con ira, nos confortamos con soflamas populistas y nos creemos muchos de los bulos que exageran su incompetencia. En consecuencia, como bien sabía Luis XVI y también Robespie-

re, las cabezas ruedan, ruedan y ruedan como negras bolas de billar en un caos que se extiende durante años. ●

Para saber más...

ENSAYO

CHWIEROTH, J. M. Y WALTER, A. *The Wealth Effect: How the Great Expectations of the Middle Class Have Changed the Politics of Banking Crises*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009. En inglés.

FUNKE, M., SCHULARICK, M. Y TREBESCH, C. "Going to extremes: Politics after financial crises, 1870-2014". Nueva York: *European Economic Review*, vol. 88 (2016), pp. 227-260. En inglés.

KINDLEBERGER, C. P. Y ALIBER, ROBERT Z. *Manías, pánicos y cracs: Historia de las crisis financieras*. Barcelona: Ariel, 2012.

ROGOFF, K. Y REINHART, C. M. *Esta vez es distinto: ocho siglos de necesidad financiera*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2011.

TOOZE, A. *Crash: Cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo*. Barcelona: Crítica, 2018.

VELDE, F. Y WEIR, D. "The Financial Market and Government Debt Policy in France, 1746-1793". Cambridge: *The Journal of Economic History*, vol. 52, n.º 1 (marzo de 1992). En inglés.

SAQUEN LA ARTILLERÍA

Los Estados reaccionan frente a las grandes crisis con medidas que han ido evolucionando: gasto público, devaluaciones, suspensiones de pagos, expansión monetaria, rescates de empresas...

GONZALO TOCA REY

PERIODISTA

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad no hubo tanta diferencia entre una depresión económica devastadora y una pandemia: las dos diezmaban a la población con miles de muertos (unas por enfermedad y otras por hambre), las dos tenían causas inescrutables porque inescrutable era la voluntad de Dios y, por fin, las dos castigaban a las poblaciones por sus gravísimos pecados, entre los que solía destacar la avaricia. A veces, las crisis contribuían a desatar epidemias y pandemias, y otras veces eran estas las que hundían a los países en el colapso financiero. Las medidas que los Estados han tomado históricamente para amortiguar el impacto de esos desplomes dependen, sobre todo, del avance de la ciencia económica y de los recursos y el papel que tuvieron esos mismos Estados en la sociedad. Las instituciones financieras no llevan ni doscientos años reaccionando contra las recesiones más implacables con algo parecido a la ciencia económica de hoy porque, sencillamente, esta no existía.

El papel de las instituciones financieras ha evolucionado históricamente a golpe de crisis, pero, más recientemente, también lo ha hecho por la difusión mundial de la democracia a partir de 1828. A esos dos grandes motores cabe sumar el éxito de algunos experimentos de gasto público masivo durante la Gran Depresión y, muy especialmente, los que implicaron los preparativos de la Segunda Guerra Mundial. Hay que tener cuidado con las trincheras como medidas anticrisis. No solo destruyen vidas, sino que también vacían las arcas públicas. Eran tantos y tan ricos los países que no pudieron pagar a sus acreedores tras la Segunda Guerra Mundial que representaron, en total, el 40% de la economía del planeta. Seguro que los acreedores no se sorprendieron demasiado, porque era una tendencia histórica consolidada: la inmensa mayoría de las grandes potencias tampoco devolvió sus créditos por las guerras napoleónicas. Como documentan los economistas Kenneth Rogoff y Carmen Reinhart en su libro *Esta vez es distinto*, entre 1800 y 1820, Austria-Hungría y algunos de los

principales estados alemanes (Prusia, Hesse, Westfalia) suspendieron pagos cuatro veces, mientras que Francia, España, Suecia y Países Bajos (Holanda y Bélgica) “solo” lo hicieron una vez. Todos ellos y muchos otros provocaron una masiva devaluación de sus monedas, algo que ayudó, entre otras cosas, a pagar menos a los acreedores (Rusia fue la campeona del segmento, hundiendo el rublo casi un 60% solo en 1810). Como advierte el economista Barry Eichengreen, incluso los británicos acabaron las guerras napoleónicas duplicando su deuda pública hasta rebasar el 250% del PIB. Un poco de contexto: el gobierno español espera que nuestra deuda pase en 2020 del 95,5% al 115,5% del PIB.

Del tango a la tangana

Otra de las reacciones típicas de los Estados ante las crisis económicas es rescatar empresas y, sobre todo, entidades financieras que puedan desestabilizar el sistema. Uno de los primeros rescates modernos de una organización de este tipo lo encontramos en 1890. Entonces el Banco de Inglaterra salvó de la quema al Ban-



¡Viva el emperador!, carga de los húsares de Napoleón en Friedland en 1807. Édouard Detaille, 1891.

Multitud agolpada ante un banco durante la crisis bancaria alemana de 1931.



co Barings después de que Argentina, el país latinoamericano en el que este más había invertido, suspendiera pagos.

En su rescate aparecen muchos de los elementos que llenaron los periódicos españoles en 2012. Ahí tenemos la intervención de un banco central como prestamista de última instancia, la creación de un “banco malo” (*guarantee fund*) que adquirió los activos tóxicos y la participación de inversores reputados como el banco británico N. M. Rothschild y el americano J. P. Morgan. Además, aquella expansión de la oferta monetaria del Banco de Inglaterra mediante la compra de activos (el oro de Rothschild) recuerda un poco a la compra masiva de activos que anunció en marzo de 2020 el Banco Central Europeo para intentar calmar los mercados.

El hundimiento de Barings muestra las consecuencias de las suspensiones de pagos de los Estados sobre los acreedores internacionales. También revela que los políticos y la población ya habían empezado a aprender una lección que solemos olvidar periódicamente. Es absurdo, como acreditaron los economistas Charles Kindleberger y Robert Aliber, jugarse la prosperidad y la estabilidad

Se obligó a los bancos a asegurar un mínimo de los ahorros

de un país dejando caer una empresa fallida para castigar a sus propietarios y directivos. Hay otras formas de hacerlo. El Reino Unido prefirió, por ejemplo, forzar a los principales propietarios del banco británico a vender sus activos tóxicos y entregar lo que obtuvieran con ellos para financiar el rescate.

Más de ciento veinte años después, en la España de 2014, se reformó la ley de Sociedades de Capital para garantizar que los administradores y directivos corporativos respondieran personalmente —y no se escondieran detrás del patrimonio de la empresa— por negligencias graves. En 2017, con el rescate del Banco Popular, los accionistas lo perdieron todo, y la Audiencia Nacional imputó a sus dos expresidentes por delitos de fal-

sedades societarias y administración desleal contra el mercado, falsedades documentales y apropiación indebida. Mientras tanto, los clientes pudieron recuperar todos sus ahorros.

Tu banco me debe dinero

En el siglo XIX, los clientes solían perder una parte considerable del dinero que les debían los bancos. Normalmente, los depositantes eran los más afectados, y se protegía más a los que poseían pagarés contra las reservas en oro o plata de la entidad. Esos pagarés fueron el germen privado de nuestros billetes públicos.

Los primeros sistemas “públicos” que garantizaron una parte de los depósitos y los pagarés bancarios no llegarían hasta 1829, y, aunque el Estado de Nueva York fue el pionero, su intervención se limitaba a obligar a todos los bancos a poner dinero en un seguro y a ejecutarlo para pagar a los clientes y acreedores de una entidad fallida.

Lo que se recuperaba con la quiebra del banco y el seguro solía cobrarse después de que las entidades se liquidasen y se vendieran sus activos para hacer caja. Lógicamente, eso no consiguió evitar que, en los grandes pánicos posteriores, los bancos irresponsables contagiasen a los prudentes. Los clientes sacaban masivamente sus ahorros de todas las entidades, sin excepciones. No sabían cuál sería la próxima en caer, y así... las hacían caer a casi todas. Ya no se fiaban de nadie.

Por eso, a partir de los años treinta del siglo XIX, se empezó a obligar a los bancos a conservar un mínimo legal de reservas en oro que fuese proporcional al importe de los pagarés emitidos y, ya en el XX, se impuso un mínimo legal asegurado que siempre recuperarían los clientes por sus ahorros. Con el paso de las décadas, se convirtió en práctica habitual en los países avanzados que los clientes no recuperasen todas las inversiones, pero sí todos sus ahorros, dijera lo que dijera el mínimo legal, y que no tuvieran que esperar a la liquidación de la entidad rescatada para disponer del dinero.

Desafortunadamente, cuando la crisis bancaria es masiva, el tesoro público puede acabar quebrando, y esto, como nos recordó la crisis de deuda soberana europea del período 2010-2014, puede arra-

Debate sobre ayuda financiera a Grecia en el Eurogrupo en 2015.



sar las entidades que queden en pie. Los bancos nacionales no solo se han encontrado siempre entre los principales acreedores de los Estados, sino que esa circunstancia, como advierten los economistas Michael Bordo y Pierre Siklos, fue la que permitió el nacimiento de los bancos centrales a partir del siglo xvii.

Hasta finales del xix, la artillería anti-crisis favorita de los Estados pasaba, normalmente, por expandir la oferta monetaria para facilitar los pagos y cobros e impedir que los tipos de interés se disparasen (sabían que se multiplicarían con ellos los intereses de la deuda de hogares y empresas), por subir aranceles para proteger a los productores locales y por lanzar pequeños planes de estímulo con dinero público.

Todo esto ya lo hizo el presidente James Monroe tras el pánico de 1819 en Estados Unidos. Aumentó los aranceles un poco tarde, en 1824, porque ni su administración ni los estados del sur creían en sus beneficios. Por otro lado, su plan de estímulo consistió en que los que estaban comprando tierras al Estado se quedasen con la parte de terreno proporcional a lo que habían podido pagar hasta el momento. También los financió extendien-

do ocho años el plazo para completar la adquisición sin intereses y rebajando el precio del resto de la tierra que les faltaba por comprar hasta casi un 40% si se acogían al pronto pago.

Desde el inicio del siglo xx hasta hoy, hemos visto el desarrollo dramático de todos estos instrumentos para mitigar las graves recesiones. Los bancos centrales privados se han convertido en competentes instituciones públicas que exigen reservas más elevadas a los bancos privados y les ofrecen “barra libre” de liquidez durante las crisis (siguen los pasos del Banco de Inglaterra, que se autoimpuso dar créditos durante los pánicos financieros, empezando por el de 1847). Además, la protección de los ahorradores se ha multiplicado con herramientas como los fondos de garantía de depósitos, y los planes de estímulo, ahora mucho más amplios y complejos, se han transformado en la respuesta instantánea a cualquier recesión brutal.

También hay noticias no tan plácidas. Los políticos continúan escuchando los cantos de sirena del proteccionismo, pero ahora usan más barreras no arancelarias que aranceles. Nuestros “bancos malos” han engordado hasta el punto de que la

relativa delgadez del *guarantee fund* del Barings casi provoca ternura. Además, desde hace treinta años, no solo rescatamos entidades, sino también a unos países a los que les sigue seduciendo no devolver lo prestado. Ahora a esto lo llamamos reestructurar deuda o aplicar un *haircut*. De hecho, cuando los acreedores de Grecia recibieron menos dinero del acordado, el *Financial Times* afirmó, muy en serio, que les iban a cortar bien el pelo. No les dejaron ni las cejas. ●

Para saber más...

ENSAYO

BORDO, M. Y SIKLOS, P. “**Central Banks: Evolution and Innovation in Historical Perspective**”. En Edvinsson, R., Jacobson, T. y Waldenström, D. (eds.). *Sveriges Riksbank and the History of Central Banking*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018. En inglés.

EICHENGREEN, B. ***Globalizing Capital: A History of the International Monetary System***. Nueva York: Princeton University Press, 2008. En inglés.

EICHENGREEN, B., EL-GANAINY, A., ESTEVES, R. Y MITCHENER, K. J. “**Public Debt Through the Ages**”. Boston: National Bureau of Economic Research, 2019. En inglés.

ADIÓS AL PODIO

¿Puede una crisis económica derribar a la primera potencia mundial? La respuesta es sí. Hay muchos ejemplos en la historia.

GONZALO TOCA REY

PERIODISTA

China va a destronar a Estados Unidos. Esta es una de las consecuencias que muchos analistas le atribuyen a la extraordinaria crisis económica de la Covid-19. Otros creen que, como mínimo, la pandemia acelerará una decadencia americana que ya se había manifestado, claramente, durante la Gran Recesión. En todo caso, casi todos están de acuerdo en que la arquitectura global liderada por Estados Unidos, y nacida a partir de 1944 con los Acuerdos de Bretton Woods, atraviesa un período crítico que podría conducirla a su desaparición. Sería el final del dominio de Occidente después de más de quinientos años. Se puede hablar de grandes potencias de alcance global, sobre todo a partir del siglo XVI. Desde entonces y hasta hace poco más de diez años, los países que se fueron disputando esa categoría o bien eran europeos o tenían una estrecha, profunda y hasta conflictiva relación con Europa (Estados Unidos y la Unión Soviética), o, al menos, habían asimilado y aceptado muchos de los valores y prioridades occidentales (Japón). Nunca, antes de China y en pleno siglo XXI, había existido una segunda potencia global que no tomase a Europa o Estados

Unidos como referencia, y nunca antes había tenido tantas probabilidades de llegar a ser la primera a medio plazo. El PIB del gigante asiático podría superar al estadounidense en la próxima década. Son muchas las claves que nos ofrece la historia de la decadencia de los líderes globales para entender este momento, y una de ellas es que las crisis económicas contribuyen enormemente a su caída. Mientras sus ejércitos se encuentran con graves problemas para financiar la disuasión y la guerra, y sus gobernantes se enfrentan al descontento en sus sociedades, otros estados poderosos aprovechan la ocasión para hacerse más fuertes. Por ejemplo, la fulminante decadencia del Imperio español vino acompañada de una evidente depresión económica provocada por una tormenta perfecta de incompetencia soberana. Desde 1555 hasta 1655, la Corona decretó en España siete suspensiones de pagos. Eso significó que, en los préstamos posteriores, el Estado tuvo que abonar unos intereses todavía más prohibitivos a banqueros como los Fugger o los Welser. En paralelo, el gasto público masivo para guerras de todo signo, las devaluaciones monetarias y el descontrol sobre enormes cantidades de plata importada de Amé-

Batalla de San Quintín, entre las tropas de Felipe II y el ejército francés, 1557. Fresco de Nicola Granello y Fabrizio Castello en la sala de las Batallas del monasterio de El Escorial.



rica eran tan formidables que la inflación castigó a una población a la que, además, se le exigían nuevos tributos. Como nos cuenta el historiador Geoffrey Parker en *El rey imprudente*, las Cortes de Castilla llegaron a pedirle a Felipe II que moderase el gasto bélico en vez de subir los impuestos. Su secretario y capellán, Mateo Vázquez, le dijo que si Dios hubiera querido que resolviera los problemas del mundo, seguro que no se habría olvidado de darle presupuesto.

Caída en picado

El resultado de toda esta brillante hoja de servicios queda a la vista en un estudio de los historiadores y economistas Lean-



dro Prados de la Escosura y Carlos Álvarez Nogal. Según ellos, en términos reales –o sea, computando la inflación–, mientras el PIB per cápita de la mayoría de las potencias europeas aumentaba entre los años 1570 y 1700, el español se contrajo en más de un 5%. Inglaterra y los Países Bajos se anotaron crecimientos superiores al 20% y el 30%, respectivamente.

España, que había empezado el período siendo mucho más rica que Inglaterra, lo acabó mucho más pobre, y desde 1590 hasta 1700, nuestras tasas de urbanización descendieron más que las de ningún otro estado europeo. La proporción de españoles que vivían en ciudades de 5.000 o más habitantes, mayoritaria en

1590, se desplomó en más de un 50%. Además, la población total se redujo en 800.000 ciudadanos en los 15 años previos a 1613 por las oleadas de la peste y la expulsión de los moriscos. En fin, no sorprende que los Países Bajos tardasen tan poco en imponerse, en el siglo XVII, como primera potencia global.

Francia fue otra potencia global con un declive bien alimentado por la crisis, y, de hecho, las últimas dos décadas del siglo XVIII son un monumento al disparate económico. Después de financiar parte de la guerra de Independencia de los futuros Estados Unidos contra el Imperio británico, sobre todo desde 1778 hasta 1783, Luis XVI tenía las finanzas del rei-

no tiritando. A eso hay que sumar que el campo, la principal fuente de riqueza nacional, sufrió malas cosechas en seis de los ocho ejercicios que van de 1781 a 1789. Los economistas Tom Sargent y François Velde estiman que, en 1789, el Estado dedicaba casi el 70% de sus ingresos solo a devolverles a los bancos lo que estos le habían prestado.

Y Luis XVI, que no quería dejar de pagar a los acreedores, no sabía cómo hacerlo sin subir impuestos. Entendía perfectamente el significado de “*no taxation without representation*” (“no a los impuestos sin representación”), que sus aliados, los revolucionarios americanos, habían utilizado como gran eslogan moviliz-



dor. Además, dos de sus tres principales ministros de Finanzas antes de 1788 (Anne Robert Turgot, Charles-Alexandre de Calonne) habían caído intentando aumentar la presión fiscal, algo que exigía, como mínimo, que los eclesiásticos y los nobles tributasen en condiciones. Luis XVI convocó los Estados Generales y aceptó duplicar el número de los representantes del Tercer Estado, con la esperanza de que “el pueblo” le ayudase a subir los impuestos para evitar la bancarrota de Francia.

Evidentemente, fracasó. Igual, por cierto, que sus sucesores revolucionarios, que hicieron lo posible para no subirlos. Y no solo es que no quisieran incurrir en medidas impopulares en un período incendiario, sino que también sabían que buena parte de la población, obligada a chapotear en el fango de la miseria económica y la economía sumergida, ya no los pagaba en absoluto. Así las cosas, para hacer caja, prefirieron nacionalizar los inmuebles de la Iglesia

y emitir unos bonos (que llamaron “asignados”) respaldados por el valor teórico de venta de los terrenos y –aunque parezca una broma– por los muchos impuestos que preveían recaudar.

Pagando la revolución

Cuando, en medio de la fuerte recesión, los terrenos o se vendieron mal o no se vendieron, su siguiente decisión fue emitir más bonos, es decir, engordar aún más la deuda del Estado. Por supuesto, el gasto público desatado y la expansión descontrolada de la oferta monetaria (obligaron a utilizar los asignados como dinero legal) provocaron hiperinflación. En estas circunstancias, los revolucionarios impusieron controles de precios..., y el desabastecimiento y el hambre que produjeron los obligaron a importar grano. En 1797, después de crear nuevos impuestos y de expropiar los bienes de los opositores a la revolución que habían emigrado, Francia quebró espectacularmente.

Napoleón, que consiguió reflotar la economía a partir de 1800, lo hizo en gran medida –aunque no exclusivamente– gracias a sus guerras: de hecho, el país volvió a dejar de pagar a sus acreedores en 1812, el año del fracaso de la invasión de Rusia. Tras la derrota de Napoleón en 1815, Francia dejó de ser la potencia con el ejército más poderoso del mundo, condición que asumió el Imperio británico. Los franceses habían suspendido pagos cinco veces en los cien años anteriores. Los ingleses, ninguna.

Los revolucionarios rusos, a diferencia de lo que hicieron los franceses, repudiaron la deuda externa de los zares desde el principio, en 1918. De este modo, se estrenaron dejando de pagar lo que debían a Francia o el Reino Unido por su ayuda durante la Primera Guerra Mundial: Londres y París restañarían sus heridas exprimiendo a Alemania en Versalles. Irónicamente, la Unión Soviética nació con una quiebra y murió sin quebrar, porque Rusia asumió sus deudas



A la izqda., apertura de los Estados Generales en Versalles, 5 de mayo de 1789.

A la dcha., Mijaíl Gorbachov y Borís Yeltsin en la firma en la Duma de un acuerdo que pondría fin a la Unión Soviética. Moscú, 23 de agosto de 1991.



en los noventa... y no terminó de pagarlas hasta hace tres años.

En todo el siglo xx, y aunque pueda resultar sorprendente, los años setenta y ochenta fueron el único momento en el que la Unión Soviética se convirtió en la primera potencia global. Así lo confirman el economista e historiador Mark Harrison y el Composite Index of National Capability, que mide el peso internacional de los principales países teniendo en cuenta la población, las tasas de urbanización, la producción de hierro y acero, el consumo energético, el número de soldados y el gasto militar.

La fecha del relevo es 1973, justo el año en el que se hundió el sistema de Bretton Woods y el barril de crudo se disparó con una trayectoria ascendente que acabaría cuadruplicando su precio en solo siete años. A mediados de los setenta, el gasto militar soviético superó, por primera vez, al estadounidense, y en 1977, la Unión Soviética desplazó a Estados Unidos como primer productor petrolero del mun-

do, un título que ostentaría hasta su desaparición. Moscú, con una economía con la mitad de PIB que Estados Unidos, estaba mucho mejor preparada para no depender de las importaciones ni, por tanto, del precio internacional del barril. Al mismo tiempo, podía aprovechar sus excedentes de producción para enriquecerse y financiar sus ejércitos.

Lamentablemente para los soviéticos, sus estructuras, rígidas como piedras, empezaron a rechinar como barcos viejos cuando el petróleo inició en 1980 un desplome que lo llevaría a caer un 80% hasta 1986. Su principal fuente de riqueza y ventaja competitiva se había evaporado: habían dependido de ella para acceder al liderazgo mundial y sabían que sin ella era imposible mantenerlo a largo plazo. Al mismo tiempo, el presidente americano, Ronald Reagan, duplicó el gasto militar de 1981 a 1986, y forzó con ello a Moscú a hacer algo parecido en un momento en el que, ciertamente, ya no se lo podía permitir si no llevaba a cabo unas arriesgadas reformas en su sistema productivo. Además, la Casa Blanca aprovechó ese gasto militar para estimular la economía, muy dañada en 1982, y le añadió la impresionante artillería de dos recortes históricos de impuestos en 1981 y 1986, que la Reserva Federal acompañó rebajando los tipos de interés del 20% al 6% en aque-

llos cinco años. Estados Unidos inició en 1982 un largo período de expansión económica que no concluiría hasta 1990. En Washington acababan de guardar el champán en la nevera cuando, tan solo un año después, conocieron la implosión definitiva de la Unión Soviética. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

PARKER, G. *El rey imprudente*. Barcelona: Planeta, 2017.

ENSAYO

HARRISON, M. "The Soviet Economy, 1917-1991: Its Life and Afterlife".

Oakland (California): *The Independent Review*, vol. 22, n.º 2 (otoño de 2017), pp. 199-206. En inglés.

ÁLVAREZ NOGAL, C. Y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. "The decline of Spain (1500-1850): Conjectural estimates". Cambridge: *European Review of Economic History*, vol. 11, n.º 3 (diciembre de 2007), pp. 319-366. En inglés.

VELDE, F. Y SARGENT, T. "Macroeconomic Features of the French Revolution". Chicago: *The Journal of Political Economy*, vol. 103, n.º 3 (junio de 1995), pp. 474-518. En inglés.

VELDE, F. Y WEIR, D. "The Financial Market and Government Debt Policy in France, 1746-1793". Cambridge: *The Journal of Economic History*, vol. 52, n.º 1 (marzo de 1992), pp. 1-39. En inglés.



CHARLES DICKENS DEFINIDO POR UN TRAUMA

Coincidiendo con la conmemoración del 150 aniversario de Charles Dickens, recordamos su figura y su legado, más allá del literario.

EVA MILLET

PERIODISTA

En la vida de Charles Dickens, uno de los escritores más importantes de la literatura inglesa y universal, hay un momento fundamental. Un trance que indefectiblemente se menciona en cualquier biografía, análisis, entrevista en profundidad o mesa redonda sobre el genial autor. El episodio tuvo lugar en febrero de 1824, cuando Dickens tenía doce años y vivía con su familia en el norte de Londres. Su padre, John Dickens, oficinista en la Armada, fue detenido y enviado a prisión por impago de deudas. De un día a otro, a la familia Dickens se le derrumbó el mundo, y a Char-

les, el mayor de los hijos varones, le tocó lidiar con una situación abrumadora. Su infancia feliz, en Chatham, en el condado de Kent, donde vivió hasta los diez años, parecía un espejismo.

El mismo día del arresto, su madre, Elizabeth, lo mandó a la cárcel provisional a la que se habían llevado a su marido. Las *sponging-houses* eran los lugares en los que se encerraba a los deudores a la espera de que alguien se hiciera cargo de lo pendiente. Charles, un niño espabilado y observador, estaba acostumbrado a recorrer Londres a sus anchas: cuando llegó donde estaba detenido su padre se encontró con un hombre desolado, que

le envió a pedir ayuda a diversos parientes. Así lo hizo, obediente, su hijo, pero ninguno quiso pagar, hartos de los repetidos sablazos de John Dickens.

Debido a ello, fue encerrado en la cárcel de Marshalsea, en el sur de Londres, una prisión destinada a acusados por delitos de deudas y faltas de honor. El hijo fue testigo de este traslado y escuchó, asustado, las palabras proferidas por su padre antes de marcharse, en las que aseguraba que aquello era el fin de su vida.

Las semanas posteriores fueron una pesadilla para el joven Dickens. Dirigido por su madre, se encargó de empeñar las posesiones familiares, incluidos sus



queridos libros. Pronto la casa quedó vacía, y la familia dormía en dos habitaciones desnudas y heladas. La madre y los hermanos pequeños se fueron a vivir con John Dickens a la prisión, algo que estaba permitido. Charles se quedó solo, alojado en una casa particular en Camden, con una casera “que cobraba barato y trataba a los niños también de esta forma”, describe Claire Tomalin en su biografía *Charles Dickens: A Life*.

La fábrica de betún

Hacia unas semanas que había empezado a trabajar. Un amigo de la familia le había encontrado un empleo en una fábrica de betún junto al Támesis, cerca de la estación de Charing Cross. Hoy Charing Cross es un lugar ordenado y céntrico, que desemboca en el Strand, avenida

donde, entre otros, se ubica el Savoy, uno de los mejores hoteles de la ciudad, con vistas al río y a los jardines del Embankment. En aquella época, sin embargo, los diques junto al Támesis todavía no se habían construido, y la zona era industrial e insalubre; muy dickensiana, de hecho. Lo único similar entre el Londres actual y aquel previctoriano era la cantidad de personas que circulaban por la capital más importante del mundo.

“El Londres de la época era un espectáculo”, describía en un programa de la BBC Rosemary Ashton, profesora de Literatura del University College de Londres. “En términos de población, era la capital más grande del país más importante del mundo: el más avanzando política, industrial y económicamente”. Un país “muy seguro de sí mismo, progresista”, pero en el

que existía un reverso: “El de una ciudad superpoblada, densa, con chabolismo y personas que trabajaban por sueldos míseros. Con una pobreza tremenda, brotes de cólera y problemas de higiene”.

Este segundo Londres, injusto, paupérrimo y pestilente, es el que Charles Dickens vivió de forma directa, siendo un preadolescente, durante casi un año. Ese fue el tiempo aproximado que pasó trabajando en la fábrica de betún Warren’s, en un edificio destartado junto al río, en el que se escuchaban los chillidos de las ratas del sótano. En aquel lugar espantoso, aquel niño brillante y sensible se dedicaba a pegar etiquetas y cerrar los botes de betún durante diez horas al día a cambio de seis chelines semanales. Allí se dio cuenta de lo que significaba ser pobre, y aquello lo marcaría para



A la izqda., panorámica del centro de Londres, con la estación de Charing Cross a la derecha de la imagen.

A la dcha., retrato de Dickens a los 27 años, copia de un cuadro de Daniel Maclise de 1839.



La experiencia en la fábrica de betún fue para él tan vergonzante como desesperante

siempre. “Sí, absolutamente, la situación fue muy difícil”, ratifica la escritora Lucinda Hawksley, experta en Dickens, de quien es descendiente directa. “Toda su familia, menos él y su hermana mayor, Fanny, estaba en prisión. Y aunque la experiencia duró menos de un año, tenemos que recordar que él no sabía cuánto iba a prolongarse aquella situación... Imagínense la angustia”.

En su primer día de trabajo, Charles vestía un pantalón y una americana claros. Un traje que denotaba sus orígenes de clase media: hasta que fue enviado a prisión, su padre tenía un trabajo respetable. Charles había ido al colegio y había vivido en un ambiente medianamente ilustrado, especialmente por parte de su madre: dos de sus tíos maternos trabajaban como periodistas. Fueron figuras

importantes en la infancia de Dickens, pero no evitaron aquellos meses horribles que pasó en la fábrica.

Al inicio, sus compañeros—algunos huérfanos, todo pobres—lo apodaron “el joven caballero”. Sin embargo, cuidaron de él. Pese a su aspecto frágil y a un problema de salud que le provocaba espasmos laterales, ya de niño Dickens era especial: una de esas personas que iluminan el ambiente al entrar en un salón. De hecho, de adulto, se convirtió en un invitado muy requerido y en un anfitrión perfecto: atento e ingenioso e imbatible en las charadas. Su personalidad, sin embargo, tuvo también su lado oscuro, que se manifestaría, sobre todo, en el ámbito familiar.

Bob Fagin, un huérfano algo mayor que él, le atendía cuando sufría dolores, y los otros niños-trabajadores lo trataban con

camaradería. Sin embargo, para el joven Dickens aquella experiencia fue tan vergonzante como desesperante. Aunque mantuvo siempre su compostura y fue un buen trabajador, la rabia y la angustia ante aquella injusticia fueron las emociones presentes durante aquella etapa. “No hay palabras para expresar la secreta agonía de mi alma mientras me hundía en aquel entorno [...] la sensación de abandono y completo desespero y la vergüenza que sentía por aquella posición [...] toda mi naturaleza estaba invadida por el dolor y la humillación”, le confesaría, años después, a su mejor amigo, John Forster, autor de la primera biografía del escritor.

Contra la injusticia

El principio del fin de la situación llegaría cuando John Dickens salió de prisión gracias a la herencia recibida tras la muerte de su madre. Sin embargo, la liberación de aquel trabajo que Charles tanto odiaba tardaría en llegar: mientras su padre paseaba por Londres como si nada hubiera sucedido, Elizabeth insistía en mantener a su hijo mayor en la fábrica. Finalmente, en la primavera de 1825, cuando Charles ya tenía trece años, John Dickens salió de la inopia y se impuso a su mujer. El hijo dejó la fábrica y fue apuntado a una escuela cercana al enésimo domicilio de su familia. En una reacción

muy inglesa, el matrimonio no mencionó nunca más el asunto ante él.

Aquella reacción acentuó en el adolescente un resentimiento hacia sus padres que albergó durante toda su vida, señalada por este episodio, tanto a nivel personal como creativo. En su obra abundan los personajes infantiles que soportan sufrimientos: empezando por el celeberrimo *Oliver Twist* de su segunda novela —que empezó a publicar por entregas en 1839— y continuando por *La pequeña Dorrit* —escrita también por entregas entre 1855 y 1857—, donde narra las peripecias de una niña que creció y vivió en la prisión de Marshalsea. “En cierto modo, estos personajes eran su propia persona”, escribió John Forster.

Pero aquel precoz encuentro con la miseria marcó también a Dickens ideológicamente, y en su ocupada y descomunal carrera, las cuestiones de la injusticia y los derechos de los pobres fueron primordiales. “Sí, su legado social fue enorme —corroboró Lucinda Hawksley—, y consiguió muchas cosas, como contribuir a cambios legislativos en aspectos como los derechos de los trabajadores y la protección de la infancia o a construir el primer hospital infantil del país, el Great Ormond Street Hospital de Londres, que es uno de los mejores del mundo”. Dickens, explica su descendiente, no fue el primer escritor con una causa, pero sí el primero en utilizar su fama para ella. “Era enormemente famoso a escala internacional, y utilizó su celebridad de un modo muy efectivo. Además, siguió trabajando como periodista hasta el final de sus días. Ejerció un periodismo de denuncia e investigación: animaba a la gente a que le contara las injusticias. Fue muy influyente en conseguir que la población más pudiente pensara en la pobreza y en lo que implicaba ser pobre. ¡Él lo había sido y lo sabía!”.

El debut en la escritura

La carrera literaria de Dickens empezó a los veintiún años; cinco años antes había abandonado la escuela para trabajar, primero como pasante en un bufete de abogados y después como taquígrafo judicial. En algún momento aspiró a ser actor, pero ganó la escritura, profesión en la que debutó como periodista parlamentario. En 1834 empezó a colaborar en el

Dickens (de pie, a la dcha.) con dos de sus hijas, Kate y Mary, y varios amigos en el portal de su casa en Higham, Kent, c. 1860.



Trabajó de pasante y taquígrafo y aspiró a ser actor, pero ganó la escritura

diario *Morning Chronicle*, de ideología liberal, con la que simpatizaba la naciente burguesía industrial. Su estilo empezó a llamar la atención, y en 1836 se publicó *Sketches by Boz* (Boz era el seudónimo que utilizaba), una recopilación de sus mejores artículos. Ese mismo año apareció la primera entrega de su primera novela: *Los papeles póstumos del club Pickwick*, una sátira en torno a un club de extravagantes caballeros británicos, in-

fluenciada por el *Quijote*, una de sus obras preferidas. Su trabajo causó sensación, y en pocas semanas Dickens se convirtió en el escritor más popular del país.

Poco antes se había casado con Catherine Thomson, hija de un respetado periodista escocés. La luna de miel la pasaron en el Chatham de la infancia de Dickens y se instalaron en el londinense barrio de Bloomsbury, el de la intelectualidad por excelencia. El traslado, en 1837, coincidió con el inicio del largo reinado de la joven reina Victoria, que marcaría la cúspide del Imperio británico.

Pronto empezaron a sucederse los numerosos hijos, y Charles se volcó en su trabajo, combinando el periodismo, la literatura y la edición de revistas a un ritmo frenético. “Era definitivamente un adicto al trabajo. Estaba obsesionado por que, a diferencia de él, todos sus hijos tuvieran una seguridad financiera. Pero su padre andaba siempre metido en deudas y él no lograba ahorrar. Toda su vida sintió el miedo de perderlo todo”, señala Lucinda Hawksley. Sin embargo, su talento e imaginación eran inagotables. Otro de sus biógrafos, Peter Ackroyd, calcula que llegó a crear dos mil personajes en sus catorce novelas.

En 1838 empezó la serialización de *Nicholas Nickleby*, ambientada en Londres y con un joven protagonista que, tras la muerte de su padre, debe sostener económicamente a su madre y a su hermana. *La tienda de antigüedades* (cuya primera entrega empezó en 1840) tiene como protagonista a una joven e inocente huérfana, mientras que en *Barnaby Rudge* –su primera novela histórica– el héroe es un joven demente en un Londres turbulento. Esta obra, no tan bien acogida como las anteriores, inspiró al estadounidense Edgar Allan Poe para escribir su poema *El cuervo*.

Dickens era una celebridad en América, adonde viajó ese mismo año con su esposa, siendo recibido con honores casi propios de la realeza. De todos modos, no volvió muy impresionado de su periplo: allí reivindicó sus derechos de autor, que no eran respetados en el país. De hecho, otro de sus legados, muy poco conocido, es que resultó clave para contribuir a una ley internacional sobre esta parte de la propiedad intelectual.

Dickens, su mujer y su amante

El escritor, con una intensa vida privada, sufrió depresión

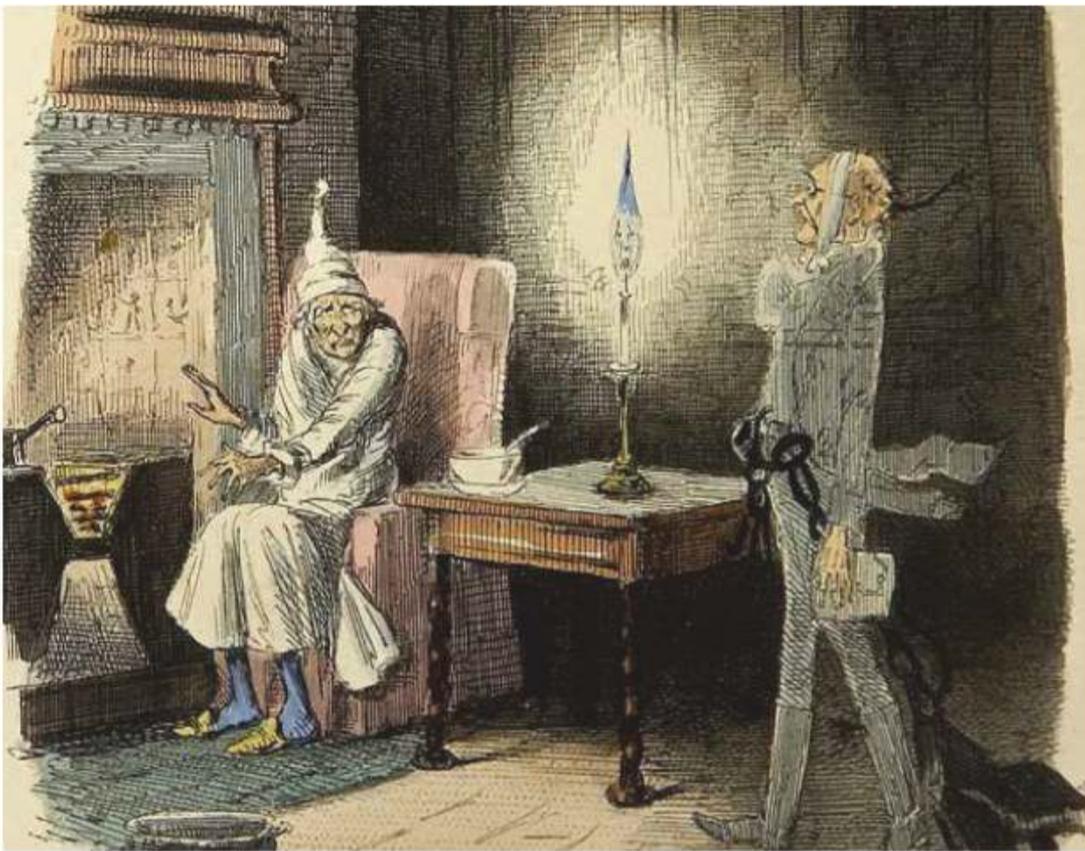
> Charles y Catherine Dickens tuvieron diez hijos. Sobre su vida doméstica, la *Encyclopedia Britannica* explica que “apreciaba mucho su hogar y era un cabeza de familia orgulloso y eficiente [...]. Para sus hijos fue un padre devoto y amable, por lo menos, de pequeños; las relaciones fueron menos armónicas durante la adolescencia”. Lo cierto es que, como ratifica Lucinda Hawksley, en la familia Dickens no hubo castigos físicos a los niños, lo que era sorprendente para la época.

> Pero, con el tiempo, la vida privada del escritor se complicó. Empezó a aborrecer a Catherine, a la que acusaba de desor-

ganizada e inestable y cuyo aspecto físico pasó a desagradarle. En 1856 le confesó por carta a John Forster: “El esqueleto en mi armario doméstico es cada vez más grande”. Omitiría, sin embargo, su romance con una actriz, Ellen Ternan (abajo), 27 años más joven.

> En 1858, el matrimonio vivía separado. Dickens trató incluso de encerrar a su esposa en un manicomio. “Tenía un lado oscuro, sí”, subraya Lucinda Hawksley. “Dickens padeció depresión, algo que no está muy estudiado. Y creo que el final de su matrimonio, en el que fue horrible –no solo con su mujer, sino con muchos de sus amigos–, está vinculado con ello”.





Scrooge, un meme universal

Cuento de Navidad se ha convertido en una historia global

➤ **En 1843, el gobierno** británico publicó un informe sobre el trabajo infantil que indignó a Dickens. Su inmediata reacción fue escribir un panfleto de denuncia, pero pensó que tendría más impacto un relato ambientado en la Navidad, cuya celebración se consolidó durante la época victoriana. No se equivocó. *Cuento de Navidad* se convirtió en un fenómeno desde que se publicó, en diciembre de aquel año.

➤ **El protagonista es** Ebenezer Scrooge (arriba, en camión), un avaro que explota a su empleado, Bob Cratchit, hombre bueno con muchos hijos –uno de ellos, Tim, enfermo– y apenas ingresos; como tantos británicos de la época.

➤ **Scrooge es visitado** por el fantasma de su antiguo socio, Jacob Marley, y luego por los fantasmas de la Navidad pasada, presente y futura. Todos le evidencian sus errores. El cuento muestra por qué la generosidad y la compasión son básicas para una sociedad mejor.

➤ **Como tantas otras** obras de Dickens, *Cuento de Navidad* ha sido adaptado al cine y a la televisión decenas de veces. Su trama es universal. Una pequeña muestra: un trabajo de 2019 de una estudiante de bachillerato barcelonesa, Emma Calles, revela que el 72% de sus compañeros conocía la historia, aunque solo un 16% sabía que procedía de un libro.

La denuncia incansable

Martin Chuzzlewit (1843), considerada la última de sus novelas picarescas, tiene como trama el egoísmo humano. En ella aparecen dos de sus villanos más conocidos: Seth Pecksniff y Jonas Chuzzlewit. Sin embargo, sería el personaje de Ebenezer Scrooge, el avaro sin corazón protagonista de *Cuento de Navidad*, del mis-

mo año, quien se llevara el premio a malvado del siglo. Aunque se redime, Scrooge –el usurero que siente “repugnancia” hacia los pobres– es un personaje que ha trascendido la obra, y otra muestra del impacto de Dickens en la cultura popular. *Cuento de Navidad* no solo creó un nuevo género literario, sino que reforzó la vertiente activista del es-

critor, siempre dispuesto a denunciar las injusticias sociales y los abusos del sistema judicial inglés, incluso en un ambiente amable como el navideño.

Una anécdota, descrita por Claire Tomalin en su biografía, ilustra muy bien este propósito de Dickens. En 1840, el escritor participó como jurado en un caso contra una joven criada, acusada de infanticidio. La chica, huérfana y analfabeta, dio a luz a un bebé muerto en la cocina de la casa donde servía. Su patrona no la creyó y la denunció. La intervención de Dickens fue fundamental para evitar que fuera condenada a muerte: no solo se personó durante todo el proceso (“y eso que era, sin duda, el más ocupado de los doce hombres”, escribe Tomalin), sino que se encargó de que le hicieran llegar comida a prisión y contrató un abogado para la defensa de la criada. La sentencia fue benévola. “Gracias a su energía y dones extraordinarios, Dickens consiguió salir de la pobreza, pero nunca la olvidó ni evitó mirarla de cara”, resume la biógrafa.

En *David Copperfield*, su octava novela, publicada entre 1848 y 1850, el autor echa cuentas de su propia vida. Escrito en primera persona, es su libro más autobiográfico y, en sus propias palabras, su favorito. La obra causó sensación: lord John Russell, entonces primer ministro, la leía en voz alta a su esposa. “Lloramos hasta sentirnos avergonzados”, confesó. También impactó a un Henry James niño que, escondido bajo la mesa del salón, escuchaba la lectura de la obra en su casa neoyorquina. Sus sollozos le descubrieron.

“Creo que Dickens quería reformar al individuo, cambiar los corazones y las mentes de la gente, de los malos Scrooges”, afirmó a la BBC Michael Slater, catedrático de Literatura Victoriana en el Birkbeck College, de la Universidad de Londres, y experto en el novelista. “Su idea principal fue que, por encima de todo, los pobres debían tener casas decentes, una educación decente y todas las oportunidades para tener una vida igualitaria. En todo su trabajo, tanto en el periodístico como en el novelístico, hay una continuidad sobre este tema”.

Esta intención reformadora no siempre fue bien recibida: Virginia Woolf, por ejemplo, no apreciaba las novelas de Dickens. La escritora aseguraba que, al fi-



Creía que la literatura podía mejorar a las personas o, por lo menos, conmoverlas

nalizarlas, se veía forzada a donar dinero a una organización caritativa. Eso, decía, no es lo que el arte debería impulsar. Pero Dickens creía firmemente que la literatura podía mejorar a las personas o, por lo menos, conmoverlas. Y eso fue lo que hizo, de forma incansable y sin olvidar el sentido del humor, hasta el fin de sus días. Escribiendo nuevas obras maestras como *Tiempos difíciles* (1854), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1861), sin dejar de denunciar las desigualdades de clase y la explotación de los pobres en el entonces país más poderoso del mundo.

Murió en 1870, a los 58 años, de una embolia, aseguran que por el agotamiento que le provocó una segunda gira por Estados Unidos. Él y su esposa Catherine ya vivían separados desde hacía tiempo. Dos años después se publicó la biografía de su amigo John Forster, donde se revelaba, por primera vez, el traumático episodio vivido en su preadolescencia. Nunca había hablado en público del mismo. En cierto modo, no hacía falta: aquel trance estuvo presente en toda su vida y obra. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

ACKROYD, PETER. *Dickens, el observador solitario*. Barcelona: Edhasa, 2011.

TOMALIN, CLAIRE. *Charles Dickens: A Life*. Nueva York: Penguin Press, 2011. En inglés.

CINE

La mujer invisible (Gran Bretaña, 2013). Dir.: Ralph Fiennes. Ints.: Ralph Fiennes, Felicity Jones, Kristin Scott Thomas.

PODCAST

"Dickens". *In our Time*. BBC Radio 4. En inglés. <https://bbc.in/2YBYOzy>

El señor Micawber y David Copperfield en una ilustración para la novela, c. 1850.



AMÉRICA

LAS TRES MUJERES INDIOS OSAGE

Un grupo de indios osage en diciembre de 1920.



RTES DE LOS

Crímenes, codicia y petróleo se aliaron en Estados Unidos a principios del siglo xx para enterrar tres veces a un pueblo.

DOMINGO MARCHENA PERIODISTA

Más que un encuentro de culturas, en América hubo un encontronazo. Los aborígenes sufrieron una inexorable pérdida de vidas, de tierras y de tradiciones. La muerte de su cultura era el final del trayecto hacia la civilización. Pero hubo un pueblo castigado por partida triple, víctima de una segunda y una tercera muerte cuando ya estaba al final del camino. Los osages vivieron en pleno siglo xx en Estados Unidos una increíble historia de crímenes, codicia y petróleo, un caso tan truculento como silenciado. Como todos los nativos americanos, los osages fueron diezmados por las guerras y las enfermedades propagadas por los invasores. Originalmente vivían entre los ríos Misuri y Arkansas, entre los estados de ese mismo nombre, aunque sus dominios llegaban hasta Kansas y Oklahoma. A finales del siglo xix, la llegada de otras tribus expulsadas del este y la imparable colonización blanca los habían ido arrinconando en una porción de terreno cada vez más pequeña. La práctica extinción de los bisontes, que sustentaban la economía de numerosas tribus de las llanuras, fue el último empujón hacia el precipicio. Apagado su temible ardor guerrero del pasado, los indios osage se resignaron a vivir en las reservas, a las costumbres de los blancos y a los internados donde sus hijos perdían cualquier atisbo de su vida salvaje. Cuando los modoc, los lakotas, los cheyenes, los nez percé y los apaches aún alimentaban la llama de la rebelión, ellos ya habían claudicado. Fue su primera muerte.

Arrinconados en Oklahoma

En 1804, el presidente Jefferson dijo a una delegación osage en la Casa Blanca: “Siempre seré vuestro amigo y benefactor”. Poco después, sus protegidos tuvieron que renunciar a 40 millones de hectáreas a cambio de “vivir en paz” en una reserva de Kansas de 21.000 km². De nuevo, les prometieron que esa tierra sería suya para siempre, y de nuevo les engañaron. Pronto llegaron más colonos, entre ellos, la familia de Laura Ingalls, que plasmó sus recuerdos en la edulcorada *La casa de la pradera*.

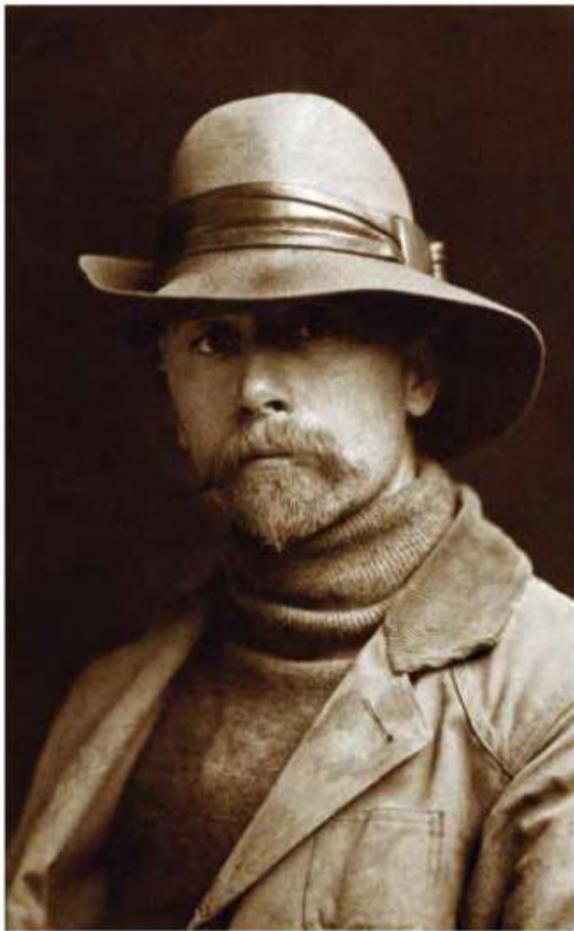


En 1870, los osages se vieron obligados a vender sus haciendas por un precio irrisorio (2,50 dólares la hectárea). Tu vieron que buscar un nuevo lugar donde vivir y creyeron encontrarlo en el entonces llamado Territorio Indio, que en 1907 se convertiría en el estado número 46, Oklahoma. Este nombre significa “el país del hombre rojo” en la lengua choctaw, una de las muchas naciones indias allí confinadas. ¿Por qué tantos indios, de procedencias tan diversas, acabaron

concentrados en este lugar? La respuesta es muy sencilla: Oklahoma era entonces tan agreste y rocosa que nadie la quería. Así lo comprobó Edward S. Curtis (1868-1952), pionero de la fotografía y la etnología, autor de los veinte volúmenes de la enciclopedia *El indio norteamericano*. A principios del siglo xx dijo: “Oklahoma albergaba una cuarta parte de todos los nativos de Estados Unidos, aunque sus únicos habitantes originarios eran los wichitas y otros ca-

A la izqda., Peter Bighart, jefe de la tribu osage, hacia 1909.

Abajo, autorretrato de Edward Sheriff Curtis, pionero de la fotografía y la etnología. La imagen se tomó probablemente entre 1889 y 1899.



A los blancos no les interesaba el Territorio Indio, que no servía para la agricultura

doanos, como los pawnee” (los indios malos de *Bailando con lobos*).

Los blancos no estaban interesados en el Territorio Indio, entre otras cosas, porque era demasiado accidentado y pedregoso. El suelo, duro como una piedra, ofrecía cosechas muy pobres. No servía ni para la agricultura ni para la ganadería extensiva. “Seguiremos pasando hambre, pero al menos estaremos tranquilos”, debieron de pensar los osages. Compraron casi seiscientos mil hectáreas a 70 centavos

El Territorio Indio

La marginación de las naciones nativas americanas



➤ **En 1763, tras** la guerra de los Siete Años, los británicos obtuvieron de los franceses extensas tierras por colonizar en Norteamérica. Londres instaló a tribus indígenas en la llamada “reserva india”, entre los montes Apalaches y el río Misisipi.

➤ **Los Estados Unidos** independientes establecieron el Territorio Indio, cuya extensión fue-

ron reduciendo con el paso del tiempo. En 1907 se creó el estado de Oklahoma al unir el Territorio de Oklahoma con el Territorio Indio, lo que puso punto final a este.

➤ **Desde entonces se** mantienen reservas indias, en general de reducido tamaño, dentro de distintos estados, sujetas a su propia jurisdicción, solo por debajo del gobierno federal.

el acre (menos de dólar y medio la hectárea), y a principios del decenio de 1870 iniciaron su viaje a ninguna parte.

Otros antes que ellos habían emprendido esa misma peregrinación, como los choctaw, los cheroquis, los muscogee, los seminolas y los chickasaw. En ese traslado forzoso al oeste murieron al menos cuatro mil personas, lo que justifica el nombre indio con el que se conoce esta bárbara expatriación: el Sendero de las Lágrimas. El novelista R. A. Lafferty relata en *Okla Hannali* el pesar de ancianos y madres, que se infligían heridas sobre las tumbas de hijos “ante las que nunca más llorarían”.

Instalados sobre oro negro

La mala suerte de los osages no había acabado. Ellos no lo sabían aún, pero su nueva reserva estaba maldita. La maldición se llamaba petróleo. El erial al que les enviaron se asentaba sobre un inmenso yacimiento petrolífero. Y,

para llegar hasta el oro negro, las empresas debían pagar arriendos a los indios. El periodista David Grann ha destapado los entresijos de esta historia en la obra *Los asesinos de la luna*, una investigación que ha sido comparada con *A sangre fría*, de Truman Capote.

La tribu tenía unos tres mil integrantes, lejos de los nueve mil que llegaron a ser en su época de esplendor. Sus integrantes comenzaron a cobrar cheques trimestrales en concepto de regalías. Los primeros fueron de apenas unos dólares, pero las cantidades crecieron y crecieron. En 1921, los osages ingresaron alrededor de treinta millones de dólares (unos 358 millones de euros de hoy). De antiguos desarrapados pasaron a ser “el pueblo más rico del mundo”. Al menos, en teoría. Y del pueblo más rico, al más asesinado.

El epicentro de la opulencia estaba en el condado de Osage, en el interior de la reserva. La fiebre del petróleo, que sustituyó a la del oro, estalló durante la ley



Osages en Washington con el presidente Coolidge en 1924. En esos momentos, sus tierras petrolíferas en Oklahoma los han convertido en la tribu más rica.

seca. El historiador Daniel J. Boorstin recuerda en *The Americans* que el contrabando de licor y el nacimiento de la industria del crimen propiciaron “la mayor superabundancia criminal en Norteamérica”. Y, para desgracia de los osages, algunos empresarios actuaron con el petróleo como la mafia con el alcohol. Estados Unidos no estaba preparado para ver indios ricos, con abrigo de pieles y en mansiones con criados. Una cosa era el apache Gerónimo a bordo de un Locomobile, exhibido casi como un objeto de feria, y otra muy distinta que otros salvajes dispusieran no de uno, sino de varios coches en propiedad. La riqueza de la tribu atrajo a Oklahoma a sinvergüen-

zas de todo pelaje, dispuestos a lo que fuese para conseguir dinero fácil. Las autoridades y el racismo rampante de la época les allanaron el camino. El gobierno trataba a los aborígenes como a niños y les obligaba a tener un tutor para que les administrara su fortuna. Indios que habían combatido por su país en la Primera Guerra Mundial ni siquiera podían decidir, al regresar del frente, en qué emplear su dinero. Los tutores, que tenían que autorizarles cualquier gasto, hacían y deshacían a su antojo. En la práctica, robaban a manos llenas mientras la justicia miraba para otro lado. Y lo peor estaba por llegar. La segunda muerte del pueblo osage.

El reino del terror

Para huir de los tutores, muchos indios e indias confiaron en matrimonios interraciales. Creían que así se liberarían de los tutores y que sus esposas o maridos blancos llevarían sus fianzas. Fue peor el remedio que la enfermedad, como sugiere la carta que una mujer envió a la reserva en 1924: “Busco el amor, ¿serían tan amables de decírselo al indio más rico de por ahí?”. Numerosas muertes en extrañas circunstancias comenzaron a producirse. Su origen criminal estaba claro, pero no se descubrió o no se quiso descubrir quiénes eran los responsables.

Asesinatos flagrantes se archivaban por falta de pruebas. El escándalo era tan



El escándalo por los asesinatos movilizó a un joven J. Edgar Hoover

grande que movilizó a un jovencísimo John Edgar Hoover, entonces al frente del modesto Bureau of Investigation, germen del futuro y todopoderoso FBI. Todas las historias tienen su villano. El de esta es William K. Hale, prototipo del *self-made man*, del hombre hecho a sí

mismo. Los federales descubrieron que este oscuro personaje, “el mejor amigo de la nación osage”, había heredado numerosas regalías petrolíferas.

Poco antes de morir, el osage Henry Roan lo nombró beneficiario de su seguro de vida. En realidad, las herencias estaban amañadas, y eran el último peldaño de una escala de asesinatos y falsificaciones. Todo fue posible gracias a jueces y policías corruptos que sabotaban las investigaciones desde dentro. O a médicos que camuflaban envenenamientos como “muertes naturales”. Tras no pocas dificultades, el FBI llevó a juicio a Hale como el cerebro de una red criminal, sospechosa de entre 24 y 60 asesinatos.

Hoover inició su culto a la personalidad con este caso, que inspiró la película *El FBI contra el imperio del crimen*, de 1959. Hollywood no dijo que la mayoría de los crímenes no se resolvieron porque al FBI no le interesaba mucho remover los hechos y porque, en el primer juicio (por la muerte de un matrimonio y de su criada en una explosión), el acusado ya fue condenado a cadena perpetua. ¿Fin del problema? Hale, que eludió la pena de muerte, fue liberado en 1947, veinte años después, a los 72. Murió en un geriátrico de Arizona en 1962.

Exhumando archivos oficiales y entrevistando a descendientes de las víctimas, el autor de *Los asesinos de la luna* ha descubierto que el “reino del terror” osage, como lo bautizó la prensa, duró mucho más de lo que dijo el FBI, que situó los crímenes entre 1921 y 1926. Hubo muchas más muertes, falsamente atribuidas en su día a la “tisis” o “enfermedades consuntivas”. La cifra nunca se conocerá con exactitud. Quizá entre 300 y 600. Comenzaron en 1907 y se alargaron al menos hasta los años treinta.

Los tribunales nunca hicieron justicia a los osages, pero al menos se los dejó de considerar menores de edad y se les concedió la plena ciudadanía en 1924. El sistema de tutelajes también fue anulado, así como la posibilidad de que un no osage heredara sus regalías. Ya no serviría de nada. El crac del 29 fue la puntilla para muchas fortunas indias, previamente diezmadas por los tutores y ladrones blancos de toda condición. Hoy la reserva osage no es ni una sombra de lo que fue.



Un joven John Edgar Hoover.

Aún quedan empresas como Amvest Osage Inc., Calumet Oil Company y Spyglass Energy Group, pero la mayoría de los 10.000 pozos se han extinguido o producen cantidades exiguas de petróleo. Los seminolas, dueños de Hard Rock Cafe, han heredado el título de pueblo indio más rico. Las antiguas mansiones osage, ahora abandonadas, acumulan tanto polvo como esta historia, que se estudia en pocos libros y que muchos estadounidenses ignoran. El silencio y el olvido, esa fue la tercera muerte del pueblo osage. ●

Para saber más...

CLÁSICOS

INGALLS, LAURA. *La casa de la pradera*. Barcelona: Noguer, 2010.

ENSAYO

BOORSTIN, DANIEL J. *The Americans* (3 vols.). Nueva York: Random House, 1958-73. En inglés.

CURTIS, EDWARD S. *El indio norteamericano* (20 vols.). Palma de Mallorca: José J. Olañeta, 1993-2002.

LITERATURA DE NO FICCIÓN

GRANN, DAVID. *Los asesinos de la luna*. Barcelona: Random House, 2019.

LAFFERTY, R. A. *Okla Hannali. Sobre el exterminio de las naciones indias*. Madrid: Valdemar, 1992.

LEOPOLDO III EL REY QUE DIVIDIÓ A LOS BELGAS

El papel del monarca durante la ocupación nazi de Bélgica provocó, tras la Segunda Guerra Mundial, la crisis política más aguda de la historia del país.

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

DOCTOR EN HISTORIA

Según un conocido chiste, el rey Balduino era el único ciudadano belga. Todos los demás eran valones o flamencos. Así reflejaba el humor la difícil articulación de un país dividido en dos comunidades étnicas y lingüísticas diferentes. Un socialista, Jules Destrée, había expresado la misma idea en 1912: “Los belgas no existen; solo hay flamencos y valones”. Algunas décadas más tarde, la denominada “cuestión real”, en torno a la polémica figura del rey Leopoldo III, puso a prueba esta frágil unión.

En 1940, pese a su inferioridad numérica, el ejército belga combatió ferozmente la invasión nazi en la batalla del río Lys. Finalmente, los alemanes rompieron el frente, en parte, gracias a la defección

de algunas unidades flamencas. El monarca temió entonces que los alemanes alentaran el independentismo para favorecer su ocupación. Este fue uno de los factores que le indujeron a capitular sin condiciones ante un enemigo que en esos momentos parecía invencible. Leopoldo, como jefe de las Fuerzas Armadas, ostentaba el poder para tomar esa decisión. Creía que Bélgica solo tenía obligaciones consigo misma, convencido de que lo mejor para Europa era una paz general sin vencedores ni vencidos. En cambio, el gobierno del país decidió partir al exilio y establecerse en Londres. El primer ministro, Hubert Pierlot, se expresó en términos muy críticos con el monarca por haber estado en tratos con el enemigo. El futuro de Bélgica,

Leopoldo III, rey de Bélgica (con gabardina), hacia 1939, durante la II Guerra Mundial.



BÉLGICA Y SU DECISIÓN TRAS LA GUERRA





a su juicio, solo podía pasar por la victoria de británicos y franceses.

Se produjo una insólita situación de bicefalía. ¿Quién representaba a los belgas? ¿El gabinete o el monarca? El primero se vio reconocido por los aliados como única autoridad legítima. Los nazis se mostraban partidarios de Leopoldo, al que tenían bajo vigilancia en la residencia real de Laeken, en Bruselas. A través de las medidas discriminatorias de la *Flamenpolitik* (política flamenca), Hitler trató de dividir a la población. Envío a casa a los prisioneros flamencos mientras mantenía en cautividad a los valones. Pretendía alimentar los conflictos internos de Bélgica.

Al comienzo de la guerra, Leopoldo III era aún una figura muy querida por el pueblo. Una mayoría de belgas valoraba que, al contrario que el gobierno, no hubiera huido al extranjero. El hecho de ser un “rey prisionero”, víctima de los nazis, suscitó a su alrededor una poderosa corriente de simpatía. Pero una cuestión doméstica hizo saltar por los aires esta popularidad: su matrimonio morganático con Lilian Baels, hija de un político conservador, que adoptó el título de princesa de Réthy.

Esta unión, en términos de imagen, iba a resultar desastrosa. El hecho de que la novia fuera flamenca despertó enseguida el recelo de los valones. Además, la gente tenía aún fresco el recuerdo de la primera esposa del monarca, la mítica Astrid, una soberana célebre por su belleza y su encanto que había muerto joven en un accidente de tráfico, con



Leopoldo al volante. Todos tenían en mente cómo el soberano, herido, había seguido a pie el cortejo fúnebre. Las segundas nupcias del rey se percibieron como una segunda muerte de Astrid, auténtico icono nacional.

Por otra parte, la boda suscitaba un sentimiento de agravio comparativo. Muchos soldados también querían casarse, pero no podían hacerlo porque eran prisioneros de guerra de los alemanes. ¿Acaso no había jurado el rey que compartiría la suerte de sus tropas?

Difícil neutralidad

Mientras se desarrollaba la guerra, el monarca permanecía refugiado en la neutralidad. No era un nazi, pero una mentalidad conservadora como la suya no podía evitar simpatizar con algunos aspectos del nazismo. Hitler, a sus ojos, merecía reconocimiento por haber puesto orden en su país y haber transmitido a la juventud el espíritu de disciplina. Eso no significa que aprobara la presencia de

tropas de ocupación. Su dilema era cómo reaccionar. ¿Debía efectuar una protesta pública? No le parecía que ese fuera el camino correcto. No iba a conseguir nada y se exponía a ser deportado. Pensó que sería más eficaz si realizaba gestiones privadas para solucionar problemas concretos. Intervino, por ejemplo, para lograr la liberación de presos belgas o la reducción de sus condenas. También se dirigió a Hitler para evitar que sus conciudadanos fueran obligados a realizar trabajos forzosos en Alemania. El Führer hizo oídos sordos a esta petición.

Tras el desembarco de Normandía en 1944, los alemanes confinaron a la familia real primero en Sajonia y después en Austria, con la excusa de que así la protegían de los bombardeos enemigos. El cautiverio despertó todo tipo de interpretaciones. Según los comunistas belgas, todo había sido una maniobra orquestada por el propio Leopoldo para recuperar su popularidad. Poco después, con el fin de la guerra, se planteó la ardua cuestión



A la izqda.,
Hubert Pierlot
en 1947.

En el centro,
protestas a favor
y en contra de
Leopoldo III en
Bruselas, 1950.

A la dcha., el rey
abdica en su
hijo, Balduino I,
el 16 de julio
de 1951.



de si el soberano debía o no regresar a su país. La división de la opinión pública iba a hacer imposible su vuelta en ese momento: los católicos estaban a favor; socialistas y comunistas, en contra. Finalmente, el 12 de marzo de 1950, tuvo lugar una consulta popular no vinculante –el referéndum no estaba permitido por la Constitución– para decidir si el rey debía reasumir sus funciones. Vencieron sus partidarios con un 57,68% de los votos, frente al 42,32% de los favorables al no. El resultado ofrecía una fuerte disparidad entre las dos comunidades del país. Mientras la mayoría de los flamencos apoyaba al monarca, la mayoría de los valones estaba en su contra. La fractura no era solo comunitaria, también geográfica y política. La derecha y las zonas rurales respaldaron al soberano. La izquierda y las ciudades manifestaron su abierta oposición. Ante la magnitud de la escisión nacional, un líder socialista, Paul-Henri Spaak, hizo un angustioso comentario: “No estamos divididos, sino pavorosamente desgarrados”.

Los enfrentamientos entre comunidades condujeron a la violencia. Leopoldo III regresó a Bruselas en un ambiente de extraordinaria crispación. Sus enemigos protagonizaron una ola de sabotajes y desencadenaron una huelga general que no iba a desarrollarse por cauces pacíficos. En la valona Grâce-Berleur, la policía mató a tres manifestantes. La situación parecía fuera de control. Ha persistido la idea de que Bélgica se encontró al borde de una guerra civil, pero tal creencia es un mito. Las cosas no llegaron a ese extremo, por más que la tensión fue muy grave. Desbordado por los acontecimientos, el rey no tuvo más remedio que abdicar en Balduino I. No obstante, conservó un poderoso ascendiente sobre su joven hijo. Este, convencido de que su padre había sido tratado injustamente, se sentía como si su puesto no le correspondiera. Por eso no tuvo inconveniente en dejarse guiar. La sociedad belga se hallaba en una crisis de amplias proporciones. Los flamencos,

conscientes de ser la mayoría del país, acusaban a los valones de no aceptar el juego democrático. Este resentimiento hizo resurgir el movimiento nacionalista, desacreditado durante la Segunda Guerra Mundial por su connivencia con la ocupación alemana. Mientras tanto, los valones, en minoría, reclamaban un régimen autónomo para garantizar la protección de su hecho diferencial. ¿Cómo superar este aparente callejón sin salida? La clase política optó por la reforma. A través de sucesivos cambios, el estado abandonó su articulación centralista para adoptar una fórmula federal. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

VV. AA. **Léopold III**. Bruselas: Éditions Complexe, 2001. En francés.

ENSAYO

VAN GOETHEM, HERMAN. **Belgium and the Monarchy**. Bruselas: University Press Antwerp, 2010. En inglés.

ARGENTINA UNA TUMBA PARA EVITA

Tras la muerte de Eva Perón, la mujer más carismática y poderosa que había conocido Argentina, transcurrieron más de veinte años hasta que sus restos reposaran en paz. Su cuerpo, venerado por sus seguidores, fue víctima de secuestro, ultraje y destierro por sus enemigos.

ALFONSO GONZÁLEZ QUESADA

PROFESOR DEL ÁREA DE DOCUMENTACIÓN DE LA UAB



Eva Perón en uno de sus apasionados discursos a favor de la reelección de su marido durante las manifestaciones de la Confederación General del Trabajo, 28 de agosto de 1951.





Evita Perón pone la guinda a la ceremonia estampando un beso en la mejilla de su esposo, el general Juan Domingo Perón, quien acaba de jurar su segundo mandato como presidente de la República. El estruendo de la ovación en el recinto del Congreso Nacional alcanza al gentío agolpado en el exterior. El delirio se desata cuando la pareja sube a un Packard descubierto para su paseo triunfal por el centro de Buenos Aires. Esa mañana, Evita ha desoído a los médicos, y ha puesto en danza al servicio para que la maquillen y vistan hasta lucir tan bella como fuera posible. Atiborrada de calmantes y enfundada en un abrigo de pieles que esconde su extrema delgadez, recorre la avenida de Mayo bajo una lluvia de flores, saboreando por última

vez el entusiasmo y la gratitud de su pueblo. Cuando llega a la Casa Rosada, sede del gobierno, aún tiene fuerzas para asomarse al balcón y, emocionada, despedirse para siempre de sus “descamisados”. Es el 4 de junio de 1952.

Ángel y demonio

Con 33 años, la “compañera Evita” se muere. En el tiempo que lleva junto a Perón como presidente, a pesar de no desempeñar ningún cargo en el gobierno, ha demostrado una habilidad política extraordinaria y acumulado un poder inmenso. Su influencia sobre la Confederación General del Trabajo (CGT), el sindicato más poderoso, ha sido decisiva para hacer de él un bastión del peronismo. Más importante, si cabe, ha sido la obra social que ha dirigido. Influida por su origen humil-

de, ha dignificado la vida de los más necesitados. En esos años se ha ganado el corazón de muchos argentinos atendiendo a sus peticiones, respondiendo a sus cartas, escuchando sus problemas. Costará olvidar la voz enérgica de su oratoria de barricada, alertando de los peligros que acechan a la Argentina de su amado Perón, incapaz de imaginar otra sin él. Evita es la abanderada de la política social que ha polarizado el país. Entre las clases populares se ha convertido en la heroína que defiende una legislación sin precedentes para los trabajadores. Los más conservadores, en cambio, sienten por ella un odio visceral en el que se mezclan desprecio de clase, machismo y pavor ante su poder ilimitado. Para la oligarquía, es una entrometida salida de la farándula, tan vulgar como el populacho

A la izqda., Juan Domingo Perón y Evita en la avenida de Mayo de Buenos Aires el 4 de junio de 1952, tras la reelección de Perón como presidente.

A la dcha., funeral de Eva Perón en agosto de ese año. Palacio del Congreso.



Conocedores de su carácter nada dócil, no se atreven a proponerle un tratamiento

al que azuza con su palabrería cargada de resentimiento y demagogia. Recelosa de su ambición, la cúpula militar ha impedido su candidatura a la vicepresidencia para no soportar la humillación de quedar bajo el mando de una mujer. También la Iglesia se siente agraviada. Evita le ha disputado el monopolio de su apostolado social, y teme al desafío que representa su culto, que alcanza el paroxismo cuando, poco antes de morir, es declarada Jefa Espiritual de la Nación.

Muerte, devoción y culto

El aviso de la enfermedad se produjo dos años atrás. Evita sufre fuertes dolores en la ingle y es operada de apendicitis. Durante la intervención se detecta algo anormal en el útero, pero los médicos, conocedores del carácter nada dócil de la

paciente, no se atreven a proponerle un tratamiento que la aleje del trabajo. Tiempo después, ante la persistencia del malestar, nuevos exámenes revelan un tumor en el útero. Ni cirugía ni radioterapia lo frenan. Perón es consciente del alcance del mal. No así Evita, que solo oye hablar a sus médicos de úlcera sangrante, y nunca de cáncer. Ajena a los consejos, sigue absorbida por sus responsabilidades hasta que el avance de la enfermedad la obliga a reducir las apariciones públicas. Para entonces, el deterioro es tan evidente que todos los argentinos se preparan para la agonía de Evita. Las iglesias rebosan de fieles que imploran por su curación. Se reza también en los hogares ante altares improvisados con su imagen. Y quienes más en deuda se sienten con ella lo hacen todas las noches frente al palacio Unzué, la residencia presidencial. El dolor que esos días inunda las barriadas populares contrasta con el júbilo de las zonas pudientes, en donde se llega a celebrar la enfermedad pintando en las calles con grandes letras “Viva el cáncer”. Evita fallece al caer la tarde del 26 de julio. Poco después llega al palacio Unzué Pedro Ara, embalsamador de fama mundial y agregado cultural de la embajada española. Semanas antes, el entorno de Perón había contactado con él. El general quiere preservar el cuerpo de su esposa.

En la decisión pesan tanto la emoción como la necesidad política de servirse del mito. Mientras Ara emplea toda la noche en un embalsamamiento provisional que permita exponer el cuerpo durante días, se diseña y cose la túnica blanca que lo vestirá. Luego su peluquero se esmera con un peinado que recoge el cabello en un rodete en la nuca. Solo falta esmaltar las uñas y colocar en las manos entrelazadas el rosario de plata y nácar, regalo del papa. Evita ya está lista para ser velada. Al día siguiente, Argentina se despierta conmocionada. Vestida de luto como el resto del país, la capital se prepara para un funeral a la altura de la grandeza de la difunta. La capilla ardiente se ha instalado en el Ministerio de Trabajo, el cuartel general desde el que Evita dirigió su obra y atendió a todo el que acudía a ella en busca de ayuda. Esa misma legión multiplicada forma ya una columna silenciosa para rendirle homenaje. Serpenteará interminable por las calles de Buenos Aires durante más de dos semanas, con esperas de hasta diez horas, obligando a instalar cocinas móviles para dar comida y bebida calientes a quienes aguardan para ver a su ídolo. En esos días las flores se agotan. No hay hogar ni edificio que no se engalane con ellas en señal de duelo. A toda prisa se traen de Chile y Uruguay para tapizar con miles de co-

Eva antes de Eva Perón

La aspirante a actriz que acabó como primera dama



➤ **Eva Duarte (1919-52)** llegó a Buenos Aires con quince años, huyendo de la pobreza del Junín de su infancia y con un sueño: ser estrella de cine y copar algún día las portadas de las revistas. Pero, al margen de tesón y juventud, contaba con poco más para abrirse paso en la gran pantalla. Su atractivo nada exuberante apenas compensaba la falta de talento y los problemas de dicción.

➤ **Durante un tiempo** sobrevivió con papeles secundarios y mal pagados, hasta que adquirió cierto renombre como actriz de radioteatro. En enero de 1944, esa pequeña fama le permitiría partici-

par en el festival en beneficio de las víctimas del terremoto que había asolado la ciudad de San Juan. El promotor de la gala era el apuesto coronel Perón, figura popular de la escena política que, gracias a su labor al frente de la Secretaría de Trabajo, disfrutaba de la aureola de benefactor de humildes y desfavorecidos.

➤ **Atraída por esa aureola**, la joven actriz hizo todo lo posible por conocer al coronel. Perón era viudo y contaba 48 años; ella, la mitad. El encuentro acabó en idilio, y dio paso a un tándem político carismático que cambiaría para siempre la historia argentina.

ronas la fachada del Congreso Nacional, adonde el 9 de agosto llega el féretro para recibir honores de presidente.

El 11 de agosto, las exequias concluyen con el traslado de los restos al edificio de la CGT, su destino provisional. Diecisiete mil soldados están apostados a lo largo del recorrido del cortejo fúnebre. Una treintena de trabajadores arrastra el féretro, que descansa sobre una cureña. Tras él, Perón, acompañado por la multitud. Es el último episodio de una apoteosis póstuma que se ha prolongado dieciséis días, con dos millones de personas participando en una despedida que ha superado lo imaginable y que anuncia el culto a una nueva santa. Tras la muerte de Evita, Pío XII recibirá miles de peticiones para canonizarla.

A partir del día siguiente, Pedro Ara comienza el embalsamamiento definitivo. En el segundo piso de la CGT se ha dispuesto un laboratorio para él. Durante diez meses, el doctor aplica sus artes en el cadáver hasta devolverle la apariencia de vida. Sobrecoge el resultado de su labor. En una capilla contigua al laboratorio, revestida de cortinajes negros y en penumbra, Evita parece flotar dormida. Allí debe aguardar a que acabe la construcción de su mausoleo, que será tan descomunal como la devoción que se le profesa. Evita había propuesto una edificación colosal para engrandecer la imaginación peronista: el Monumento al Descamisado. Sería la construcción más alta del mundo, 140 metros coronados por la estatua gigantesca de un trabajador esculpida en mármol de Carrara. Poco antes de morir Evita, se decide que el monumento se erija en su memoria y albergue sus restos en una cripta. Sin embargo, dificultades técnicas y la magnitud de la obra ralentizan su ejecución.

Rehén de golpistas

En septiembre de 1955, un golpe militar apaga la estrella de Perón y lo fuerza al exilio. Los nuevos amos del poder no esconden su revanchismo y se emplean a fondo en extirpar cualquier rastro del régimen depuesto. Evita y su memoria no escapan al ensañamiento. Todo lo que tenga que ver con ella se borra, prohíbe o desmantela. Incluso se llega a castigar con la cárcel a quien la nombre en públi-

Maqueta de la tumba de Evita que debía realizarse en plata y situarse en el interior de un mausoleo en Buenos Aires.



Tras el golpe militar, todo lo que tenga que ver con ella se borra, prohíbe o desmantela

co o posea su retrato. Nada que la recuerde debe quedar en pie, y el palacio Unzué y la casa en que vivió antes de ser primera dama son demolidos. Tampoco su cuerpo merece un lugar para el reposo, y la construcción del mausoleo se detiene, e incluso se envía un comando a Italia para destruir las esculturas que debían ornamentarlo. El cerco a sus restos se va estrechando peligrosamente.

En los días tormentosos del golpe, Pedro Ara, que sigue cuidando de su obra dos años después de finalizarla, espera instrucciones de Perón. Pero este ha huido sin decir qué hacer. La escrupulosa dis-

creción del doctor ha permitido que muy pocos conozcan lo que se esconde en el edificio de la CGT, que ha pasado a manos de la Marina. Ninguno de los rumores que corren sobre el paradero y estado de los restos de Evita se acerca a lo que descubren los militares cuando Ara abre las puertas de la capilla. En el centro de la sala, tapizada de negro, yace un cuerpo sobre una losa de cristal suspendida del techo por cuerdas transparentes. La luz tamizada intensifica la sensación de que levita en un éxtasis perpetuo. El espectáculo impresiona sobremanera a los visitantes. No hay duda, es el rostro de Evita. Pero se niegan a creer que sea su cadáver, ni que tanta belleza sobreviva a los efectos de la muerte. Los militares confían en que una comisión científica revele que la obra maestra del doctor sea una genial impostura del peronismo. Sin embargo, las radiografías demuestran que es un cuerpo real con todos sus órganos, y el resto de pruebas, que innecesariamente dañan el cadáver al seccionar una falange de la mano y el lóbulo de una oreja, son concluyentes: es Eva Perón.

El descubrimiento del cuerpo es un problema para las nuevas autoridades. Temen que si cae en manos de la resistencia peronista se desate una revuelta que incendie el país. Pero también son conscientes de la oportunidad, si actúan con rapidez, de eliminar para siempre el máximo símbolo del enemigo. La cúpula golpista está resuelta a hacer desaparecer el cuerpo, pero difiere en la manera. Los más extremistas proponen quemarlo, o incluso lanzarlo al mar; sin embargo, los escrúpulos religiosos imponen una sepultura cristiana, pero clandestina. El general Pedro Eugenio Aramburu, hombre fuerte del régimen, encarga la misión a un fanático antiperonista, el teniente coronel Carlos Moori Koenig, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE).

La noche del 22 de noviembre de 1955, Moori Koenig comanda el grupo que irrumpe en la CGT y secuestra el cuerpo. Ya no habrá paz para los restos de Evita. Durante meses, y en contra de las órdenes recibidas, Moori Koenig deambula con el cadáver a bordo de una furgoneta por distintos lugares de la capital. Finalmen-

te, lo esconde en la buhardilla de la casa de uno de sus subordinados, quien una noche, presa de terror al creer que alguien ha entrado en la vivienda para robar el cuerpo, dispara en la oscuridad matando a su mujer. Moori Koenig decide entonces llevarlo al edificio del SIE y ocultarlo en su propio despacho, en un cajón de madera para material de transmisiones. La aversión que sentía por Evita se troca en atracción obsesiva a medida que contempla y manosea la extraña belleza de su cuerpo sin vida. El alcohol también le ayuda a enloquecer, creerse poseedor del trofeo y cometer la imprudencia de exhibirlo a unos pocos. Suficientes para que los excesos necrófilos de Moori Koenig lleguen a oídos del general Aramburu, quien lo releva, castiga y busca en otro miembro de la inteligencia militar al nuevo ejecutor de sus órdenes. El coronel Héctor Cabanillas, antiperonista con pedigrí, que tiene en su hoja de servicios tres intentos fallidos de acabar con la vida del general, será el encargado de la evasión y el destierro de los restos.

El cuerpo de Evita permanece en secreto en las instalaciones del SIE, pero el miedo del gobierno a que caiga en manos equivocadas persiste. Se cree que un comando peronista le sigue el rastro y está al acecho, porque, allí donde se lo ha ocultado, al momento aparecen velas y flores. El entierro clandestino en el país ya no ofrece garantías de que el cuerpo no sea luego robado. La solución que se trama es más compleja y arriesgada, pero alejará para siempre a los “descamisados” de su amado estandarte: sepultar el cadáver en el extranjero, en Italia. Cabanillas urde un plan en el que deben participar, además de militares, miembros de la Iglesia católica argentina e italiana. Estos se prestan a colaborar porque entienden el caso como un gesto cristiano de preservación del cuerpo. Gesto que se da con la aquiescencia de Pío XII, uniendo en la conjura política y religión. El último escondite del cuerpo de Evita antes de su evasión es un cine de Buenos Aires. Los espectadores acuden a la sala ignorantes de lo que se oculta tras la pantalla. Allí aguarda a que Cabanillas ultime los detalles para embarcarlo en la bodega de un mercante con rumbo a Génova. Dos miembros de la inteligencia



argentina viajan acompañando el féretro de Maria Maggi de Magistris, la nueva identidad de Evita Perón. La misma con la que es enterrada en el Cementerio Mayor de Milán el 13 de mayo de 1957.

Moneda de cambio

El destino del cuerpo de Evita permanece como secreto de Estado durante casi quince años. Tiempo suficiente para que la rumorología construya las más fabulosas historias, pero quizá ninguna con episodios tan macabros y rocambolescos como los de la historia real. Los últimos arrancan en junio de 1970, cuando Montoneros,

grupo armado del peronismo revolucionario que ha tomado a Evita como símbolo de su lucha contra la dictadura, se suma al clima de violencia del país con un golpe que lo estremece. Secuestra y ejecuta al entonces expresidente Aramburu, acusándolo, entre otras cosas, de la desaparición del cuerpo de Evita.

Al año siguiente, la significación política de sus restos adquiere una nueva dimensión, esta vez por parte de la propia dictadura, que, forzada por la inestabilidad del país, busca un acuerdo que dé salida a su régimen militar mediante unas elecciones. En ese acuerdo se quie-

A la izqda., Perón en 1973, cuando asume la tercera presidencia. A su lado, su última esposa, Isabel Martínez.

A la dcha., los restos mortales de Perón junto al cuerpo de Evita en la Quinta de Olivos, diciembre de 1974.



El hombre que urdió el traslado del cuerpo es ahora quien lo entrega al general Perón

re contar con Perón, exiliado en España. Y entre las estrategias diseñadas para ganar su apoyo, se incluye la devolución de los restos de su esposa.

Dos personajes vuelven a escena. El primero es Cabanillas. El hombre que por tres veces quiso matar a Perón y urdió la evasión del cuerpo es ahora el artífice de su exhumación y traslado, y quien lo entrega al general en su residencia de Madrid, el 3 de septiembre de 1971. Pedro Ara es el segundo. Él se encarga de verificar la identidad de los restos, prácticamente intactos salvo algunas lesiones en pies y nariz, que atribuye a su incesante

trasiego y que restaña para devolver la apariencia original a su obra. La apreciación del doctor contrasta con la de la familia de Evita, que advierte múltiples golpes y cortes profundos, alimentando así la idea de la profanación violenta del cuerpo durante su cautiverio.

El 1973, Perón inicia su tercer mandato como presidente de Argentina. Mandato fugaz, porque muere antes de un año. Su viuda, María Estela (Isabel) Martínez, lo sustituye. Extrañamente, el cuerpo de Evita ha quedado en Madrid. Montoneros secuestra esta vez el cadáver de Aramburu para obligar a la nueva presidenta a repatriarlo. El chantaje surte efecto, y el 17 de noviembre de 1974 los restos de Evita regresan a Buenos Aires.

Hay entusiasmo en las calles y miedo en un gobierno muy frágil. El miedo se desvanece cuando reúne los cuerpos de Evita y Perón en una cripta de la residencia presidencial Quinta de Olivos. Allí reciben la visita de fieles y seguidores a la espera de que se levante el Altar a la Patria, un mausoleo para ambos que nunca se construirá. En marzo de 1976, el golpe del

general Jorge Rafael Videla cancela el proyecto, y antes de ocupar la residencia presidencial ordena desalojar la cripta y dar sepultura a la pareja. Perón, en el popular camposanto de La Chacarita. Evita, a ocho metros de profundidad, en el panteón familiar del elegante cementerio de La Recoleta, entre renombrados aristócratas y militares, los que tanto la despreciaron. Desde entonces nunca faltan flores frescas en su tumba. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

PIGNA, FELIPE. *Evita, realidad y mito*. Barcelona: Destino, 2013.

DOCUMENTAL

Evita, una tumba sin paz (Argentina, 1997). Dir.: Tristán Bauer.

<https://bit.ly/2RjrxwW>

NOVELA

MARTÍNEZ, TOMÁS ELOY. *Santa Evita*. Barcelona: Seix Barral, 1997.

TESTIMONIO

ARA, PEDRO. *El caso Eva Perón: apuntes para una historia*. Madrid: CVS, 1974.



EL JOVEN LENIN ¿DE NOBLE A REVOLUCIONARIO?

Este año se han cumplido 150 del nacimiento del que se convertiría en dueño de las Rusias del zar. Así fue como entró en política el futuro líder soviético.

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

DOCTOR EN HISTORIA

Si un líder personifica la Revolución Rusa, ese es Vladímir Ilich Uliánov (1870-1924), más conocido por el sobrenombre de Lenin. Importante teórico marxista, a partir de 1917 tuvo la responsabilidad de dirigir un inmenso estado. Bajo su dirección, el antiguo imperio de los zares se transformó en una república comunista. ¿Cómo fue el camino que le condujo de la clandestinidad y el exilio a la cima del poder?

Cuando ya era una figura histórica, los biógrafos aseguraron que Lenin era un apasionado de la política desde su juventud. No fue así. En el ambiente de la pequeña nobleza a la que pertenecía por

nacimiento, durante sus primeros años llevó una vida tranquila, más preocupado de cuestiones literarias que de cambiar el mundo. Según el director del liceo donde cursaba su educación secundaria, era un alumno ejemplar que no provocaba dificultades.

Pero después de este período feliz iba a llegar una etapa de continuas turbulencias. Tras la muerte de su padre, Lenin sufrió otro duro golpe cuando su hermano Aleksándr se unió a un grupo de estudiantes revolucionarios y se ocupó de diseñar las bombas con las que iban a atacar contra el zar Alejandro III. La policía desarticuló el plan y apresó a Aleksándr, que no tardó en ser ejecutado. Su

muerte marcó profundamente al joven Vladímir. Su radicalización política fue imparable, pero, entre las diversas opciones revolucionarias, no escogió el marxismo hasta principios de la década de 1890. Cuando haga esta apuesta, tendrá muy claro que los militantes comunistas deben constituir una vanguardia de revolucionarios profesionales. La incompetencia demostrada por su hermano y sus compañeros le enseñó que cualquier plan debía estar diseñado al milímetro.

Tenía el título de abogado, oficio que llegó a ejercer de forma intermitente. Cada vez más, sin embargo, el tiempo se le iba en actividades clandestinas. Miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia,



Lenin se convirtió en un protagonista destacado de su división en dos bandos antagónicos. Él lideraba la facción mayoritaria, o bolchevique, a favor de un partido de revolucionarios preparados a las órdenes de una dirección centralizada. La facción minoritaria, o menchevique, se inclinaba por un partido de masas.

Los bolcheviques defendían, pues, una militancia política basada en la estricta disciplina. Al menos, sobre el papel. En la práctica, cada vez que una decisión contrariaba sus deseos, Lenin hacía oídos sordos. Prefería que sus seguidores encabezaran una escisión antes que obedecer consignas que juzgaba equivocadas. Estaba convencido de que la calidad debía imponerse a la cantidad: mejor ser

pocos y convencidos que muchos sin la necesaria firmeza doctrinal.

De la élite al proletariado

Se movió, en un principio, dentro de círculos intelectuales. Su futura esposa, Nadezhda Krúpskaya, le ayudó a conocer cómo vivían los trabajadores. Se dedicó a estudiar a fondo sus problemas para así facilitar su labor de propaganda. Su oposición al zarismo le costaría un largo destierro a Siberia, entre 1897 y 1900.

Para sus admiradores era un líder lúcido y decidido. Sus detractores, en cambio, le veían como un tipo dogmático y autoritario. Con el paso del tiempo, su intransigencia se agudizó más y más, hasta el punto de que rompió en diversas ocasio-

nes con viejos compañeros por discrepancias ideológicas. La “libertad de crítica”, según manifestó en el panfleto *¿Qué hacer?* (1902), no era más que un pretexto para introducir dentro del socialismo elementos burgueses.

Polemista temible, no dudaba en descalificar con ferocidad a sus enemigos, a los que tildaba de “oportunistas” o “filisteos”. Uno de sus grandes objetivos fue Eduard Bernstein, famoso representante de la corriente “revisionista” del socialismo. Esta tendencia sostenía que la revolución violenta no era necesaria, tampoco la dictadura del proletariado. Los trabajadores iban a mejorar su situación por métodos legales y pacíficos.

Lenin regresó a Rusia durante la revolución de 1905, pero el papel que desempeñó fue por completo marginal. Cuando la represión zarista aplastó a los rebeldes tuvo que expatriarse. Algunos años más tarde, al evocar los hechos, extraería sus propias conclusiones. Tenía en mente la tragedia de San Petersburgo: las tropas habían disparado contra una multitud que solo pretendía transmitir al emperador sus peticiones. Este comportamiento, a su juicio, demostraba inmadurez política: “Los obreros no conscientes de la Rusia prerrevolucionaria no sabían que el zar es el jefe de la clase dominante, de la clase de los grandes terratenientes”.

En los años siguientes, Lenin se dedicaría a escribir literatura política y a fortalecer la organización de los bolcheviques, hasta que finalmente estos rompieron con los mencheviques y constituyeron un partido propio.

Llega la oportunidad

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 supuso un trauma para la izquierda europea. La mayoría de los partidos socialistas votaron los créditos de guerra para sostener el esfuerzo bélico de sus respectivos países. Para Lenin, este comportamiento suponía una terrible traición a la clase obrera. Puesto que la contienda enfrentaba a naciones imperialistas en manos de la burguesía, el proletariado no sacaba nada con apoyar a cualquiera de los bandos. Los proletarios, en lugar de enfrentarse unos con otros, debían aprovechar las circunstancias para hacer la revolución.

A la izqda., el pequeño Vladímir (a la dcha.) con su familia, 1879.

A la dcha., recreación soviética de la llegada de Lenin en tren a San Petersburgo en 1917.

En la pág. 66, Lenin disfrazado de obrero durante su etapa oculto bajo el nombre de K. P. Ivanov, 1917.



Para Lenin, dar apoyo a la Gran Guerra era una terrible traición a la clase obrera

Los desastres militares acabaron por hundir al zarismo. En febrero de 1917, una revolución dejó paso al gobierno burgués de Aleksándr Kérenski. En esos momentos, Lenin estaba en Zúrich. Comprendió entonces que debía regresar a toda prisa a su país. Pero... ¿cómo atravesar media Europa en medio la guerra?

La *realpolitik* fue entonces en su ayuda. Aunque la Alemania del káiser estaba lejos de simpatizar con un comunista, le proporcionó un tren para que pudiera alcanzar Rusia sin problemas. Era una jugada maestra. Sin duda, aquel agitador

contribuiría a sembrar el caos en el territorio enemigo. Según escribiría Winston Churchill, los alemanes lo transportaron “cual bacilo de la peste”. Este símil reflejaba a la perfección las intenciones de los militares germanos.

Fue un viaje duro. Como cuenta Catherine Merridale en *El tren de Lenin* (Crítica, 2017), el revolucionario tardó tres días en cruzar Alemania. Durante este tiempo no pudo adquirir alimentos, tampoco descender del vagón a estirar las piernas. Sabía que el viaje lo convertía en un traidor a su país, pero este era un precio que estaba dispuesto a pagar. En aquellos momentos no tenía más prioridad que destruir a la monarquía zarista. Si para ello había que aceptar una derrota militar con pérdidas territoriales, que así fuera.

Kérenski cometió el error de pretender continuar con la guerra a toda costa. Los comunistas, en cambio, sintonizaron con las ansias de paz de la población, cansada de un conflicto cada vez más catastrófico. En octubre, la calamitosa situación del país hizo posible que llegaran al poder

tras la toma, en San Petersburgo, del palacio de Invierno. Rusia entraba en una nueva etapa de su historia, en medio de esperanzas mesiánicas. Se había dado el primer paso para transformar todo el planeta en un mundo sin diferencias de clase, en el que reinaría la justicia social. Para materializar este sueño, los comunistas del mundo buscaron inspiración en el pensamiento de Lenin, retratado en innumerables ocasiones junto a Marx y Engels. En aquellos momentos, los artífices del audaz experimento soviético no podían imaginar que todo iba a desmoronarse antes de que acabara el siglo. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

SEBESTYEN, VICTOR. *Lenin*. Barcelona: Ático de los Libros, 2020.

SERVICE, ROBERT. *Lenin. Una biografía*. Madrid: Siglo XXI, 2017.

VOLKOGONOV, DIMITRI. *El verdadero Lenin*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1996.

HOLLYWOOD LAS PRIMIERAS GOSSIP GIRLS

No se hicieron famosas como actrices, directoras o productoras, pero alcanzaron un poder incomparable que hizo temblar a todo Hollywood. Louella Parsons y Hedda Hopper fueron dos columnistas de lenguas afiladas que impulsaron y destruyeron carreras desvelando cotilleos de las grandes estrellas del cine.

ENRIC ROS

HISTORIADOR DEL CINE Y PERIODISTA

Hedda Hopper (de pie, a la izqda.) y **Louella Parsons** (sentada, a la dcha.), con Sofía Loren en una fiesta en 1957.



En la era del Hollywood clásico, buena parte del público de las salas de cine ansiaba, secretamente, espiar por el ojo de la cerradura la vida de las grandes estrellas, pero estas se mostraban casi siempre inaccesibles, instaladas en sus grandes mansiones dotadas de férreas medidas de seguridad. Las célebres columnistas de sociedad Hedda Hopper y Louella Parsons se hicieron populares divulgando a las masas chismorreos y secretos de alcoba que mostraban el lado más humano, y a veces defectuoso, de los “dioses” de la gran pantalla, y también soltando acusaciones e insinuaciones injustas que dañaron a muchas personas. Ambas contribuyeron a cimentar y hundir varias carreras cinematográficas. La repercusión que alcanzaron sus exclusivas fue, en ocasiones, un excelente medio promocional para los productores del Hollywood del *star system*, y en otras, un duro golpe para la taquilla. Por eso, aunque eran más bien odiadas y temidas, todos en la industria del cine sabían de la importancia de llevarse lo mejor posible con ellas.

El dramaturgo Arthur Miller dijo de Hopper y Parsons que eran un par de “matronas policiales”, que se “plantaron en los portales para mantener alejados a los pecadores, los antipatrióticos y los rebeldes contra la propiedad”. Efectivamente, ambas impusieron una determinada visión de cómo debía comportarse la gente del mundo del espectáculo y se embarcaron en diversas cruzadas morales y políticas, acordes con la ideología de los sectores más conservadores de la sociedad estadounidense. Además, su labor periodística contribuyó a cimentar el tópico reduccionista que, en el seno de la sociedad patriarcal, vinculaba el mundo del cotilleo exclusivamente a las mujeres; algo que desmiente la labor de otros exitosos columnistas de género masculino, como Walter Winchell.

Una pluma cargada de veneno

Louella Rose Oettinger (1881-1972), más conocida como Louella Parsons, no fue la primera cronista de sociedad (el mencionado Winchell, sin ir más lejos, empezó a ejercer antes que ella), pero sí fue la pionera indiscutible a la hora de convertir la



A la izqda., Louella Parsons en 1929.

En la pág. siguiente, arriba, Lupe Vélez en *Una fiesta en Hollywood* (1934) y, más allá, Ingrid Bergman en 1949.

Abajo, Mamie Van Doren en 1954 y William Randolph Hearst en 1906.

Según Hopper, “Louella ejercía el poder de una Catalina de Rusia”

divulgación de la vida de los famosos en un auténtico fenómeno de masas. Nacida en Freeport, Illinois, parecía destinada a convertirse en una aburrida y convencional esposa y ama de casa, pero su interés por el periodismo y la escritura cinematográfica, que data de la época de estudiante de secundaria, la llevó a albergar otros horizontes. Cuando su primer matrimonio con John Parsons finalizó, Louella se dedicó a escribir guiones de cine. En 1912 vendió su primer libreto a la compañía Essanay, por 25 dólares. Dos años después, comenzó su labor como cronista del *Chicago Record-Herald*.

Enseguida se dio cuenta de que la divulgación de los aspectos más íntimos de

la vida de las estrellas producía una delectación morbosa en el público. En los siguientes años, “envenenó” su pluma con numerosos comentarios ácidos, revelaciones de secretos bien guardados y también diversas mentiras, hasta alcanzar una celebridad inusitada. En su artículo “La maledicencia como pasión”, el escritor Andrés Barba recogía estas palabras de la principal competidora de Parsons, Hedda Hopper: “Con el imperio de [William Randolph] Hearst a sus espaldas, Louella ejercía el poder de una Catalina de Rusia. Hollywood leía cada una de las palabras que escribía como si se tratara de una revelación del monte Sinaí. Las estrellas, los directores y los productores estaban aterrorizados cada vez que abrían el periódico [...]. Con una sola línea interrumpía producciones, obligaba a casarse a amantes ocasionales que querían salvaguardar sus carreras cinematográficas o a divorciarse a matrimonios bien avenidos”.

Efectivamente, Louella convirtió su columna matutina, leída por veinte millones de personas, en un juicio sumarísi-



mo de una comunidad acostumbrada, hasta ese momento, a llevar una vida hedonista a refugio de miradas hostiles. Sus insinuaciones malignas, que los amantes de leer entre líneas conseguían interpretar sin problemas, y su obsesión por indicar quiénes estaban *in* y *out* en la industria del cine, la transformaron en una “justiciera” implacable, que alternaba la pura frivolidad con una moral exageradamente férrea.

Louella no dudó en relatar algunos de los momentos más convulsos y traumáticos del viejo Hollywood, como el suicidio en 1944 de la mexicana Lupe Vélez, con una impúdica morbosidad. Su crónica publicada en el *Examiner* tras el descubrimien-

to del cadáver decía: “Jamás Lupe había lucido tan bella; reposaba como si estuviese dormida [...] había una lánguida sonrisa en sus labios, como si albergara secretos sueños”. También tuvo un papel en la desgracia de la malograda Frances Farmer, filtrando, según algunos testimonios, información sobre su supuesto comunismo y contribuyendo, con sus publicaciones sobre los reveses judiciales de la actriz, a su triste caída.

Otra de sus obsesiones fue Mamie Van Doren, actriz de serie B que firmó a mediados de los cincuenta un contrato para protagonizar *Un lugar en el sol*, filme que podría haber marcado un punto de inflexión en su carrera. Según parece,

Louella tenía tanta tirria a la actriz que no dudó en llamar a la productora para comunicar que, si se la escogía, jamás volvería a citar sus películas en la columna del *Examiner*. Para desgracia de Van Doren, los estudios optaron por apearla repentinamente del proyecto, arguyendo como excusa un excesivo parecido con Marilyn Monroe.

Hubo actrices que supieron zafarse durante algún tiempo de sus intrigas, como Ingrid Bergman, que logró convencerla de que su matrimonio con el neurólogo Peter Lindstrom no estaba en peligro por haberse ido a vivir a Italia en 1949. Louella la defendió públicamente, argumentando que la actriz sueca se había ganado “el respeto y la admiración de todos en la colonia cinematográfica”. Pero cuando descubrió que Bergman estaba embarazada de Roberto Rossellini, se sintió engañada. Louella había acallado los rumores sobre el idilio en su columna, lo que provocó que recibiera cartas de sus lectores protestando por el comportamiento moral de la actriz. Fue entonces cuando la columnista decidió cambiar el tono, arremetiendo contra ella por tener un hijo con un hombre casado.

Una empleada fiel

Sin duda, la carrera de Parsons no hubiera sido la misma sin el apoyo incondicional del magnate del periodismo William Randolph Hearst. A nadie se le escapó en su momento que las causas de esta larga



relación contractual se basaron en gran medida en la lealtad de Parsons en un hecho especialmente escabroso: la muerte en 1924 del director de cine, considerado el “padre” del wéstern, Thomas H. Ince. Una travesía en el yate del gran empresario del periodismo con invitados de postín como Parsons o Charles Chaplin, que debía servir para celebrar el cumpleaños de Ince, terminó en tragedia cuando este falleció víctima de lo que se describió como una indigestión aguda.

Hubo un montón de informaciones contradictorias y también muchos rumores. La versión más truculenta –recogida por el cineasta *underground* y ensayista Kenneth Anger en su particular crónica del lado más “salvaje” del cine norteamericano, *Hollywood Babilonia*– afirma que Chaplin se escabulló con la amante de Hearst, la actriz Marion Davies. Ello desató las iras del multimillonario, hasta el punto de sacar su revólver de diamantes para abatir de un disparo al cómico británico. La confusión nocturna provocó que Ince recibiera, accidentalmente, una bala que no le estaba destinada.

¿Era esta impactante historia sobre la que cuchicheaba todo Hollywood realmente cierta? La gran reveladora de los secretos mejor guardados optó, en aquella ocasión, por guardar un sorprendente silencio. De hecho, Parsons afirmó, a modo de coartada, que se encontraba en aquel momento en Nueva York, y que, por tanto, no sabía nada de cuanto había sucedido en la embarcación. Hearst le

Hedda Hopper se regocijaba presentándose como una mujer despiadada

agradeció su prudencia con un contrato vitalicio en sus publicaciones.

Louella mantuvo la fidelidad a Hearst a lo largo del tiempo. Más adelante, cuando Orson Welles decidió rodar *Ciudadano Kane* (1941), la columnista fue quien avisó al empresario de la comunicación de que el filme estaba realmente basado en su vida, enviando un telegrama en el que le instaba a detener el rodaje. Además, lanzó diversas críticas a la cinta desde los diarios, amenazó al estudio RKO e incluso organizó una campaña para boicotear el estreno y también para que su creador fuera abucheado en la ceremonia de los Óscar. En su autobiografía *Tell it to Louella* (1961), la periodista no dudaría en afirmar: “He guardado un único rencor durante mucho tiempo, y fue contra Orson Welles”. Al parecer, esa inquina estaba provocada por que, en un almuerzo anterior al visionado de la película, el director la había convencido de que la historia no guardaba ninguna relación con Hearst.



Si algo no soportaba Louella es que alguien fuera más astuto que ella.

La *gossip girl* (literalmente, “chica de los chismes”) pasó toda su vida pendiente de los cotilleos de las estrellas, disfrutando de su enorme influencia en los grandes estudios. Al parecer, en sus últimos días en una residencia geriátrica de Santa Mónica, continuaba sentándose a escribir columnas, como si aún trabajara para el *Examiner*, y veía viejas películas arremetiendo a viva voz contra los actores que aparecían en la pantalla del televisor.

Malicia en el país de las maravillas

Tal como explica su biógrafa Jennifer Frost, Hedda Hopper (1885-1966) nunca ocultó el placer que le producía “despelejar” a los ricos y famosos de Hollywood. Cuando la actriz Merle Oberon le preguntó por qué insistía en escribir tantas crueldades sobre las estrellas, Hopper se limitó a responder: “*Bitchery, dear*” (“Por



A la izqda.,
Orson Welles en
Ciudadano Kane
(1941).

En el centro,
Hedda Hopper
en 1953.

Arriba, Chaplin
en *Tiempos
modernos*
(1936).

perrería, querida”). La actriz reconvertida en periodista escribió en una ocasión que sus memorias deberían titularse *Malicia en el país de las maravillas*. En una comunidad como Hollywood, en la que todos se esforzaban por mostrar ante la opinión pública su rostro más amable y almibarado, Hedda se regocijaba presentándose como una mujer despiadada y reaccionaria, que había conseguido hacerse con el suficiente poder para destruir cualquier reputación bien asentada.

Hopper empezó como actriz en el Hollywood mudo. De nombre Elda Furry, esta hija de cuáqueros de Hollidaysburg, Pensilvania, fue una joven “rebelde” que dejó la escuela para enrolarse en una compañía teatral. Tras una etapa errática como corista, en la que conocería al que se convertiría en su marido, el veterano actor DeWolf Hopper, protagonizó su primer filme en Hollywood en 1916, el drama sentimental *The Battle of Hearts*, todavía con el nombre de Elda. En 1918

pasó a llamarse Hedda, siguiendo el consejo de un supuesto experto en numerología, con el objetivo de atraer la buena suerte. Sin embargo, la carrera en el mundo de la interpretación no avanzó al ritmo deseado. En paralelo, la relación con DeWolf se fue deteriorando hasta el divorcio, en 1922. Al año siguiente firmó un modesto contrato con Metro-Goldwyn-Mayer de 250 dólares a la semana. En años sucesivos, Hedda se convirtió en la “reina de los *quickies*” (películas de bajo presupuesto rodadas a toda velocidad), llegando a intervenir en una decena de títulos por año.

Cuando ya contaba 52 años, Hedda se limitaba a interpretar roles secundarios en cintas poco destacadas. Su vida dio un giro radical en 1938, cuando *Los Angeles Times* le permitió publicar una columna de cotilleos titulada “Hedda Hopper’s Hollywood”. Según diversas crónicas, los ejecutivos de los estudios auspiciaron la reconversión en periodis-

ta de Hedda para crear una alternativa al éxito de Louella Parsons que pudieran controlar sin demasiados problemas (pronto comprobaron que habían infravalorado su independencia).

Sus artículos, repletos de sabrosas indiscreciones, alcanzaron con rapidez una gran popularidad entre el público. Entrados los años cincuenta, la columna podía encontrarse en hasta 85 diarios metropolitanos, así como en numerosos periódicos locales y semanarios, con una audiencia de más de treinta y dos millones de lectores. En 1939 debutó en el medio radiofónico, con *The Hedda Hopper Show*, que, con los años, se emitiría en cadenas como CBS y NBC. Esta última le permitió estrenarse en televisión en 1960, con un programa titulado como su columna, *Hedda Hopper’s Hollywood*. Gracias a todo ello, reunió una fortuna con la que compró una impresionante mansión en Beverly Hills, pronto conocida como “*The House that Fear Built*” (“La casa que edificó el miedo”).

Haciendo enemigos

Su lengua viperina y su colección de extravagantes sombreros convirtieron a Hedda en un auténtico icono hollywoodiense, permitiéndole saborear la fama que nunca alcanzó como actriz. Cuando en 1939 le ganó la partida a Louella Parsons anunciando el divorcio de James Roosevelt (hijo mayor del presidente Franklin D. Roosevelt), esta se dio cuenta al momento de las ambiciones de su rival.

Cotillas de celuloide

Tanto Louella Parsons como Hedda Hopper intervinieron como tales en varias películas, y tras su desaparición han sido rescatadas como personajes en filmes recientes



> La fama que Louella Parsons y Hedda Hopper alcanzaron favoreció que aparecieran en muchas cintas interpretándose a sí mismas. Hedda fue la que más frecuentó la gran pantalla, en películas importantes sobre el propio mundo del cine como la gran *El crepúsculo de los dioses* (1950, **1**), de Billy Wilder, la comedia dirigida e interpretada por Jerry Lewis *Jerry Calamidad* (1964) o el drama *El Óscar* (1966), de Russell Rouse. A Louella se la puede ver en la comedia musical de Busby Berkeley *Hollywood Hotel* (1937, **2**) o en la comedia romántica de Mervyn LeRoy *Sucedió en el tren* (1946).

> También otras actrices se han atrevido a ponerse en su piel. A veces, de forma inconfesa, como Ilka Chase en la reivindicable *El gran cuchillo* (1955), de Robert Aldrich; otras, sin disimulos, como ocurre en *Malice en el país de las maravillas* (1985), un convencional aunque interesante largometraje televisivo que aborda la tensa relación entre ambas mujeres. En esta película, Louella está interpretada nada más y nada menos que por una diva del viejo Hollywood, Elizabeth Taylor, mientras que la mucho menos conocida Jane Alexander da vida a su rival.

> En los últimos años, otras dos cintas apreciables han recreado

de formas distintas las figuras de estas temibles *gossip girls* del cine. La primera, *Trumbo. La lista negra de Hollywood* (2015, **4**), es un relato biográfico dedicado al célebre guionista Dalton Trumbo, tristemente represaliado durante la Caza de Brujas, en el que podemos ver a una Hedda Hopper interpretada por una caricaturesca Helen Mirren, obsesionada con su cruzada anticomunista. Además, en la mordaz comedia coral de enredos sobre el Hollywood dorado *¡Ave, César!* (2016, **3**), los hermanos Coen convierten a Louella y Hedda en dos hermanas periodistas con los rasgos de la misma actriz, Tilda Swinton.

Pronto empezó una encarnizada disputa mediática entre ambas.

Hedda consiguió ganar una creciente atención con sus furibundos ataques a diversas estrellas, revelando noticias que conseguía gracias a una nutrida red de informadores, desde el lechero a la esteticista de los famosos. Su visceral anti-comunismo hizo que contribuyera al clima de hostigamiento y persecución del macartismo. Sus invectivas políticas la situaban, indudablemente, en el lado más conservador del pensamiento republicano. En 1951, en *The Hedda Hopper Show*, la periodista lanzaba una arenga en la que afirmaba alcanzado el momento de concebir una “América para los americanos”, un discurso que Trump no dudaría en hacer suyo hoy.

Tal como explica Kenneth Anger, Chaplin fue una de sus obsesiones. Durante años Hedda lo trató como un “enemigo de la sociedad”: “Empuñando su patriótica hacha de guerra, lo acusaba de haber llegado a Estados Unidos como un perfecto desconocido, haber amasado una fortuna y no haber tenido la decencia de convertirse en ciudadano norteamericano”. Anger cuenta que, una mañana, “una histérica pelirroja la llamó para soltarle de sopetón que Chaplin acababa de arrojarla de su casa y que llevaba en las entrañas un hijo suyo”.

La joven en cuestión era Joan Barry, una actriz sin demasiado éxito a la que el actor y director trató de promocionar durante una temporada y con la que mantuvo una tumultuosa relación, que incluía dos interrupciones de embarazo previas. Hedda aprovechó la ocasión para descargar su bilis sobre el británico, al tiempo que advertía sobre la suerte de las muchachas que se atrevieran a imitar la conducta de Joan dejándose seducir por viejos sátiros. A pesar de que las pruebas de paternidad demostraron que Chaplin no era el padre de la criatura, el jurado le condenó en 1943 a sufragar la manutención. Incluso la poco escrupulosa Parsons tuvo el detalle de publicar esta información al completo, pero Hopper, dejándose llevar por la animosidad personal, omitió cualquier mención al resultado de las pruebas.

Como la mujer reaccionaria que era, Hedda también batallaba en sus columnas contra la homosexualidad, aunque en



Joseph Cotten en 1943.

Encarnaron los excesos de una era marcada por el impacto del cine y los tabloides

privado se mostraba más tolerante (su mánager, agente de prensa y buena amiga Dema Harshbarger era una reconocida lesbiana). Algunos de sus dardos homófobos recayeron sobre las jóvenes estrellas Cary Grant y Randolph Scott, el dramaturgo y actor Noël Coward, el actor británico Michael Wilding (que, según ella, tenía una relación con Stewart Granger) o Rock Hudson. También tuvo un sonoro enfrentamiento con Joseph Cotten a principios de los años cuarenta. Según explicaría Orson Welles, Hedda contó que Cotten “se estaba tirando a Deanna Durbin, cosa que era verdad”. El actor de *El tercer hombre* se acercó a la columnista en una fiesta y le dijo: “Hedda, quiero que entiendas una cosa: si

vuelves a decir lo que has dicho una sola vez más, te doy una patada en el culo’. Hedda no le creyó y siguió hablando del tema. Así que Jo [Cotten] volvió a buscarla y le dio una patada en el culo”.

Como su rival, Hedda encarnó a la perfección los excesos de una era marcada por el impacto de la industria cinematográfica y el poder de los tabloides en la cultura popular. Su labor creó la “escuela” implacablemente indiscreta del periodismo *gossip*, que a lo largo de los años continuarán nombres diversos como Sheilah Graham, Elsa Maxwell, Liz Smith, Cindy Adams o incluso Perez Hilton. ●

Para saber más...

BIOGRAFÍA

BARBAS, SAMANTHA. *The First Lady of Hollywood: A Biography of Louella Parsons*. Los Ángeles: University of California Press, 2006. En inglés.

FROST, JENNIFER. *Hedda Hopper's Hollywood: Celebrity Gossip and American Conservatism*. Nueva York: New York University Press, 2011. En inglés.

ENSAYO

ANGER, KENNETH. *Hollywood Babilonia* (vols. I y II). Barcelona: Tusquets, 1996.

FRANCIA ¿POR QUÉ CAYÓ TAN RÁPIDO?

La caída, hace 80 años, de Francia ante las fuerzas de la Alemania nazi fue tan acelerada que sorprendió a todo el mundo.

SERGI VICH SÁEZ

HISTORIADOR

El 1 de septiembre de 1939, la Wehrmacht invadió Polonia. Dos días después, de acuerdo con las declaraciones de garantía a su independencia, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra al Reich. Hitler estaba indignado. Joachim von Ribbentrop le había asegurado que ni Londres ni París darían el paso. Dolido, el Führer espetó a su ministro de Asuntos Exteriores: “¿Y ahora qué?”. Hitler no contaba con enfrentarse simultáneamente a británicos y franceses.

Pero, al margen de algunos tanteos, no ocurrió nada hasta el 10 de mayo de 1940. Ese día, las tropas alemanas invadieron Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. La previsión de una campaña larga y difícil no se cumplió. Cuarenta y seis días más tarde, tal como habían hecho belgas y holandeses, y después de que el Cuerpo Expedicionario Británico (BEF) fuera reembarcado desde Dunkerque, Francia se rindió. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo era posible que el reputado mejor ejército del mun-



Soldados
alemanes en el
Fall Gelb, 1940.

do hubiera sucumbido en unas pocas semanas? Durante años, los especialistas se han devanado los sesos para encontrar la explicación. Muchos han visto en la Blitzkrieg, la guerra relámpago ya empleada en Polonia, el principal factor de la victoria alemana. No puede negarse, pero la mayor parte de los acontecimientos históricos se producen por un cúmulo de factores. Exponerlos no resulta difícil, aunque establecer el grado de proporcionalidad es otra cuestión. Nos conformamos con lo primero para



ofrecer un paisaje mínimamente claro de la debacle francesa.

Una costosa victoria

En 1918, el ejército francés se presentaba como el principal vencedor de la Gran Guerra. Sí, pero ¡a qué precio! Cerca de un millón y medio de muertos y ochocientos mil mutilados diezmaron a toda una generación. No resulta extraño que entre los supervivientes se generara un rechazo frontal a la guerra. Desde entonces, la política exterior francesa se afanó

en buscar la paz por la vía del desarme, como ejemplifica el acuerdo internacional Briand-Kellogg de 1928. Mientras, se volcaban ingentes recursos en la construcción de unas aparentemente infranqueables defensas, la Línea Maginot, en detrimento de una inaplazable modernización de las Fuerzas Armadas.

En la sociedad alemana, por el contrario, anidaba un fuerte deseo de revancha. Ciertamente que la Reichswehr impuesta por el Tratado de Versalles tan solo tenía cien mil hombres, pero su preparación era

excelente y formaban un magnífico cuadro. Mientras, se experimentaban nuevas armas en el extranjero, preferentemente en la URSS, y se animaba a los jóvenes a desarrollar actividades —como el vuelo sin motor— con claras aplicaciones militares. Así, cuando Adolf Hitler llegó al poder en 1933, se encontró con la estructura básica de la futura Wehrmacht ya constituida. Solo faltaba ampliarla. Además, para lo bueno y para lo malo, las fuerzas armadas germanas se hallarían bajo una única dirección, la

El Plan Amarillo

La idea de Erich von Manstein, puesta en práctica



de su Führer, auxiliado por dos estados mayores (OKW y OKH), lo que propiciaba la unidad de acción y mando. Las fuerzas armadas francesas, en cambio, dependían de diversos ministerios: Defensa Nacional, Marina, Aire y Colonias, con sus correspondientes intereses. Para evitar fricciones, se creó un Consejo de Defensa Nacional, integrado por políticos y militares, que nunca lograría una coordinación efectiva. Por otra parte, la moral de los conscriptos, minada por años de propaganda comunista, no era la mejor, y se agravaba por el desdén de sus oficiales. En Alemania, el conjunto de la juventud vio en la lucha con Francia una tarea inaplazable, y se fomentaba la camaradería entre mandos y tropa.

Doctrinas militares opuestas

La doctrina militar francesa era preeminentemente defensiva. Anclada en las experiencias de la Gran Guerra, daba gran importancia a la potencia de fuego en detrimento de la movilidad. Apostó por una poderosa artillería, pero no poseía una doctrina acorazada clara. Los carros de combate medios y pesados se contemplaban como acompañantes de

Los aliados creían que repetiría el Plan Schlieffen de la Gran Guerra

la infantería, y se los distribuía en batallones independientes entre esta, mientras proliferaban los vehículos ligeros. Tampoco se había perfeccionado la colaboración entre las fuerzas terrestres y aéreas, por lo demás mediocres y con acusada falta de bombarderos transportes. Esto iba a contrastar con los ubicuos Junkers Ju-52 germanos, capaces de avituallar a las unidades en cabeza antes de llegar la intendencia divisionaria. En realidad, el transporte en ambos ejércitos era básicamente hipomóvil, sin embargo, los alemanes consideraron a la división acorazada (Panzerdivision) como la unidad táctica fundamental. Totalmente motorizada, su función principal era la de propiciar la ruptura del frente con un

golpe contundente y sorpresivo en un punto concreto (*Schwerpunkt*), tras lo cual la unidad debía desparramarse, sin detenerse, por detrás del frente enemigo, destruyendo sus líneas de comunicación, abastecimiento y mando, para desarticular la defensa enemiga. La consolidación se dejaba a otras unidades.

Esto requería un sistema de mando rápido y flexible, en el que, una vez señalado el objetivo, se dejaba libertad de acción a los oficiales sobre el terreno. Aquí el liderazgo resultaba fundamental, como también lo eran el reconocimiento aéreo y las comunicaciones. No en vano, casi todos los carros de combate alemanes tenían radio. De igual modo, se daba una estrecha colaboración entre las fuerzas terrestres y la aviación, actuando esta como una suerte de artillería volante, algo de lo que los franceses carecieron. Esta nueva forma de lucha sería la Blitzkrieg.

El objetivo belga

En primera instancia, los aliados estaban convencidos de que los alemanes iban a repetir con alguna variante el Plan Schlieffen utilizado en la Gran Guerra: invadir Francia a través de Bélgica, violando su neutralidad, pero, en vez de hacer girar su ala derecha en dirección sur, como en el plan original, lo harían hacia el norte, para conquistar la costa belga. Para contrarrestarlo, el Estado Mayor francés había elaborado el Plan Dyle-Breda, que preveía situar a lo mejor de las fuerzas francesas, más el BEF, en la defensa natural formada por los ríos Mosa y Dyle, ya en territorio belga, y allí vencer a los atacantes en una batalla defensiva. Habría fuerzas de segundo orden en la frontera francoalemana al amparo de la Línea Maginot y del bosque de las Ardenas, considerado infranqueable. El caso es que el gobierno belga, a fin de mantener la neutralidad, no permitió que sus aliados situaran las tropas hasta no tener claro que Alemania atacaría, algo que solo supo en el momento mismo de la invasión. En muchos casos, las fuerzas aliadas no pudieron ser desplegadas antes de la llegada de los efectivos de la Wehrmacht.

De todos modos, una serie de circunstancias movieron a los alemanes a cambiar su planteamiento inicial. El general de Estado Mayor Erich von Manstein, que



El mariscal Erich von Manstein en la inspección de una unidad en el frente oriental en 1943.

trabajaba en paralelo al OKH, después de consultar al mayor experto en medios blindados del Reich, el general Heinz Guderian, sí creía que los tanques podían pasar las Ardenas. Manstein elaboró una variante del plan primitivo, que sería conocido como *Sichelschnitt* (Golpe de hoz). Establecía que el avance sobre Bélgica, y ahora también Holanda, se convirtiera en un ataque secundario a modo de señuelo, para que los aliados enviaran allí a sus mejores fuerzas, mientras el esfuerzo principal se desarrollaba sobre las desguarnecidas Ardenas, con punto de ruptura en Sedán. Una vez conseguido, las unidades acorazadas alemanas deberían dirigirse hacia el norte, envolviendo al enemigo por su retaguardia.

La variante fue rechazada por el OKH, y a Manstein se le cambió de destino para que no molestara. Pero la suerte hizo que pudiera exponer sus ideas al mismísimo Führer, que pronto se las apropió: “De todos los generales a los que hablé del nuevo plan para el frente occidental, Manstein fue el único que me comprendió”.

Tropa y material

El Plan Amarillo (Fall Gelb), como sería conocido, fue, en general, bien ejecutado y superó las expectativas. A ello contribuyó el enemigo. El soldado francés luchó bien, pero su oficialidad dejó mucho que desear. Poco flexible y con un jefe, Maurice Gustave Gamelin, que dirigía la batalla a distancia, le faltó la exploración

previa y le fallaron las comunicaciones. La coordinación, no solo entre franceses, brilló por su ausencia, y la tendencia al caos, agravada por los civiles huidos bloqueando las carreteras e impidiendo el desplazamiento de la tropa, fue a más. En cuanto al material francés, aunque faltaban armas automáticas a nivel de pelotón y compañía, era de buena calidad. Numéricamente, su artillería era superior a la alemana, aunque no disponía de material antiaéreo –en especial, de algo como el polivalente 88 mm germano–. Sí contaba con el excelente antitanque de 47 mm, aunque en cantidad insuficiente. Sus carros de combate medios y pesados estaban a la altura de los del enemigo, sobre todo el Somua S-35, si bien se veían lastrados por dos graves defectos de concepción: la escasez de radios y una torreta demasiado pequeña. En esta, el jefe del tanque tenía demasiadas tareas: mandar, señalar el blanco, cargar el cañón, apuntarlo y disparar, lo que contrastaba con las amplias torretas de los PzKw III y IV germanos, que permitían diferenciar las funciones de jefe de carro y artillero y se traducían en una mayor eficacia. Una de las bazas de la Wehrmacht fue su excelente comunicación. Los mandos se hallaban sobre el terreno, se había simplificado la cadena de mando y las informaciones llegaban en tiempo real, lo que facilitaba el apoyo inmediato. Especialmente, el de la Luftwaffe, que pronto se adueñó de un espacio aéreo que la anticuada Armée de l’Air no le pudo discutir. En realidad, las fuerzas aliadas nunca se encontraron cómodas ante la rapidez del envite alemán. Solo al final comprendieron sus objetivos, y que el único modo de combatir la Blitzkrieg era realizando repliegues en profundidad, con una coordinación de la que carecían, para agotar el impulso enemigo. Era ya demasiado tarde para Francia. ●

Para saber más...

ENSAYO

HOLLAND, JAMES. *La Segunda Guerra Mundial en Occidente*. Barcelona: Ático de los Libros, 2018.

QUERO RODILES, FELIPE. *Segunda Guerra Mundial. Consideraciones militares*. Madrid: Ediciones Ejército, 1993.

EL DÍA QUE SE DESCUBRIÓ PLUTÓN

La obsesión de un millonario loco por la astronomía acabó dando su fruto. En 1930 se localizó Plutón. Aunque a punto estuvo de llamarse América o Arizona.

RAFAEL CLEMENTE

INGENIERO INDUSTRIAL Y M. SC.





Plutón en una imagen tomada por el Observatorio de rayos X Chandra y la sonda New Horizons, ambos de la NASA.

Durante poco más de medio siglo, el sistema solar tuvo nueve planetas. Así lo aprendimos en el colegio. Hoy, oficialmente, solo ocho. El noveno, una bola de roca y hielo perdida en lo profundo del espacio, se quedó sin su categoría hace quince años, tras el descubrimiento de otros muchos astros similares a él. Aunque sigue despertando simpatías y campañas populares a favor de restaurarle su estatus. Quizá porque es un mundo extraño y fascinante; o quizá porque (en inglés) lleva el nombre del perro de Mickey Mouse.

La historia del descubrimiento de Plutón está asociada de modo indirecto con Marte. Y con la insólita figura de Percival Lowell, hombre de negocios, político, viajero, antropólogo aficionado, escritor y astrónomo vocacional. Heredero de una distinguida familia bostoniana, Lowell poseía una considerable fortuna. Estudiante en Harvard (un pariente suyo había sido presidente de esa universidad), había adquirido una buena base de conocimientos matemáticos, aparte de su inherente sentido empresarial. El joven Percival cuidó de los negocios familiares y también intervino un poco en política, donde tuvo ocasión de tratar con delegaciones comerciales coreanas. A raíz de esos contactos, viajó mucho por Extremo Oriente, experiencia que plasmaría en varios libros sobre cultura y tradiciones de una parte del mundo entonces casi desconocida en Occidente.

En busca de marcianos

Pero sus intereses abarcaban muchos y variados temas. En especial, le atraían los recientes descubrimientos de Giovanni Schiaparelli. Aprovechando la cercanía de Marte durante la “gran oposición” de 1877, el astrónomo italiano anunció haber visto grandes trazos rectilíneos en la superficie del planeta. Quizá se trataba de inmensos ríos que conducían agua desde los casquetes polares hacia las zonas tropicales. Schiaparelli los denominó *canali*, en el mismo sentido que, por ejemplo, el canal de la Mancha. Pero la traducción al inglés los convirtió en *channels*, palabra asociada con obras artificiales, como el entonces recién inaugurado canal de Suez. Así nació la leyenda de un Marte habitado



A la izqda., Percival Lowell.

A la dcha., Clyde Tombaugh.

Abajo a la izqda., Giovanni Schiaparelli.

Abajo a la dcha., uno de sus mapas de los canales de Marte.

En la pág. opuesta, superficie de Plutón fotografiada por la sonda New Horizons en 2015.



por una raza de formidables ingenieros, que luchaban por irrigar los grandes desiertos ecuatoriales del planeta.

Lowell encontraba fascinante esa hipótesis. Su posición económica le permitía dedicar recursos importantes a su afición; no ya como mero mecenas, sino implicándose a fondo. Decidió construir su propio observatorio para confirmar personalmente si existía vida inteligente en Marte. Él mismo buscó emplazamiento para su nuevo observatorio. Escogió Flagstaff, bajo los cielos oscuros y transparentes de Arizona y a poca distancia del Gran Cañón. Lo equipó con el mejor instrumental del momento, un telescopio Alvan Clark (el fabricante americano de más prestigio) de 61 centímetros. Solo ese equipo costó 20.000 dólares, incluyendo su transporte por ferrocarril desde Boston a Flagstaff. Sorprende esa eclosión de ciencia en un territorio salvaje que apenas quince años antes había sido escenario de las correrías de Gerónimo y sus apaches. Lowell dedicó noches y más noches al estudio de Marte. Y creyó descubrir aún



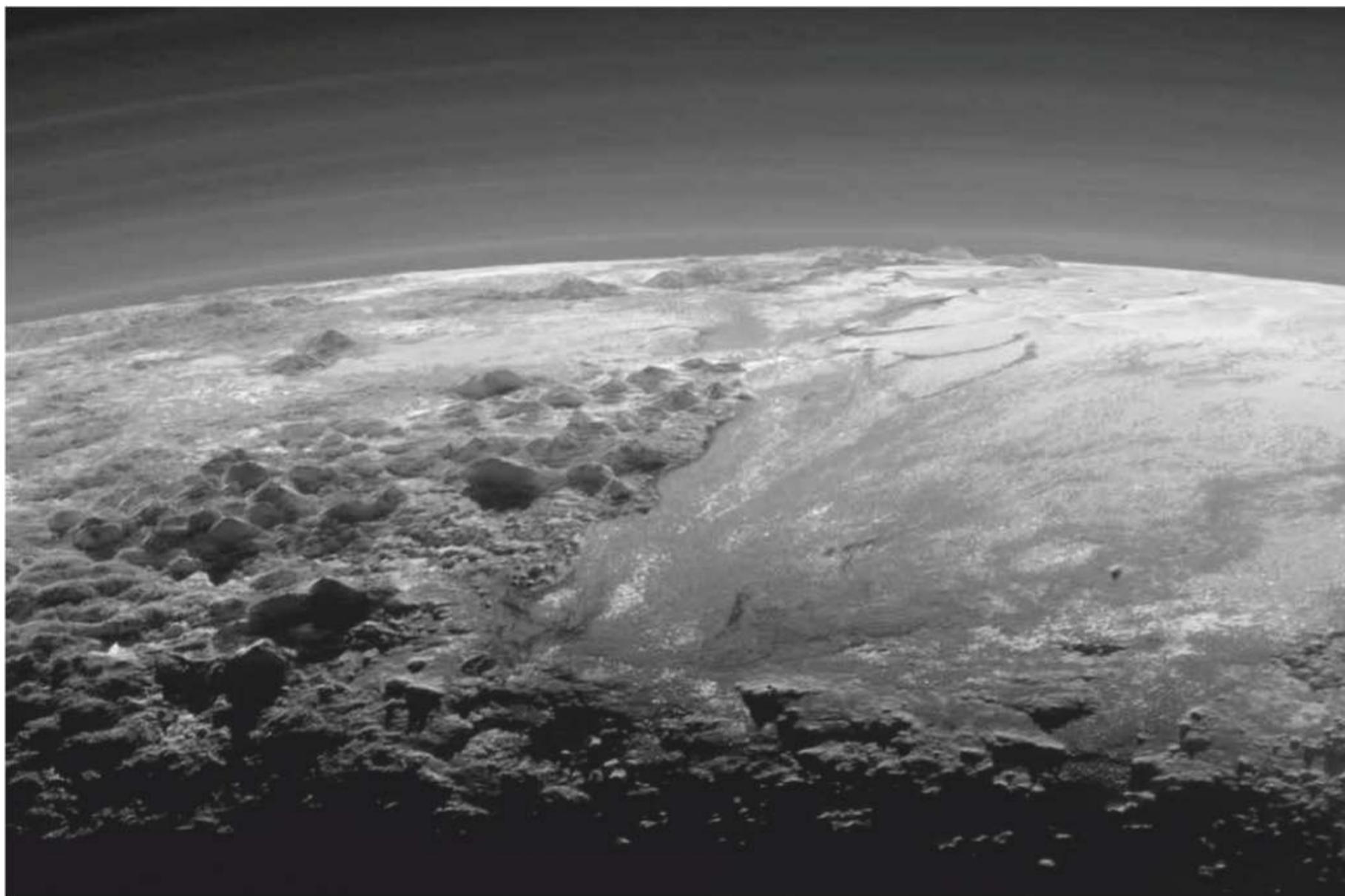
más canales de los que había identificado Schiaparelli. Convencido de la existencia allí de una civilización en extinción, publicó sus observaciones en libros de divulgación que se hicieron muy populares..., al tiempo que erosionaban su credibilidad entre los astrónomos profesionales. Por supuesto, hoy sabemos que los canales eran una mera ilusión,



tal vez resultado de sus esfuerzos por “ver” algo que no existía.

¿Dónde está el planeta X?

Ya mayor, Lowell se marcó otro objetivo: localizar el planeta X, un cuerpo de gran tamaño situado más allá de los confines del sistema solar. A su influencia se deberían las pequeñas alteraciones observadas



Contrató “computado- ras” humanas, chicas que ha- cían operacio- nes a mano

en el movimiento de Urano y Neptuno. La búsqueda se alargó durante años, combinando las estimaciones teóricas con la fotografía sistemática de las zonas donde se suponía que estaba el planeta X.

En una época en que solo existían primitivas calculadoras mecánicas, casi todas las operaciones se hacían a mano: con equipos de “computadoras” humanas, generalmente grupos de ocho a doce chicas—algunas con formación universitaria—que trabajaban siete horas diarias, seis días a la semana, por unos 25 centavos la

hora. Su trabajo: resolver a mano las complicadas ecuaciones de astrodinámica o medir incansablemente las posiciones de miles de estrellas que aparecían en grandes placas fotográficas de cristal. Lowell también empleó “computadoras”, aunque en menor número. De ellas, solo unos pocos nombres han llegado hasta nosotros, en especial, el de Elizabeth Williams, una de las primeras mujeres graduadas en el MIT. La contrató el propio Lowell para trabajar primero en sus oficinas de Boston y luego en el observatorio, con el encargo de ayudar a establecer los parámetros de ajuste de trayectorias que deberían marcar la posición del planeta X. Pese a todos los esfuerzos, el elusivo planeta no apareció por ninguna parte. Su imagen—similar a una estrella como tantas otras—fue registrada en algunas fotografías obtenidas en fechas separadas, pero nadie la identificó.

La aguja en el pajar

Percival Lowell falleció en 1916, y la búsqueda del planeta X cayó en el olvido.

La colección de fotografías y los cálculos de Elisabeth Williams quedaron archivados en algún armario del observatorio. De hecho, ella ni siquiera seguía allí; había contraído matrimonio en 1922 con un colega. Constance Lowell, la viuda del fundador, estimó “inapropiado” que una mujer casada continuase trabajando, así que, siguiendo las normas de la época, la había despedido.

En 1929, un jovencito de 23 años llamado Clyde Tombaugh, aficionado a construirse él mismo telescopios caseros, entró a trabajar en el observatorio. Había entonces un nuevo director, Vesto Slipher, quien encargó al recién llegado un trabajo monumental que le tendría ocupado durante muchas horas: analizar en detalle los datos y la montaña de fotografías que estaban allí acumuladas (y que se seguían haciendo, utilizando un telescopio especialmente construido para la caza del planeta X).

Guiándose por los cálculos de perturbaciones planetarias, Tombaugh rescató las placas fotográficas y se puso a revisarlas

Dos entornos sorprendentes

Lo que la sonda New Horizons encontró en Plutón y su luna Caronte

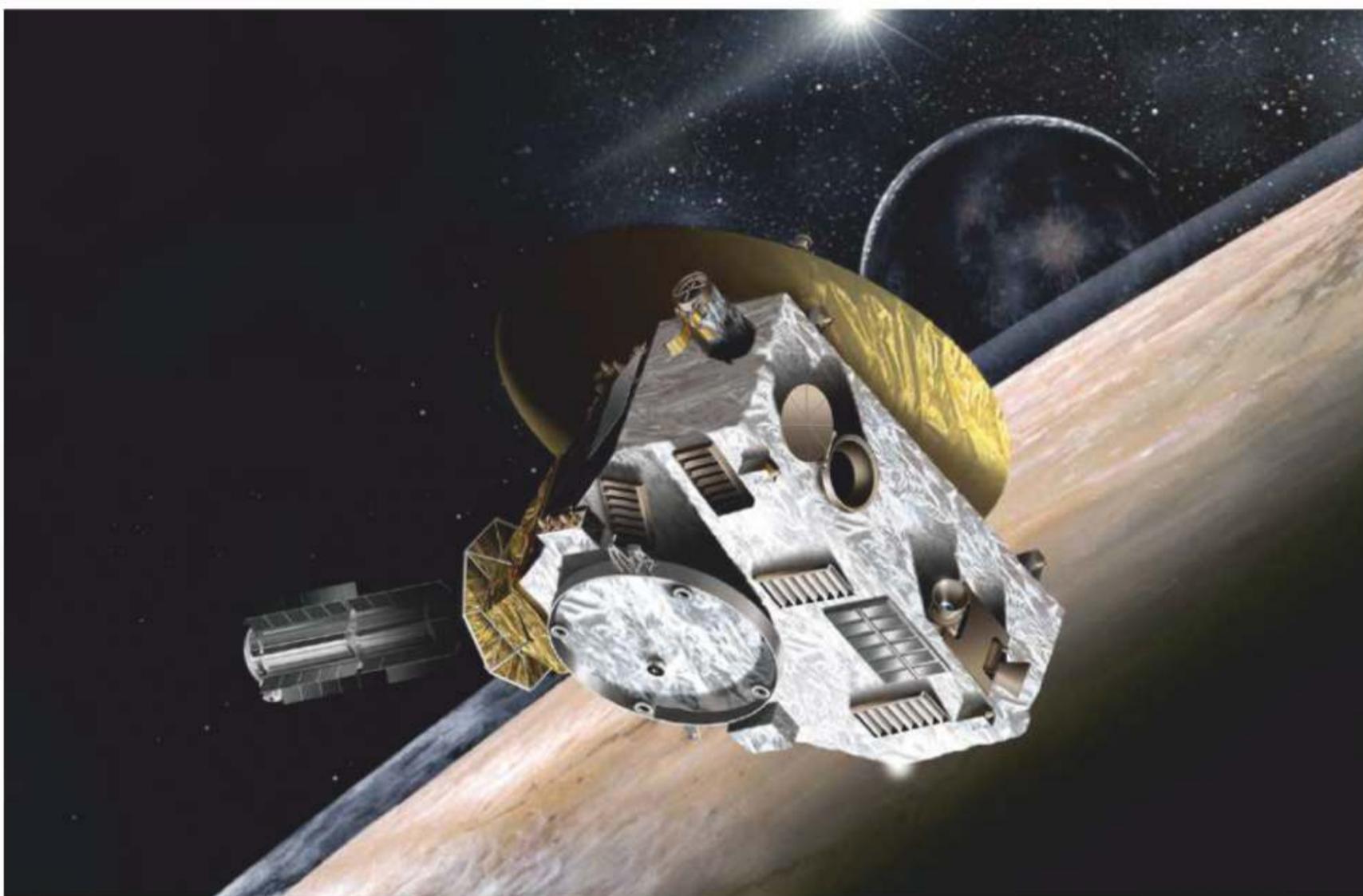
> New Horizons (abajo, recreación) llegó a su destino en el verano de 2015, nueve años después de su despegue. Lo que descubrió allí resultó asombroso. Plutón y su satélite Caronte no resultaron mundos monótonos y aburridos. Por el contrario,

exhibían una fantástica variedad de paisajes: montañas de hielo, glaciares, extensas llanuras en las que nitrógeno y metano congelados forman grandes estructuras celulares que fluyen con increíble lentitud, depósitos de compuestos orgánicos y –lo más ines-

perado– una tenue pero apreciable atmósfera en la que aparecen delicados estratos de bruma.

> La sonda pasó de largo ante Plutón. La toma de datos duró solo unos pocos días, pero su retransmisión,

desde esas enormes distancias (unas cinco horas luz), llevó más de un año. Para entonces, la New Horizons ya iba camino de explorar un mundo aún más lejano, Ultima Thule (hoy rebautizado oficialmente como Arrokoth). Pero esa es otra historia.



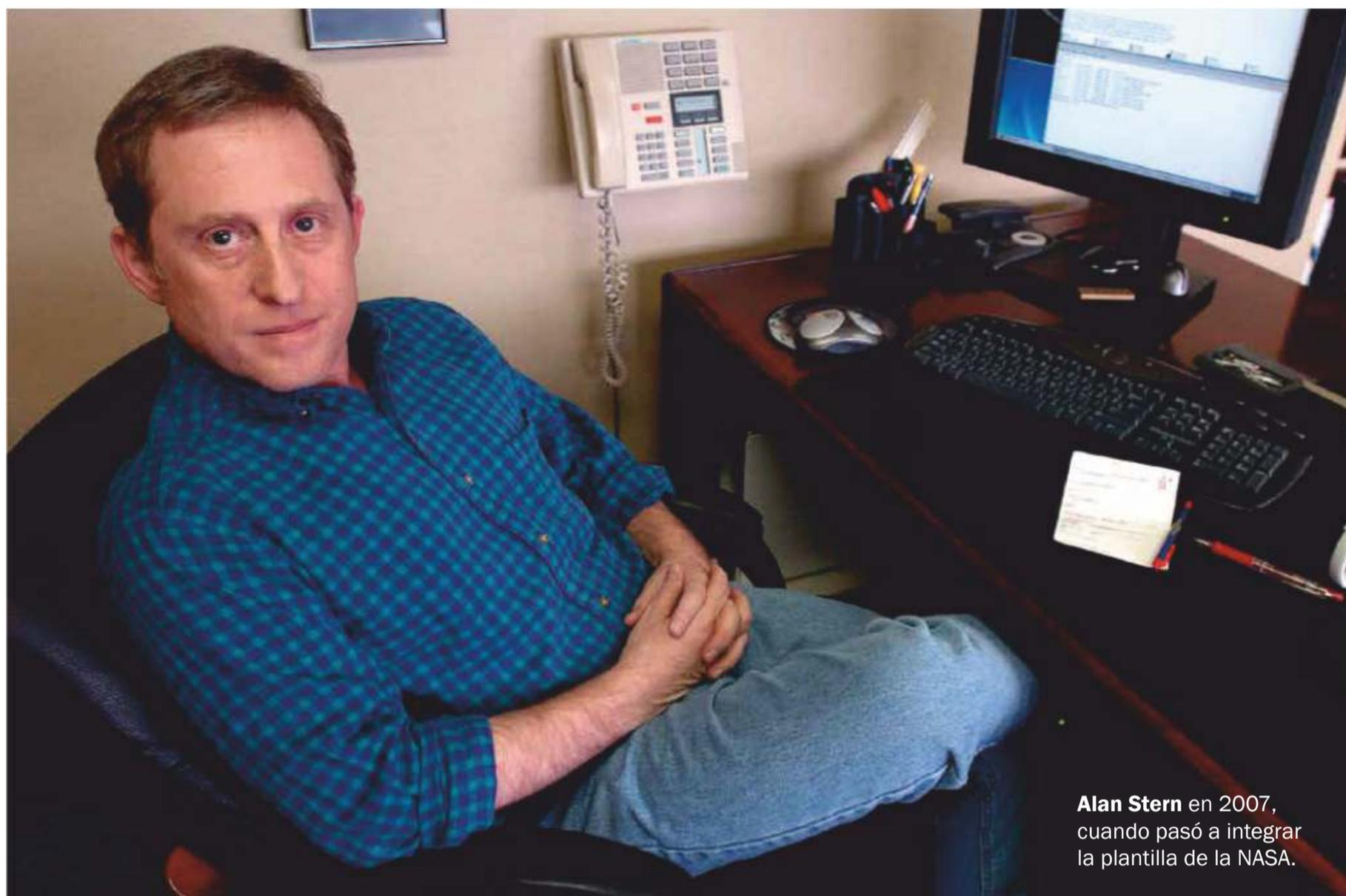
una por una. Esta vez con la ayuda de un aparato llamado “comparador de centelleo”. Era un microscopio de un solo ocular que le permitía explorar en detalle dos imágenes de la misma región del cielo tomadas en diferentes épocas. Un obturador presentaba una u otra en rápida sucesión. Si las placas estaban bien alineadas en la máquina, las estrellas fijas se seguirían viendo fijas; pero cualquier cuerpo celeste que se hubiese movido parecería “saltar” de una posición a otra. Destacaría como si estuviese “vivo”.

Con infinita paciencia, a lo largo de más de un año, Tombaugh fue recorriendo signo a signo todo el zodiaco. Revisó centenares de negativos (estrellas negras sobre fondo transparente) con más de dos millones de puntitos luminosos. Por fin, el 18 de febrero de 1930, al comparar dos placas recientes tomadas con una semana de intervalo, descubrió una manchita oscura que se movía. Las fotos eran de una región en la constelación de Gemini. Allí estaba el planeta X, a menos de seis grados de uno de los lugares que había propues-

to Lowell. Una distancia equivalente a solo doce discos de la Luna uno junto a otro. De ese descubrimiento se cumplieron el pasado marzo noventa años.

¡Qué pequeño!

El nuevo planeta era mucho más pequeño de lo esperado. Pero era un planeta, al fin y al cabo. Ahora había que encontrar un nombre. Al ser el primero descubierto al otro lado del Atlántico, algunas propuestas rezumaban un cierto chovinismo: “América”, “Flagstaff” o “Arizona”. Al



Alan Stern en 2007, cuando pasó a integrar la plantilla de la NASA.

La NASA no creyó interesante enviar una sonda a Plutón hasta la década pasada

final, se impuso la propuesta de Venetia Burney, una niña inglesa de once años. Siguiendo la secuencia de dioses clásicos (Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno...), Plutón, el señor de los infiernos, parecía una buena opción. Además, sus dos primeras letras coincidían con las iniciales de Percival Lowell, un merecido homenaje al fundador del observatorio. Durante decenios, Plutón no fue sino un punto de luz perdido en el espacio. Se conocían sus características orbitales, pero poco más. Lo único que era seguro

es que se trataba de un mundo pequeño y terriblemente frío. Una especie de asteroide grande: rocas y hielo. Tan solo en el verano de 1978 se descubrió que Plutón poseía un satélite, comparativamente enorme y tan cercano que entre los dos formaban lo que podría llamarse un planeta doble. Pero ni aun así. La NASA ni siquiera lo consideraba lo suficientemente interesante como para enviar allí una sonda robótica.

No eran de esa opinión Alan Stern y un grupo de compañeros. Todavía trabajando para su doctorado, Stern propuso en 1989 una misión exploratoria a Plutón. Y siguió insistiendo en ella, a través de infinitos rediseños, cancelaciones y recortes, durante más de quince años. Fruto de tanta perseverancia, en enero de 2006 despegó la sonda New Horizons. Del tamaño y forma de un piano de cola, sería uno de los vehículos espaciales más rápidos: cubrió la distancia a la Luna en diez horas, cuando los Apollo tardaban tres días. Y un año después, aprovechó el tirón gravitatorio de Júpiter para co-

regir rumbo y acelerar aún más, camino a su objetivo. Para entonces, Plutón ya no era un “planeta”, sino un “planeta enano”. Como los recién descubiertos Eris, Sedna, Makemake o Quaoar. Alguno, de tamaño y masa comparables a los de Plutón. Para evitar una descontrolada proliferación de planetas, la Unión Astronómica Internacional estableció unas reglas que debían cumplir los aspirantes a ese título. Plutón, por desgracia, no las cumplía. ●

Para saber más...

CLÁSICO

LOWELL, PERCIVAL. *Mars and its canals*. Nueva York: The MacMillan Company, 1906. En inglés.

ENSAYO

STERN, ALAN Y GRINSPOON, DAVID. *Chasing New Horizons*. Londres: Picador, 2018. En inglés.

MONOGRAFÍA

VV. AA. *Plutón y los planetas enanos* (Atlas del Cosmos National Geographic, vol. 34). Barcelona: RBA, 2018.

PAUL KLEE EL COLOR DE LA MÚSICA

El germanosuizo Paul Klee dedicó el grueso de su carrera a investigar relaciones entre forma, ritmo y color. Su formación como violinista tuvo mucho que ver.

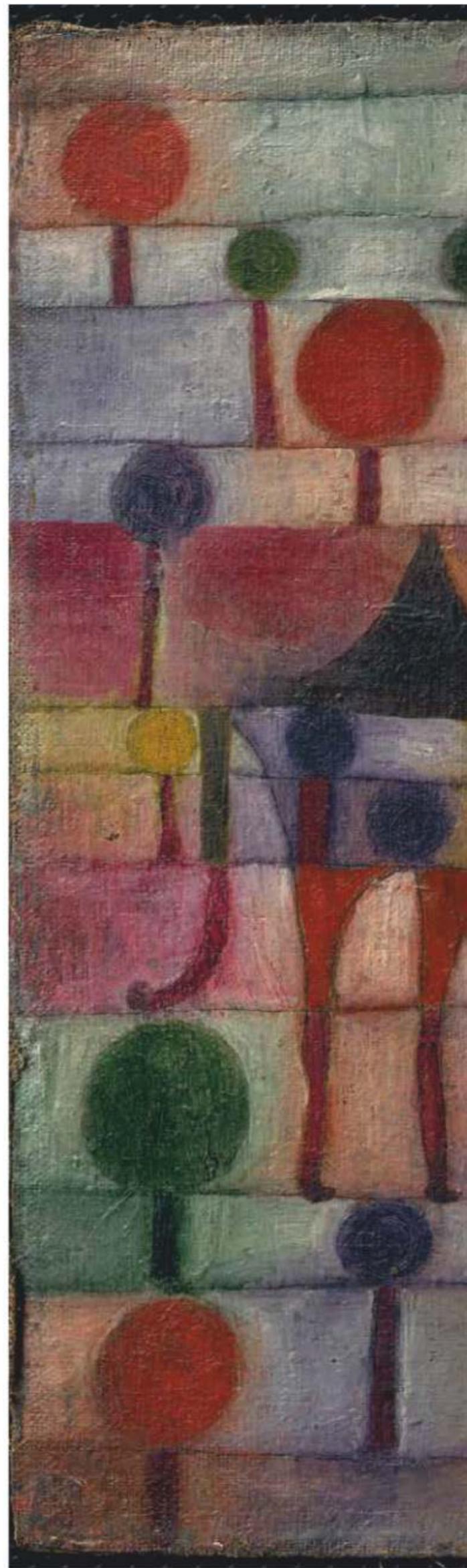
ANA ECHEVERRÍA ARÍSTEGUI

PERIODISTA

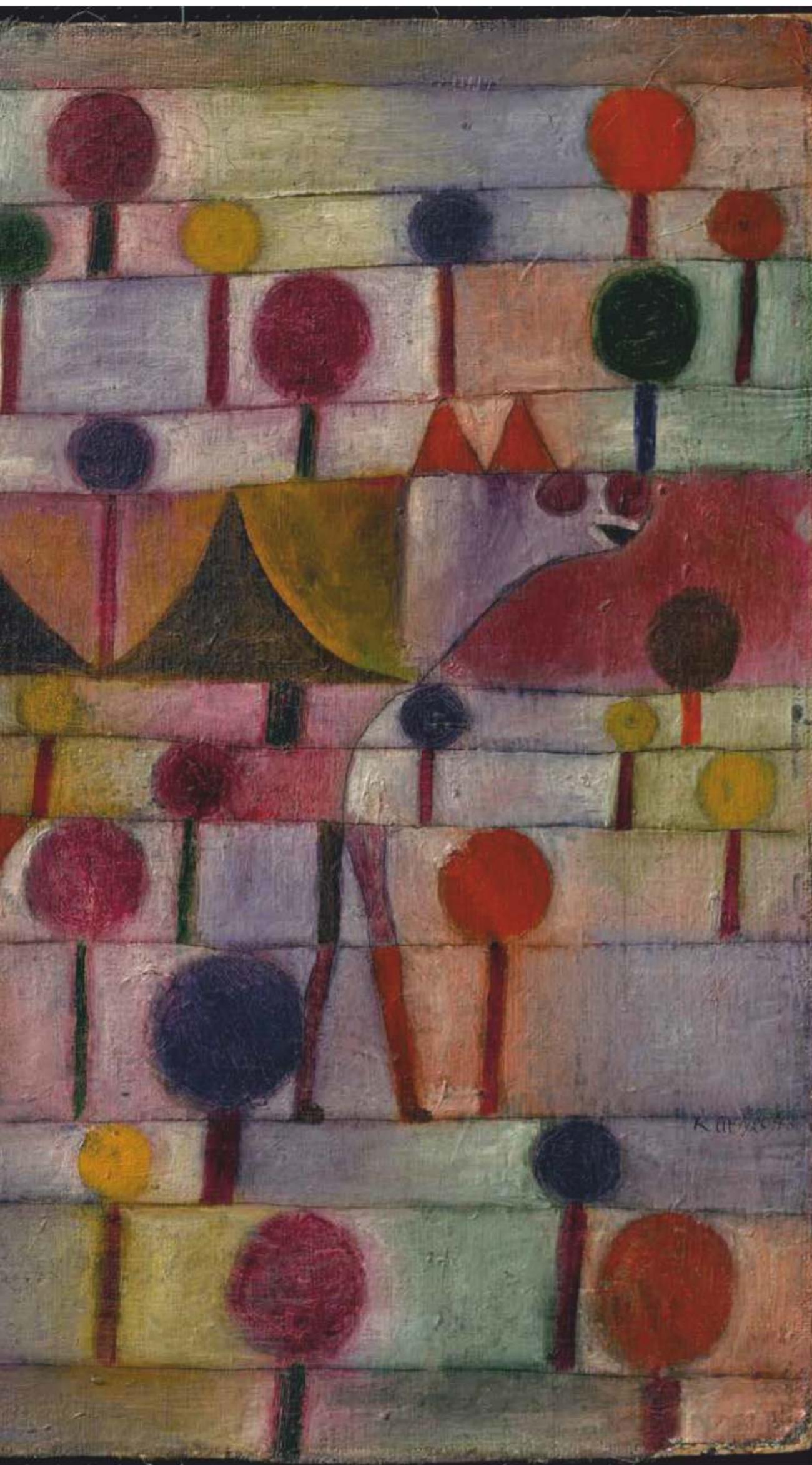
No son pocos los adolescentes que se enfrentan a la oposición familiar cuando anuncian su intención de dedicarse profesionalmente a la música. A Paul Klee (Suiza, 1879-1940) le sucedió lo contrario. Virtuoso precoz del violín, con plaza en una orquesta de Berna desde los once años, tuvo que convencer a su padre, organista,

y a su madre, cantante lírica retirada, de que su futuro se encontraba en las artes plásticas. ¿La culpa? De la abuela materna, que enseñó al chiquillo a dibujar y lo animó a llevar siempre consigo un cuaderno de bocetos.

Este pequeño drama familiar se resolvió sin sangre. El joven Paul se trasladó a Múnich, donde, tras unos meses de clases particulares, obtuvo el acceso a la Acade-

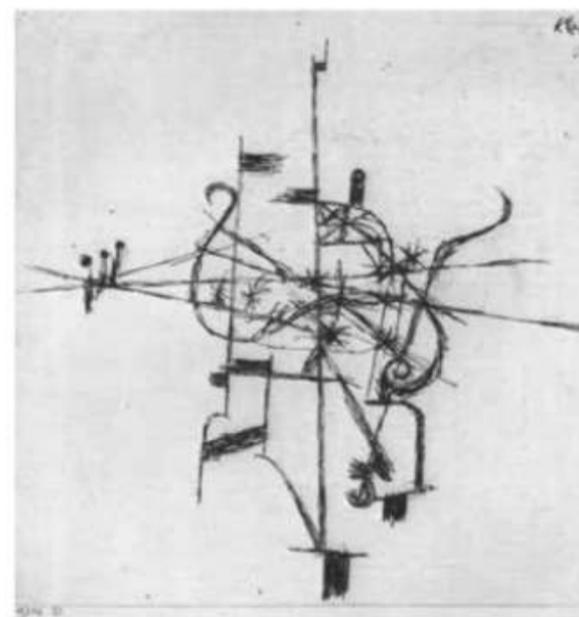


PAUL KLEE Y SU TEORÍA DE LA PINTURA



A la izqda., *Paisaje rítmico con árboles*, 1920. Kunstsammlung Nordrhein-Westfalen, Düsseldorf.

Abajo, *Instrumento para música nueva*, 1914, cuando todavía Klee no se ha encontrado con el color.



mia. Pero siempre tuvo un pie en cada mundo. Se casó con una pianista y siguió tocando el violín. Al principio, la música constituyó su principal fuente de ingresos, ya fuera como intérprete o como crítico. Fue un hombre atípico, que cuidaba de su hijo y se ocupaba de las tareas domésticas mientras su esposa mantenía a la familia dando clases de piano. También era, en parte, un apátrida: aunque nació en Suiza y residió allí casi toda su vida, su nacionalidad era la de su padre, alemán. Tras unos inicios discretos, publicando viñetas satíricas en prensa, la carrera plástica de Klee despegaba bruscamente en 1911, a raíz de sus ilustraciones para una edición del *Cándido* de Voltaire y, sobre todo, de su amistad con los miembros del grupo *Der Blaue Reiter* (El jinete azul): August Macke, Franz Marc, Lyonel Feininger, Marianne von Werefkin, Alekséi von Jawlensky, Gabriele Münter y Vasili Kandinski, de quien será íntimo durante el resto de su existencia. En esa época, a Klee le interesa todo lo que se cuece en las ollas de las vanguardias: el Posimpresionismo de Van Gogh, el Cubismo de Picasso y el Orfismo de Delaunay, la alegría centelleante del Fauve y la agresividad expresionista del grupo *Die Brücke*. De los clásicos, únicamente admira a

Una mala salud de hierro

Roto por la esclerodermia, pintó hasta su último aliento

> “Un poco más cerca de la creación de lo habitual, pero aún no lo bastante cerca”. Es la última frase del epitafio de Klee. La esclerodermia, una enfermedad autoinmune, devastó su organismo seis días antes de obtener la ciudadanía suiza. A la fatiga, las neumonías, la diarrea, la dificultad para tragar y la miocarditis se les sumó una deformidad en las manos.

> Klee no renunció por ello a pintar, sino que adoptó un trazo más grueso. En uno de sus últimos cuadros (*La muerte y el fuego*, 1940; bajo estas líneas), las letras de la palabra *Tod* (muerte en alemán) conforman un rostro humano y una figura que avanza, serena, hacia el fuego. “No me importará morir si antes termino algunos cuadros buenos más”.



Miguel Ángel; prefiere el arte primitivo y medieval. Sin embargo, aunque el color le atrae intensamente, su propio universo creativo permanece anclado al blanco y negro. Experimenta con técnicas y materiales, incluso llega a dibujar rayando vidrio ennegrecido con una aguja, pero los colores esquivan, tozudos, sus primeros intentos de seducción. Todo cambia en 1914, año de contrastes para el artista. Durante una escapada

primaveral a la luminosa Túnez, una repentina epifanía le hará exclamar: “El color y yo somos uno. Soy un pintor”. La euforia no le durará mucho. La Primera Guerra Mundial, que estalla al cabo de pocos meses, le arrebató a Macke y Marc, fallecidos en el frente. Klee tiene más suerte: un decreto de Luis III de Baviera, último rey del *Land*, lo salva *in extremis* de entrar en batalla. Pasará la contienda ejerciendo tareas adminis-

trativas o aplicando pintura de camuflaje a aviones militares, pero también pintando y reflexionando. La frase inicial de su primer libro, publicado en 1920, es todo un aforismo: “El arte no reproduce lo visible. Lo hace visible”.

Pintando sinestesias

¿Es el color la música de la pintura? ¿El fondo es a la forma lo que el silencio al sonido? ¿Hay ritmo en una composición plástica? ¿Cuáles son las leyes de la armonía visual y en qué se parecen a la armonía musical? El breve oasis de la República de Weimar y, sobre todo, la invitación de Walter Gropius para engrosar la plantilla docente de la escuela Bauhaus darán a Klee la oportunidad de llevar sus pensamientos más allá y desarrollar una teoría de la forma que aún hoy es la biblia del diseño gráfico.

Para el pintor violinista, color y notas musicales tenían en común la capacidad de despertar emociones directas, sin pasar por el filtro de lo racional. Klee exploró una y otra vez esta idea, mientras sus pinturas se iban volviendo cada vez más poéticas y abstractas. Una de las primeras fue *Paisaje rítmico con árboles* (1920), el óleo sobre cartón que abre este artículo. Las copas de los árboles, vagamente parecidas a notas musicales, se alternan en color y en tamaño sobre líneas de terreno semejantes a un pentagrama. Sus troncos dividen la superficie en intervalos de distintas medidas, pero con relaciones regulares entre ellos, igual que una melodía reparte el tiempo en compases. Quien mire la pintura atentamente, no tardará en descubrir un divertimento oculto: la figura de un camello.

El ritmo musical inspiró a Klee numerosos cuadros basados en la idea de la subdivisión del espacio. Así como una corchea dura media negra y la cuarta parte de una blanca, la superficie de una obra podía dividirse en formas geométricas modulares, que, a su vez, se subdividían en otras. La intensidad se graduaba saturando más o menos los pigmentos. Armonías y disonancias se creaban mediante una meditada yuxtaposición de colores en figuras contiguas. *Fuga en rojo* (1921), que reproduce la estructurada armonía de una fuga de Bach, *Música antigua* (1925), *División en tres tiempos* (1930) o

Los jardines del templo, 1920. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.



Lo importante de pintar para Klee no era el resultado, sino el proceso

Polifonía (1932) son algunos ejemplos, todos con títulos muy elocuentes. Un dato curioso: cuando Klee daba por concluida una obra, esperaba una semana para ponerle nombre. Lo importante no era el resultado, sino el proceso, una idea que dejaría huella en creadores como Jackson Pollock o el colectivo Fluxus, pionero de la *performance*. Lejos de limitar su afán experimentador al contenido, Klee jugaba también con

materiales, texturas y soportes. Mezclaba óleo con acuarela, pulverizaba pigmentos, recortaba, pegaba, aplicaba yeso. Un simple cartón, la arpillera más basta o una etérea muselina eran tan dignos de sus pinceladas como el clásico lienzo. Pintando sus teorías y teorizando sobre lo que pintaba, el germanosuízo pasó, absorto, sus años más brillantes y saboreó las mieles de la fama internacional. Impartió conferencias, expuso en Nueva York con el grupo de los Cuatro Azules (que eran Kandinski, Jawlensky, Feininger y él mismo), publicó libros. También descuidó sus clases en los talleres de encuadernación y vitrales, lo que le granjeó la animadversión creciente de otros maestros de la Bauhaus, que se veían obligados a sustituirle. Su solución, salomónica, fue marcharse a la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf,

donde solo ejerció de profesor durante dos años. En 1933, el flamante gobierno nazi le exigió una declaración de lealtad a Adolf Hitler, y Klee, sabiamente, optó por regresar a Suiza. Las obras que dejó atrás tuvieron el dudoso deshonor de ser seleccionadas para la infausta exposición "Arte degenerado". ●

Para saber más...

ARTÍCULO

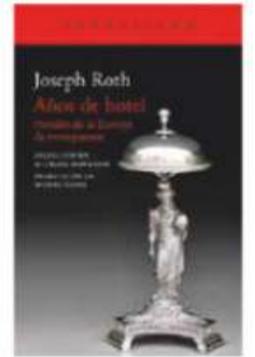
DE CASTRO, ROSANA COSTA RAMALHO. "O pensamento criativo de Paul Klee: arte e música na constituição da Teoria da Forma". *Per musí*, n. 21 (Belo Horizonte, 2010), pp. 7-18. En portugués e inglés. <https://bit.ly/3fdpYfr>

BIOGRAFÍA

FORTY, SANDRA. *Paul Klee*. Cary: TAJ Books, 2013. En inglés.



CRÓNICA
LITERARIA
Años de hotel
Joseph Roth
Barcelona:
Acantilado, 2020
320 pp. 20 €



Joseph Roth
en París hacia
1925.

LA CONVULSA EUROPA DE ENTREGUERRAS VISTA POR EL ESCRITOR AUSTRÍACO **Joseph Roth, el hotel como refugio**

Entre 1920 y 1932, Joseph Roth viajó por toda Europa como corresponsal de varios diarios alemanes, principalmente del liberal *Frankfurter Zeitung*. De país en país, de hotel en hotel, el autor de la afamada novela *La marcha Radetzky* (de la que se acaban de publicar dos nuevas traducciones coincidiendo con el paso de su obra a dominio público) fue testigo de excepción de las transformaciones sociopolíticas que se estaban produciendo en el continente tras la devastación que supuso la Gran Guerra (en la que combatió dentro de las filas del ejército austríaco).

Años de hotel reúne sesenta y cuatro artículos escritos por Roth durante esa época. Una fabulosa selección de postales literarias, de gran valor documental y poético, enviadas desde lugares muy diversos: de la Rusia soviética a la Italia de

Mussolini y la Albania de Zogu (quien le concedió una entrevista); de las minas del Ruhr y los yacimientos petrolíferos de Bakú y Galitzia (donde nació Roth) a los balnearios del Báltico y los elegantes conciertos del Volksgarten de Viena; de los restos del pasado austrohúngaro (Bruck-Kiralyhida, Galitzia, Sarajevo) al nuevo Berlín que anunciaba una nueva Alemania de la que tendría que huir el escritor por su origen judío.

Observador errante

A medida que avanza la década, comprobamos cómo sus escritos se vuelven más pesimistas y nostálgicos. “Soy un ciudadano del hotel, un patriota del hotel”, escribe Roth en 1929, cada vez más consciente del futuro que le espera como hombre apátrida, errante. Desde las ventanas de esos hoteles, que simbolizan su desa-

rraigo y cosmopolitismo, el novelista observa cómo la sociedad europea va dando pasos hacia el abismo. En una fecha tan temprana como 1924, Roth advierte que las esvásticas y la propaganda nacionalista han llegado hasta las playas del Báltico en el interior del equipaje de algunos veraneantes. Diez años después, ya no advierte, acusa: “Desde hace diecisiete meses estamos acostumbrados a que en Alemania se derrame más sangre que la tinta que utilizan los periódicos para informar al respecto”. Este artículo, titulado “El Tercer Reich, filial del infierno en la Tierra”, lo publicó en Francia, donde se había exiliado tras la subida de Hitler al poder (y donde moriría alcoholizado cinco años después). Mientras Roth escribía en su hotel en París, en su casa, Berlín, sus libros ardían en la plaza de la Ópera. ● **CARLOS JORIC**

UN PARNASO GRÁFICO

Gira por doce sublimes libros iluminados de toda la Edad Media

Nada es comparable a la nerviosa excitación que se experimenta cuando [...] alguien deposita en la mesa, frente a ti, un ejemplar de un manuscrito mundialmente famoso". Quien muestra ese entusiasmo ante un volumen de valor histórico no es solo un bibliófilo empedernido. Christopher de Hamel se cuenta entre los paleógrafos más destacados del mundo. Bibliotecario emérito y miembro académico del Corpus Christi College, pocos especialistas han visto pasar por sus manos tantos y tan selectos tomos venerables como esta eminencia de Cambridge, que es también el principal asesor en libros iluminados de la casa de subastas Sotheby's.

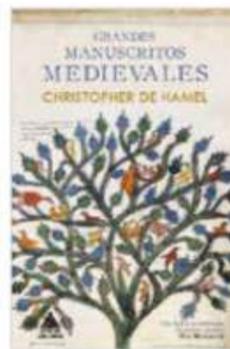
Grandes manuscritos medievales invita, bajo la guía personal de este experto, a una excursión de lujo por algunos de los tomos que, "demasiado frágiles y escasos", casi nunca se exhiben. Es decir, el repertorio escogido por De Hamel encarna "la compañía más exquisita", subraya, en este ámbito ya de por sí solo accesible a un puñado de investigadores debidamente acreditados. Porque, en efecto, resulta

"más fácil conocer al papa o al presidente de Estados Unidos que tocar *Las muy ricas horas del duque de Berry*".

De Roma al Renacimiento

Por *Grandes manuscritos medievales* discurren doce de estos ejemplares destacados del patrimonio europeo. Desde las pequeñas, muy portátiles, *Horas de Juana de Navarra* hasta las mastodónticas pandectas del *Codex Amiatinus*. Estos dos trabajos únicos y sus diez congéneres no menos singulares son estudiados en capítulos monográficos que avanzan, siglo a siglo, por toda la Edad Media. Su arco cronológico parte a finales del vi con los *Evangelios de san Agustín*, compuestos en los estertores del Imperio romano, y llega a inicios del xvi y la explosión renacentista con las *Horas de Spínola*.

ENSAYO
Grandes manuscritos medievales
Christopher de Hamel
Barcelona:
Ático de los Libros, 2020
688 pp. 49,90 €



De Hamel no se conforma con explicar los contenidos y la fisonomía de estos originales, el celta *Libro de Kells*, el *Salterio de Copenhague*, el *Carmina Burana* o el

Chaucer de Hengwrt. Se extiende en ello con un mimo y detalle que incluye cómo huelen, el tacto y el estado actual de esas páginas seculares. Pero el autor también abunda en su rica experiencia personal con cada joya, y pormenoriza el marco sociohistórico de su confección y su andadura hasta integrarse en las colecciones que las custodian hoy. Todo contado con tanto conocimiento como cercanía, como si lo explicara un amigo que ha viajado y visto mucho.

A destacar también la cuidada edición del volumen. Sus numerosas y meticulosas reproducciones de páginas enteras de los manuscritos, a color y en

papel de gramaje grueso, permiten aproximarse a estos tesoros casi como si se los tuviera delante. ● JULIÁN ELLIOT



Unos 22.000 oficiales y funcionarios polacos fueron asesinados por la URSS en 1940, matanza negada por el Kremlin durante cincuenta años

LOS CRÍMENES DE KATYN



Hallazgo de una fosa en 1943.

Dónde están los oficiales capturados por el Ejército Rojo durante la invasión de Polonia? Esa fue la pregunta que el gobierno polaco en el exilio formuló repetidamente a Stalin desde que, en 1941, los dos países se convirtieron en aliados contra Alemania. El líder soviético aseguraba que habían sido liberados. “Huyeron a Manchuria”, dijo

unas veces. “A territorio ocupado por los alemanes”, afirmó otras. Pero no, estaban mucho más cerca. En abril de 1943, los medios alemanes informaron de que habían encontrado una fosa común en el bosque de Katyn, cerca de la ciudad rusa de Smolensk, con los restos de miles de oficiales del ejército polaco. La mayoría de ellos tenían un disparo en la cabeza.

Este descubrimiento desató una guerra propagandística que dura hasta la actualidad. El historiador y periodista alemán Thomas Urban, corresponsal del diario *Süddeutsche Zeitung* en España (antes lo había sido en la Europa del Este), reconstruye en su libro la masacre y detalla cómo fue la campaña de desinformación orquestada posteriormente por el Kremlin: los primeros desmentidos culpando a los nazis, la difusión de noticias falsas para contrarrestar la información alemana (también tergiversada, ya que Goebbels utilizó el hallazgo para desestabilizar a los aliados), las presiones políticas para evitar que se iniciara una investigación por parte de la Cruz Roja, los conflictos diplomáticos que se generaron (la URSS rompió relaciones con el gobierno polaco en Londres), la falsificación de pruebas

una vez recuperada la región con el fin de situar la fecha de las ejecuciones durante la ocupación alemana... Y todo ello bajo la mirada cómplice de Roosevelt y Churchill, quienes prefirieron creer a Stalin antes que poner en riesgo el gigantesco esfuerzo bélico que estaba realizando la URSS.

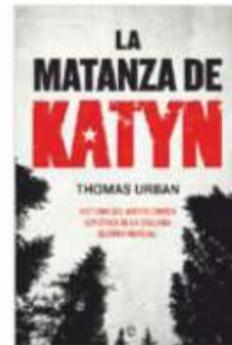
Como explica Urban, una vez finalizada la guerra, la operación de falseamiento y ocultación no se detuvo, sino que se recrudeció. Aunque fracasó en los juicios de Núremberg, donde la delegación soviética no consiguió incorporar los crímenes de Katyn en los cargos

contra la cúpula nazi, triunfó en el bloque del Este, sobre todo gracias a una violenta campaña de represión que incluyó la persecución de testigos incómodos. Pero la herida de Katyn nunca se cerró. Con el paso de los años, se convirtió en un símbolo para la oposición polaca y en un molesto borrón en la mitología rusa de la Segunda Guerra Mundial. Una falta tan difícil de asumir que, aún hoy, a pesar del reconocimiento de los hechos por parte de Mijaíl Gorbachov en 1990 y del arrepentimiento público escenificado por Borís Yeltsin en Varsovia en 1993, el Kremlin se resiste a calificarlo como genocidio y a rehabilitar a las víctimas. ● CARLOS JORIC

ENSAYO

La matanza de Katyn

Thomas Urban
Madrid: La Esfera de los Libros,
2020. 312 pp.
23,90 (papel) /
10,99 € (digital)





Barrio chino de Barcelona en 1932.

VISITA AL BARRIO CHINO DE BARCELONA DE LA MANO DE SU "CREADOR"

En los bajos fondos

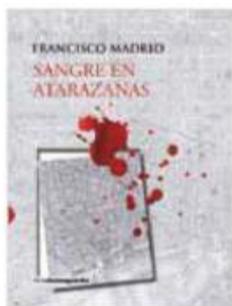
En un tiempo en el que las ciudades han desdibujado sus perfiles, resulta estimulante redescubrir la obra de Francisco (Paco) Madrid, el periodista que dio vida literaria al distrito barcelonés que él mismo bautizó como barrio chino. Publicada en 1926, *Sangre en Atarazanas* es un palpitante fresco de los bajos fondos que rodean a la zona portuaria, con su paisaje humano, tan sórdido como revelador. "Ni los barrios bajos de Génova, ni el barrio del puerto de Marsella, ni la Villette parisina, ni el Whitechapel londinense tienen nada que ver con el distrito quinto, con el ambiente equívoco de nuestra zona prohibida", afirmaba Madrid. De formación autodidacta, hombre de mundo, inquieto y viajero, Madrid empezó muy joven en el periodismo. Un artículo contra la monarquía le llevó a la cárcel. Allí, entre los presos comunes conoció a pequeños delincuentes que más tarde se convertirían en informadores. En este libro, basado en sus crónicas para la revista *El Escándalo*, el autor actuó como un perio-

distista de investigación y se infiltró en aquellos ambientes turbios para recrear "la mala vida barcelonesa", en la que menudeaban las drogas, la prostitución y los ajustes de cuentas. Francisco Madrid captó, con su aguda mirada, la transformación de

aquel barrio. De las rudimentarias leyes que regían los bajos fondos a la irrupción de clanes europeos dedicados a la delincuencia y el proxenetismo. El libro –un *best seller* en la época– recrea la atmósfera de los locales nocturnos y traza el retrato de personajes que marcaron las señas de identidad del barrio chino: pendencieros, madames, travestidos, pistoleros y burgueses que se acercaban de in-

cógnito a jugar a la doble moral. Esta nueva edición, a cargo del crítico literario y escritor Julià Guillamon, ha sido ampliada con una serie de reportajes inéditos del propio Madrid y cuenta con las imágenes de Gabriel Casas, uno de los fotógrafos más importantes y prolíficos de aquel momento. ● ISABEL MARGARIT

CRÓNICA
Sangre en Atarazanas
Francisco Madrid
Barcelona: Libros de Vanguardia,
2020
239 pp. 19 €



Qué hay
en TV...

ESPECIAL GRANDES CIVILIZACIONES

Martes, 22.00 h

¿Quieres viajar desde la antigua Esparta hasta la Escandinavia de los vikingos? Gracias a este especial, podrás hacerlo a lo largo del mes de junio. Acompañarás así a algunos de los guerreros más legendarios de toda la historia. Y tendrás la posibilidad de hacer una escala en el imperio que conquistaron las míticas legiones romanas.

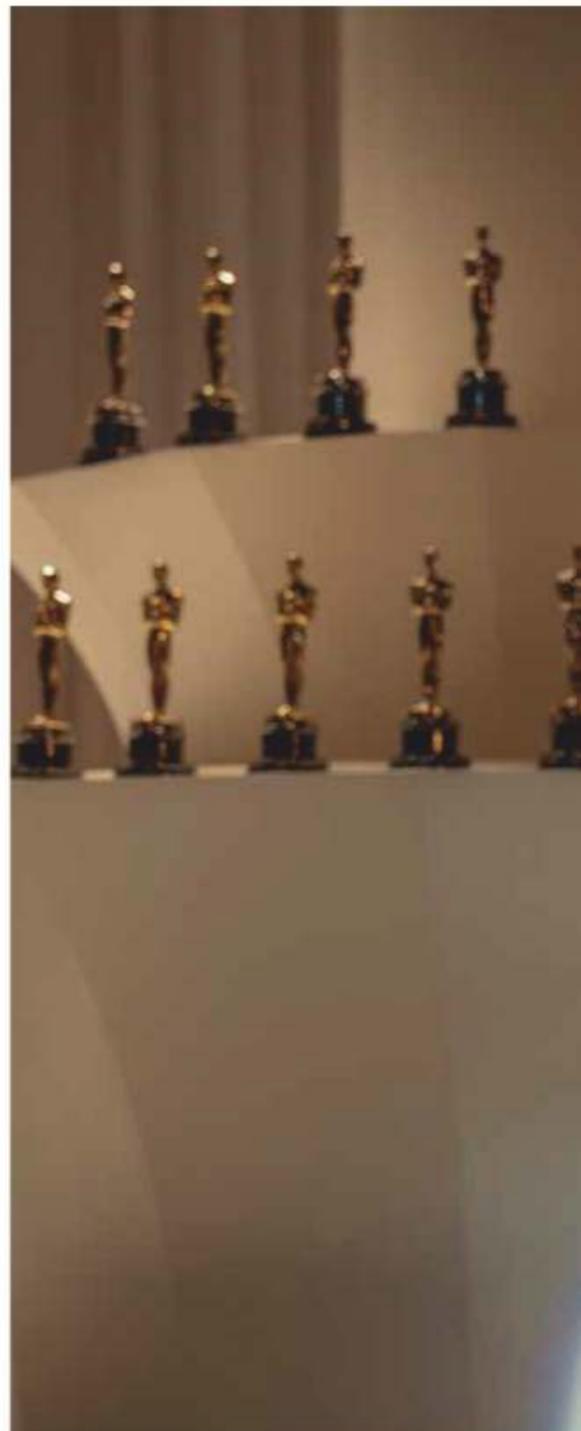


MUNDOS PERDIDOS

Martes, 17.00 h

Templos, fortalezas, mundos secretos... Esta serie, una de las de mayor éxito de Historia, recupera las claves de pueblos olvidados. El conocimiento de los investigadores y la moderna tecnología nos sumergirán en un pasado tan desconocido como fascinante. De esta forma, antiguos momentos de esplendor vuelven a cobrar vida.





DOCUMENTAL

LAS FAKE NEWS DEL ESTALINISMO**The Trial****Director:** Sergei Loznitsa.**Actores:** Andrei Vyshinsky, Nikolai Krylenko, Ivan A. Kalinnikov.

3 Sergei Loznitsa (*En la niebla, Donbass*) vuelve a tratar uno de sus temas preferidos: la historia de la Unión Soviética. En *The Trial* (Filmin) ha utilizado las imágenes de archivo del juicio de Shajty, celebrado en 1928 en Moscú contra un grupo de ingenieros, y las ha montado en forma de drama judicial. El objetivo de este remontaje es despojarlas de su carácter propagandístico y permitir que aflore su condición de farsa casi teatral.

DRAMA CRIMINAL

EL ORIGEN DE PERRY MASON**Perry Mason****Creadores:** Ron Fitzgerald, Rolin Jones.**Actores:** M. Rhys, J. Jenk.

4 Vuelve el abogado más famoso de la televisión. Este nuevo *Perry Mason* es tanto un *reboot* de la serie de los años sesenta como su precuela. Ambientada durante los preparativos de las Olimpiadas de Los Ángeles de 1932, la serie (disponible en HBO) narra los orígenes del personaje creado por Erle Stanley Gardner. Unos inicios en los que el futuro abogado trabaja como investigador privado en un caso de desaparición infantil.

DOCUMENTAL

TODO SOBRE MI MADRE**Natalie Wood:****entre bambalinas****Director:** Laurent Bouzereau.**Actores:** N. Wood, R. Redford.

5 La trágica y misteriosa muerte de Natalie Wood (murió ahogada en el mar cuando disfrutaba de unas vacaciones en un yate) “ha eclipsado su carrera como actriz y quién era ella”. Con estas palabras, su hija, Natasha Gregson Wagner, deja claro cuál es el principal objetivo de este documental (disponible en HBO): reivindicar la figura de una de las actrices más reputadas de los años sesenta, que fue tres veces nominada al Óscar.

DRAMA ROMÁNTICO

COMPLETANDO A JANE AUSTEN**Sanditon****Creador:** Andrew Davies.**Actores:** Rose Williams, Kris Marshall, Kate Ashfield.

6 El veterano Andrew Davies, experto en adaptaciones de Jane Austen, ha asumido el reto de continuar el relato que dejó inconcluso la novelista británica al morir. Ambientada durante la Regencia (1811-20), *Sanditon* (en Filmin) narra la historia de una joven de campo que es acogida por una familia de la alta sociedad dedicada a una gran empresa: transformar un pueblo pesquero en un centro de veraneo para la aristocracia.



1



2



3

DRAMA

Érase una vez en Hollywood

Hollywood

Creadores: Ryan Murphy, Ian Brennan.

Actores: David Corenswet, Darren Criss, Laura Harrier.

1 Con el comienzo de la Guerra Fría, Hollywood vivió uno de los períodos más reaccionarios de su historia. Al código de moralidad (código Hays), establecido en 1934, se unió la persecución anticomunista impulsada por el senador Joseph McCarthy, que luego daría lugar a la Caza de Brujas. Como consecuencia, cualquier intento de introducir ideas progresistas en una película podía ser tachado de “comunista”. ¿Qué habría ocurrido si un gran estudio hubiera desafiado la moral imperante y hubiese producido una película con mensaje antirracista, financiada por una mujer, escrita por un guionista gay afroamericano, dirigida por un cineasta de ascendencia asiática y protagonizada por una joven afroamericana? Esa es la pregunta que pone en marcha *Hollywood*, la nueva serie de Ryan Murphy (*Glee*, *American Horror Story*) para Netflix. Siguiendo el ejemplo de *Érase una vez en... Hollywood* (2019), Murphy imagina una meca del cine alternativa donde los prejuicios de raza, género y sexo fueron combatidos durante su edad dorada, permitiendo lograr derechos civiles, romper techos de cristal y abrir armarios mucho antes que en el Hollywood actual.

DOCUMENTAL

¿CÓMO MURIÓ KIKI CAMARENA?

The Last Narc

Director: Tiller Russell.

Actores: Jorge Godoy, Phil Jordan, Ramon Lira.

2 La serie *Narcos: México* (2018-2020) ha popularizado la figura de Enrique “Kiki” Camarena, el agente de la DEA que fue secuestrado, torturado y asesinado en 1985 por orden del cartel de Guadalajara, donde estaba infiltrado. La docuserie *The Last Narc* (disponible en Amazon Prime Video) analiza su figura y las circunstancias de su muerte a través de varios testimonios: su viuda, el agente que lideró la investigación del crimen y tres policías corruptos que trabajaban para el cartel cuando Camarena fue asesinado, y que luego actuaron como informantes para la agencia antidroga.



Marilyn Monroe y Arthur Miller en una imagen de 1956.

La diosa y el genio

Formaban la pareja de moda. Marilyn Monroe era un icono de Hollywood y Arthur Miller un dramaturgo progresista, famoso por *Muerte de un viajante* (1949). Los dos, tras pasar por relaciones fracasadas, desafiaban ahora el escepticismo del mundo. Parecían demasiado diferentes para que su relación funcionara. Marilyn, sin embargo, estaba encantada: Miller podía ser un hombre serio, pero poseía “un sentido del humor maravilloso”. La prensa, mientras tanto, permanecía al acecho. El 29 de junio de 1956 se celebraría la boda, en una ceremonia íntima, después de que la Monroe se convirtiera al judaísmo para poder casarse con Miller por el rito religioso. El acoso de los *paparazzi* tuvo resultados trágicos poco antes ese día. Mara Scherbatoff, reportera de *Paris Match*, sufrió un accidente de automóvil al intentar dar con los novios y murió en el hospital. Los anillos de los contrayentes tenían grabada la frase “Ahora es para siempre”. Les esperaba, sin embargo, un matrimonio inestable lleno de infidelidades por ambas partes. Miller escribió en su diario que se arrepentía de haberse casado con una niña en lugar de con una mujer. No sabía que la actriz iba a leer este comentario hiriente. La separación llegó en 1961, el mismo año del estreno de *Vidas rebeldes* (*The Misfits*), la película que él había escrito para Marilyn. Esta, sumida en la adicción al alcohol y los barbitúricos, murió el año siguiente en extrañas circunstancias. Con sinceridad, pero también con dureza, el escritor afirmaría que la mítica intérprete era la prueba de que “la sexualidad y la seriedad son incompatibles, y no pueden coexistir en la mente norteamericana”. ● FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

¡AHORA, TU REVISTA ONLINE!

Descubre todo lo que tenemos para ti: artículos de la revista, temas exclusivos para la web, galerías de fotos, vídeos, citas, tests, entrevistas... ¡y más, mucho más!

¡LÉENOS EN TU ORDENADOR, TABLETA O MÓVIL!

www.historiayvida.com



HISTORIA Y VIDA

ESPECIAL GRANDES CIVILIZACIONES

LA GUERRERA VIKINGA

ESTRENO EXCLUSIVO
MARTES 16, 22h

H
HISTÓRIA

